Z/ 13135 14, 682 (1925)

FRAY MOCHO



"Al cielo arrebataron...", *por Rojas.*

N.° 682

Cada mes va en aumento

el número e importe de los Bonos de Ahorro hallados en nuestras Cajas de Fósforos.



24.880 $ *es el importe*

pagado hasta ahora.

C E R T I F I C A D O

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Certifícase que los Bonos de Ahorro de la "Compañia General de Fósforos" presentados para acreditar en libretas de ahorro a partir del 15 de Diciembre de 1924 al 30 de Abril del año en curso, se descomponen según detalle a continuación:

B O N O S P R E S E N T A D O S

Meses	Nº	Importe
En Diciembre 1924	63	$ 1.100
En Enero 1925	301	" 3.390
En Febrero "	434	" 4.175
En Marzo "	763	" 7.255
En Abril "	1090	" 8.960
TOTALES...	2651	$ 24.880

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañia.

Buenos Aires, abril 30/925





100.000 $ *es la suma*

de los Bonos de **100-50-10** *y* **5 $**

que circulan permanentemente.

Compañía General de Fósforos

Lima 239 Bs. Aires.



FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 19 de mayo de 1925 — Núm. 682

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

SOLDADURA IMPOSIBLE

GALLO. — Esa fusión no nos conviene.
ALVEAR. — ¡Claro que no! Lo que ellos quieren es que la línea de este tranvía vaya a valorizar sus terrenos.

Dib. de Rojas.



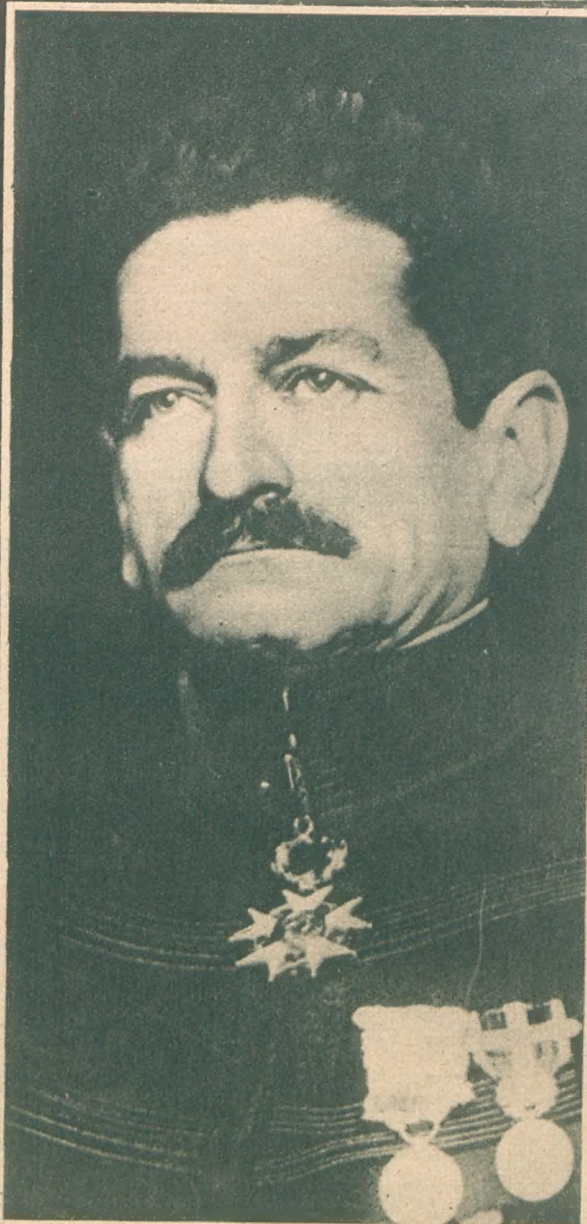
Francia ha perdido una de sus más brillantes figuras militares: Mangin



El general Mangin, durante su visita a Buenos Aires, acompañado de un grupo de damas en una fiesta que ofreciera a bordo del vapor Lutetia.



El general Mangin, en los días de su estada entre nosotros, rodeado por los ministros de Guerra doctor Julio Moreno, de Relaciones Exteriores, doctor Honorio Pueyrredón y de Obras Públicas, doctor Pablo Torello, y por varios invitados a la fiesta realizada en el Lutetia.



Una de las últimas fotografías del ilustre militar, recientemente fallecido en París.

EL NUEVO DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA





A la izquierda: Un aspecto del salón de grados de la Facultad de Medicina, durante el acto de la transmisión del decanato de la misma, efectuada por el doctor Julio Iribarne, decano saliente, al doctor Ricardo Cranwell, recientemente elegido para el mencionado cargo. Hicieron uso de la palabra, además de los nombrados, el doctor Mariano R. Castex, en nombre de los profesores y el señor Roberto Fiori, en representación de los estudiantes de la Facultad. — A la derecha: El nuevo decano, doctor Cranwell, haciendo uso de la palabra.



Gente de Teatro



Figuras femeninas del elenco del teatro Maipo. — Iris Marga, primera tiple.





Amanda Fanelli, segunda tiple.





Gloria Guzmán, primera tiple.



Dora Galez, primera tiple.



Carmen Lamas, primera tiple.



ALREDEDOR DEL MUNDO



Durante la campaña presidencial en Alemania. — El candidato, doctor Jarres, pronunciando un discurso. Detrás del orador se ve al ministro de Relaciones Exteriores del Reich, doctor Stressemann (×).



En pleno verano. — Fotografía artística en la que un pequeño observa una nidada de pollos de gallina.



Un brillante uniforme inglés. — El coronel de los Oxfordshire Hussars, dirigiéndose, de gran gala, a una recepción ofrecida por el príncipe de Gales.



La escala de Jacob en un techo de Manattan. — Jóvenes de la compañía Rosa-María poniendo de manifiesto condiciones gimnásticas al ascender por la escalera del tanque de agua del teatro Imperial.



Mr. Imbert, enviado a la India por el gobierno francés para reunir colecciones zoológicas y arqueológicas, fotografiado junto al primer tigre que mató y que constituye un hermoso ejemplar de la especie.

Comentarios

Hubo de haber habido

Durante la semana ha circulado el rumor de que la paz reinaría entre los radicales, es decir, que personalistas y antipersonalistas se darían el abrazo fraternal y marcharían unidos a las urnas como un solo hombre, repartiéndose los presupuestos de la capital y provincias; pero aunque eran muchos los políticos que así lo deseaban porque era el modo de asegurar su reelección, la cosa ha quedado en la nada.

Los personalistas exigían el sacrificio de varios ministros, y estos como es natural, no se resignaban a morir, y han hecho cuanto les ha sido posible porque la unión no se llevase a cabo. Además, no todos los políticos están tan desesperados como para entregarse a las iras de los personalistas. Total; que estamos donde estábamos ayer, y que si hubo de haber habido, el hecho es que no se ha resuelto todavía el punto.

El doctor Alvear, según dicen, se ha manifestado en todo momento como un buen radical, pero ha dicho que él ante todo es presidente de los argentinos, y que por lo tanto, si como radical aceptará lo que decidan sus partidarios, como argentino hará lo que convenga a la nación.

Lo que quiere decir que el doctor Irigoyen quedará en su apeadero de la calle Brasil, pero el doctor Alvear continuará en su puesto de la Casa Rosada acompañado de sus ministros resolviendo los problemas nacionales, sin que les inquiete para nada la situación partidista. Y en ese caso la intervención a la provincia Buenos Aires irá si lo deciden las cámaras, así como la de San Juan.

Ahora en lo que respecta a las de Mendoza y La Rioja ellas cumplirán en breve su cometido. En Mendoza, en julio habrá elecciones, y en La Rioja si se resolviera la de San Juan podría cambiar fundamentalmente la situación política, porque no le sería tan fácil al cantonismo prestar su ayuda a los riojanos.

Ahora respecto al Parlamento, no debe olvidarse que habrá sesiones muy movidas y con discurseadores de calibre grueso, y que los temas políticos les darán oportunidad a dispararse, todo lo cual hará que aumente en algunos tomos el diario de sesiones, es decir, si a la oposición no le da por el ausentismo, y entonces la labor del año será nula.

Se dice que el proyecto de intervención a la provincia de Buenos Aires será enviado al Senado, donde como es sabido tiene mayoría asegurada, pero en la Cámara de Diputados cuando llegue sufrirá enorme retraso porque los personalistas echarán el resto para no verse desalojados del más firme baluarte del irigoyenismo.

La Argentina for ever

Años ha era Norte América la nación que daba que hablar al mundo con hechos estupendos. Allí era donde se construían los más imponentes rascacielos, donde se falsificaba hasta el aire y donde ocurrían las catástrofes más sangrientas; pero de poco tiempo a esta parte la Argentina ha llegado a superarla. Tenemos envenenadores que pueden competir con ventaja con los famosos de Chicago, rascacielos, que en punto a mal gusto no tienen nada que envidiar a los de Nueva York, y en lo que respecta a catástrofes, no pasa día sin que un auto se lleve por delante a unas cuantas personas siendo incontable el número de víctimas.

El progreso ha entrado con furor en Sud América, y de seguir así, podremos enorgullecernos dentro de poco de haber matado el punto a Norte América en lo que a hechos trágicos se refiere, salvo el caso de que nuestro intendente temeroso de esa macabra celebridad, le dé por hacer cumplir las ordenanzas, por lo menos en lo que al tráfico se refiere.

Diputados de los chicos

El Concejo Deliberante celoso de la oratoria fogosa y de las discusiones inútiles de nuestro Congreso ha dado en imitarle, y no pasa día sin que los concejales se lo pasen discutiendo pavadas. Unas veces sobre cosas de incompatibilidad, otras sobre la clausura del Zoológico, y en cambio los temas que necesitan ser debatidos por ser de interés general, no se tratan, o si se tratan, es entre gallos y media noche.

Señores concejales: está bien que se sientan ustedes diputados de la comuna porque eso sería dignificar el cargo, pero comprendan que para dictar ordenanzas que sirvan para organizar los servicios de esta gran ciudad, no hay necesidad de abusar de la oratoria, ni menos dar tono trascendental a temas modestos que, en la mayoría de los casos, pueden resolverse no empleando más que el sentido común.

Una elección que es una lección

Tanto han abusado los estudiantes universitarios de su derecho al voto, que por fin los profesores se han visto en la necesidad de volver por sus fueros y pedir una modificación de los estatutos para que las facultades vuelvan a ser centros de estudio y no comités políticos.

La elección del nuevo Decano de la Facultad de Medicina ha puesto de manifiesto la buena tendencia, pues los profesores en vez de elegir el candidato que querían imponer los estudiantes han dado su voto a un distinguido profesor. Ello ha tenido la virtud de acallar el malestar de los revoltosos, y es de esperar que las nuevas autoridades se hagan sentir, para que los estudiantes sepan, que a una facultad se va a estudiar y no a dar pruebas de incultura, y aquellos estudiantes bochincheros que presionaban a sus compañeros, y amenazaban a cada momento con huelgas, sería bueno, que llegado el caso, la autoridad del Decano les imponga un castigo disciplinario.

La apertura del Congreso

No hay duda de que la apertura del Congreso es un espectáculo. No sólo porque siempre es interesante ver a los padres de la patria lucir sus pilchas de gala, sino porque en ese acto oficial se tiene oportunidad de ver frente a frente a los dos poderes que dan más que hablar a los diarios: el Ejecutivo y el Legislativo; pero lo que nadie habría sospechado es que hubiera tanto interés por presenciar ese acto como si se tratara de la inauguración del teatro Colón.

Los legisladores se han visto y deseado para poder ofrecer una localidad a sus muchas relaciones, y si la entrada hubiera sido paga, de fijo que hubieran hecho un gran negocio los revendedores. Tanto era el deseo de nuestras damas por presenciar la apertura que muchas, haciendo el sacrificio de pasarlo de pie, se han dado el lujo de ver la arrogante figura de Marcelo envuelta en la clásica banda, y le han oído leer el mensaje con voz que para sí quisieran muchos cantantes. Claro que en esto de la lectura tuvo un ayudante, pero él se ganó todos los aplausos y obtuvo un éxito que le envidiarían muchos tenores cotizados. No en vano es la primera figura del elenco político.

El aniversario de Mayo

Esfumado en el tiempo, a través de los 115 años transcurridos, el recuerdo de la gloriosa semana de mayo se impone hoy a la gratitud de nuestro pueblo con la fuerza evocadora del más grande de los acontecimientos de su historia. La decisión, el patriotismo, la indomable energía de los hombres que formaron la primera junta de gobierno el 25 de mayo de 1810, constituyen el tesoro espiritual de la nacionalidad. El culto de esa tradición, y más aún que su perpetua memoria, el propósito firme de conservar intactas las enormes fuerzas morales que dieron impulso al gigantesco movimiento y fundaron la patria, harán de la República Argentina el deslumbrante país de democracia y libertad con que soñaron nuestros mayores. De generación en generación, la voluntad transmitida por la herencia de mayo, para gloria de América, jamás se mostró débil, ni aún en los días dolorosos de las luchas civiles, para organizar en forma perdurable el gobierno de la nueva nación.

A medida que los años transcurren, la fúlgida leyenda de la patria acrecienta su hermosura. Nada haríamos con evocarla y mantenerla viva en nuestros corazones, si a nuestra vez no procuráramos demostrar a los que nos sucedan, que el pueblo de mayo es el mismo de padres a hijos; es decir, que la misma fe, los mismos anhelos por el afianzamiento del bien, de la libertad y de la justicia animan a pueblo argentino de 1925, que los que sostuvieron en su magnífica hora de prueba a sus inmortales antecesores.

La historia se repite



MORENO (Manolo Carlés)



SAN MARTIN. (Un "concurdáneo")



BELGRANO



PASSO ... al póker.



FALUCHO (Mario Bravo)



UN PATRICIO. (Julio Moreno, ¡ay!)



UN CHISPERO. (Palacios)



LARREA

Como un homenaje a la efemérides patria del 25 de Mayo, FRAY MOCHO ha querido ofrecer, en la presente edición, un selecto número de colaboraciones literarias, inspiradas en asuntos de la tierra nativa, y originales de escritores consagrados en el género criollo.



El caballo moro de Quiroga

Por Víctor ARREGUINE

Cinco mil jinetes en línea, temblaban con un solo temblor al pasar frente a ellos el tremendo jefe, con la cabellera revuelta y los ojos escrutadores. Con una orden suya desiertos quedaban campos y ciudades, y los ejércitos contrarios al penetrar en el país del caudillo creían pisar las tierras de la desolación, y el planeta que rueda en los espacios, ágil y florido, perdía su encanto hasta sugerir terror aquerónico. En la guerra, en el amor y en el juego era invencible, según la imaginación popular, el auténtico rey del llano. Cuando partía para los combates, volaban en pos de él los buitres gauchescos y el oro del sol esplendía en un torbellino de lanzas. Cuando conquistaba aldea o ciudad, su primer mandato, mandato de muerte. Si se hallaba para el caso algún viejo, mejor. Fusilar un inválido, un septuagenario, gran consternación para el pueblo. El fin tenido en vista, "aterrorizar", se alcanzaba hasta lo inconcebible. El rigor parecía tanto más fiero al aliarse a la debilidad de la víctima. Nadie reparaba que el echar carne inútil a la gran Devoradora podía responder al intento escondido de economizar vidas en flor, aunque éstas tampoco dejaran de caer cuando el segador gaucho quería gaucho. ¿El más gaucho? Al reñir una acción deja de lado infantes, cañones. ¿Creéis, pregunta Sarmiento, que es torpeza? "No: es gala de gaucho. La infantería deshonra el triunfo, cuyos laureles debe coger desde a caballo".

Suma la bravura del león y los instintos de la hiena. León ha nacido. Hiena se ha hecho quizá por cálculo.

No conoce únicamente las llanuras que pisa y las huellas de un guanaco en la serranía: conoce las almas entre quienes vive y las domina con un gesto porque las conoce.

En cierto final de batalla, en el desbordamiento de la fuga, para sus gauchos y fusila un sargento porque ha comentado la derrota. La derrota le echa encima una nube de jinetes y él con su lanza detiene la nube ensangrentada. Más temen los suyos su acero que un bosque de aceros. Entre el rayo y la lanza de su jefe, se quedan con el rayo. La vida de sus gauchos para él ¿qué vale? Una vida humana y un yuyo, igual. En el juego desprecia así también las onzas de oro, y por eso gana. Partida en que esté, se sigue tres horas o tres noches. Se encarniza con la Suerte y la doma.

Los gauchos creen de veras que trata con espíritus familiares y que ha pactado con poderes ocultos. Su caballo moro es profeta y le aconseja pelear o no pelear. Su caballo moro le cuenta el rumbo de sus contrarios y el sitio y hora del encuentro. Los gauchos lo contemplan como a un ídolo, con un sentimiento de estupor.

Además, el jefe dispone de unos hombres que se transfiguran en tigres, auténticamente. Son los *capiangos*, animales misteriosos que nadie ha visto, pero que no permiten duda. El jefe los suelta hombres, de noche, y al entrar al real enemigo son fieras. Estamos, como se ve, en pleno imperio de la Fábula, o en pleno país de encantamiento. Las ficciones de Ariosto palidecen ante esta realidad. Un comandante a quien el general Paz ordena le traiga 150 jinetes se presenta con 30.

—Y los demás.

—Los demás, general, se me desertaron anoche, durante la marcha.

—¿Cómo así, amigo?

El comandante responde con palabras de un sentido enigmático, y no es sin oblicuas miradas recelosas que confiesa habérsele dispersado la tropa al saber que el terrible guerrero trae, para la futura batalla, 400 *capiangos*. Contra un regimiento luchará cada gaucho; contra un gato sobrenatural no pelearía un millón de gauchos.

En vísperas de Oncativo, cenaba Paz con sus oficiales y jefes. Como su corazón era dulce estaba con ellos un vencido, un comandante de la sierra, Güemes Campero; se charlaba de los poderes misteriosos del caudillo del llano; "todos reían, tanto más cuanto el comandante callaba, evitando decir "su modo de pensar". La conversación paró en lo del caballo moro, "confidente, consejero y adivino del ya dos veces derrotado Quiroga". Entonces fué general la carcajada, en términos que picó a Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva. Se revistió, pues, de toda la formalidad de que era capaz, y tomando el tono más solemne, dijo: Señores: digan ustedes lo que quieran; rían cuanto se les antoje; pero lo que yo puedo asegurar es que el caballo moro se indispuso terriblemente con su amo el día de la acción de la Tablada, porque no siguió el consejo que le dió de evitar la batalla ese día; y en prueba de ello, soy testigo ocular que habiendo querido poco después del combate mudar de caballo y montarlo, el moro no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que se hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuraron hacerlo; y todo esto era para manifestar su irritación por el desprecio que el general hizo de sus avisos.

Sobrábale razón a Paz, para opinar que si él no hubiese debelado a Quiroga, éste "hubiera podido erigirse en un nuevo Mahoma, ser el fundador de una nueva religión".

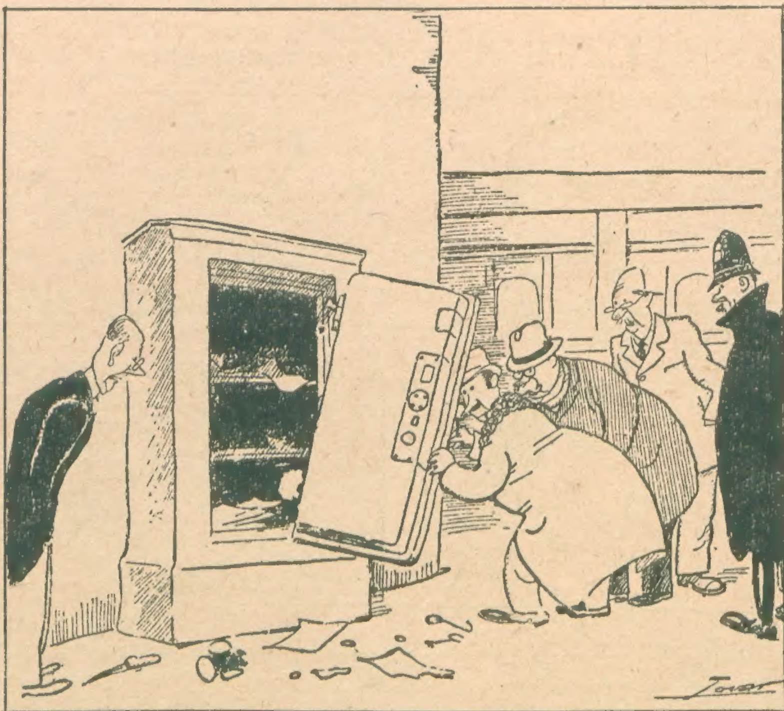
Peleó después de esto recia batalla el caudillo, perdiéndolo del todo. Perseguido de cerca, huía con cien o ciento veinte lanceros, en continuo soliloquio:

—¡Sí... fuí un bruto! Toda la culpa es mía. ¡Si hubiese escuchado al moro!... ¡Si hubiese traído los *capiangos* como me aconsejaba el moro!... ¡Bien hecho por haberme apartado de lo seguro y tirar un lance puramente mío! Y de vez en cuando se metía la nerviosa mano en la enmarañada cabellera y se tironeaba aquel boscaje. Y el caballo moro huía también, de tiro, y los lanceros en fuga lo miraban como a un milagroso acompañante; y en la cara del taumaturgo no veían indicios de malicia, sino un furor interno contra sí propio, un maldecirse que le salía a la mirada.

Que los indígenas de Méjico creyeran a los caballos de Hernán Cortés inventores de las armas de fuego, no es extraño.

Que jinetes nacidos, por decirlo así, sobre corceles, criados entre potros y que morían junto a las bestias, creyesen en las facultades extraterrestres del moro, es lo que no se explica si no es por la avasalladora fascinación ejercida sobre sus almas incultas por otra de que en antiguas edades pudo arrancar un rey o un profeta y que brotada en la áspera Rioja, en un siglo demasiado viejo, vino a parar en el más espléndido y terrible conductor de lanzas del Nuevo Mundo.

MISTERIO ACLARADO



—No hay huellas dactilares.
—Llevaban guantes. Indudablemente, han sido ladrones "fifí" que vestían con elegancia.

HOMBRES Y FIERAS

LOS LOBOS SITIAN UNA POBLACION

De Edmonton, en la provincia de Alberta, transmiten graves noticias acerca del peligro a que han estado expuestos los habitantes de Vilna, distante pocos kilómetros de Edmonton, por espacio de ocho horas.

Cuando regresaban a sus casas, después de pasar el día en un baile en las afueras de la población, varios jóvenes con algunas muchachas, que iban cantando alegremente en un carruaje, se vieron cercados por una manada de lobos, que les asediaba de una manera poco tranquilizadora.

Los hombres echaron mano a sus escopetas y rechazaron la primera acometida, matando a varios animales; pero éstos no cesaron en sus asaltos.

De pronto a los jóvenes les faltaron las municiones, y la situación llegó a hacerse gravísima. En consecuencia, empleando las armas a guisa de mazas procuraban defenderse, descargándolas sobre la cabeza de los lobos cuando se ponían a su alcance.

Entre tanto, los conductores del vehículo fustigaban a los caballos del carruaje, que, ya enfurecidos por la proximidad de las fieras, corrían desesperadamente, y lograron entrar en Vilna.

Al llegar a la población había engrosado considerablemente el número de animales atraídos por la posibilidad de una buena presa.

Los moradores de Vilna quedaron aterrados al escuchar los aullidos de los lobos que, hostigados por el hambre a causa de lo riguroso del invierno, habían descendido de los montes y de los bosques en busca de alimento.

De pronto oyeron el galope de un caballo que, despavorido y sin jinete, venía huyendo y se internaba en las calles de la población. Luego se supo que el dueño del caballo había sido asimismo acometido por los enloquecidos animales y tuvo que refugiarse en un árbol para no perecer.

Inmediatamente se organizó en Vilna una partida de tiradores, que salió a hacer frente a las fieras, las cuales se encontraban ya dentro de la villa y estaban devorando a varios perros y caballos.

De la primera descarga, los cazadores mataron a tres lobos. Los restantes, en vez de huír, lanzáronse sobre las animales muertos, y a dentelladas los hicieron trizas.

Como los tiradores no se atrevían a acercarse mucho a las fieras, sólo lograron, después de matar a los tres lobos, herir a otros tres y agotar las municiones en inútiles disparos. Esto acrecentó la gravedad de la situación. Varios de los cazadores determinaron arriesgarse a salir en motocicletas para las poblaciones cercanas con objeto de reclamar auxilio y adquirir proyectiles.

Entonces la jauría lobuna se dividió, quedando unos dueños de Vilna y los otros se precipitaron tras los que iban a pedir auxilio.

De la poblacón más inmediata salieron nuevamente los cazadores, en unión de otros allí residentes, y en el camino de Vilna consiguieron matar a otros siete lobos.

Dos horas después, de todos los pueblos de los alrededores partieron gran número de hombres armados en dirección a Vilna, y después de una buena batida lograron romper el cerco de la villa y acabar con la vida de sesenta y cinco de aquellas fieras.

Entre gauchos...

Por Javier de VIANA

—Mirá, hermano, a mí lo que m'indina, sabés, es ver como va degenerando el criollaje, como nos vamos agringando cada vez más.

—Todavía quedamos algunos criollos, che.

—Sí; quedamos algunos. Pero quiero decir, sabés, que al paso que vamos, el país será pa los gringos, que le hacen la guerra al gaucho y dicen que el gaucho no sirve, pa rapiñarles el sitio.

—Es claro; y quieren concluir con la ganadería y convertir toda la nación en chacras, diciendo que criar vacas es de bárbaros y que sembrar trigo es la civilización.

—¡Dejuro!... ¡Como ellos no saben distinguir el cuajo de las tripas amargas... ¡Pucha, y es vida linda la vida'e campo!

—¡Dejame, hermano! si yo m'estoy afisiando en la ciudá; y si no fuese por los compromisos que uno tiene, sabés, y'había alzao el vuelo pa resollar a gusto en el despoblao, sentarmelé a un flete escarsiador, bien aperao, y andar de rancho en rancho y de yerra en yerra, pialando terneras con mi lazo y chinas con mis canciones!...

—Así digo yo; aire puro y carne gorda: lo demás es cuento.

—¿Ti has fijao que hasta la siesta es más linda en el campo?

—¡Turalmente!... ¿Y la música, che, y las canciones?... Fijate un poco el último tanguito mío, aquel que empieza:

> "Chinita, ladiate a un lao
> que me asás el costillar"...

—...¿comprendés la puesía cantada en el campo, en la soledá'e los árboles, el paisanaje y el mujerío criollo?...

—¡Ni me hablés, hermano!... ¡que me dan ganas de sacrificar el porvenir, pa dirme a retozar a gusto!...

Este diálogo lo sostenían, en un sórdido figón del Paseo de Julio, dos compadritos de melena enaceitada, golilla roja, saco entallado, pantalón francés, botín de tacón alto y "uña de escarbar la caspa" en el meñique. La conversación fué interrumpida con la entrada al comedor de un paisanito que vestía bombacha angosta, bota de caña blanda, un chambergo pequeño y un ponchito de vicuña. Con movimientos torpes, el criollo buscó un sitio, se sentó, pidió de almorzar, sin hacer caso de la atención con que lo observaban los compadres. Le trajeron un asado, flaco, duro, reseco, que el cliente acometió con evidentes señas de disgusto. Uno de los compadres aprovechó la oportunidad para dirigirle la palabra:

—Qué pulpa asquerosa se come aquí ¿no, paisano?...

—No es muy buena.

—Sobre todo para usted, acostumbrado a los que apagan el fuego con la grasa—siguió diciendo el lunfardo mientras acercaba la silla para hacer más íntima la plática.

Modesto, el paisanito, respondió:

—A veces.

—Vea, amigo; no colige usted el alegrón que me dentra viendo un criollo'e verdá; porque yo también soy criollo y me siento odiosao con la tallarinada que se m'enrieda en los caminantes, como sierpentinas de carnaval. En cuanto me topo con un paisano se me hace qu'el brilla como un "cien" de la nación; y asolbo el aire como si juese el champañe que chupan los "jifes", y siento que "la puntiaguda" baila un tango entre la "sin mangas", y el cuerpo se me hace mimbre y s'entusiasman las tabas y ya me parece estarle bajando la capota'e los ojos a una viuda platuda, mandada hacer pa "mina" de un criollito ladino, y largándole al'oido algún versito como este:

> "¡Desde que te vi en el baile
> me tenés redemoniau;
> porque tu mirada, china,
> es como pial de volcáu!"...

El paisanito comía en silencio, escuchando distraídamente la charla del vago, quien entusiasmado, llamó al mozo y le dijo:

—¡Traiga tres "cañonazos" pa festejar el encuentro!... ¿Qué?... ¿Por el monetario?... ¡No estás entre gringos, che, que por no gastar se maman chupando el agua ande lavan las copas!... ¡Acarriá no más que ande hay tres criollos, alguno paga!... ¿Ha visto, paisano? ¡Estos tallarines no tienen más ley qu'el "vento"!... Parecen libreta cívica que no sirve más que pa venderla!... Me gusta su "escracho", amigo, y me parece que a su lao, si nos ayuntáramos, haría un papel capaz de dejarlo hormiga a Pablo Podestá. Figuesé, nosotros enredándoles las "tres marías" en los garrones de un bagual cerdudo, clavando'e narices de un pial a novillos con guampas como machete'e "botón" y marcando boletas pa la Chacarita con la punta'e la daga!... ¿Qué le parece, paisano?...

El paisano llamó al mozo, arregló la cuenta, tomó el chambergo y respondió, disponiéndose a partir:

—Disculpe, pero no entiendo lo que dice y estoy apurado, porque tengo que comprar unos arados y unos libros para mi muchacho. Y sin decir más, salió.

El compadre de la peroración se dirigió a su compañero exclamando:

—¿Has visto, che?... ¡Lo que yo te'decía!... ¡Si ya vamos quedando muy pocos criollos!... ¡La raza se acaba y los gringos son gobierno! ¡Quién le había'e decir esto a nuestros gloriosos abuelos! En fin, ya que hay que cair, caigamos en buena ley!... ¡Mozo!... ¡Dos cañonazos!...

EL CAFE

(Media noche. Estamos en un café esperando a un amigo. Mientras él no llega, para no ver cómo pasa el tiempo por sobre nosotros, anotamos, en las márgenes de un periódico cualquiera, unas pequeñas e insignificantes reflexiones, propias del lugar y del momento.)

Sobre el café se ha hablado mucho, lo cual quiere decir que no se ha dicho todo.

En el café se habla mal de todos, hasta de los mozos...

Las mesas de los cafés conocen mejor que nadie las debilidades y flaquezas de los hombres. Sobre ellas vuelcan todos sus odios, sus ilusiones, sus amarguras, todo lo que, sin saberlo ellos, los ata a la vida.

La personalidad moral del mozo que nos sirve está en relación directa con la propina que recibe. Por lo tanto, los hombres que se disfrazan de "mozos" no son hombres, son... "mozos" simplemente.

A veces sale uno del café prometiéndose no volver a él; pero, de lejos, el café atrae con singulares encantos; llama, se apodera de nosotros y luego nos devuelve a nosotros mismos, cansados, desilusionados, tristes.

Del trabajo a la casa, de la casa al café, he ahí la trayectoria de la vida de muchos hombres. Son tres lugares donde se pasan más años de los que se creen...

¡Cómo cansa, en un café, ver siempre el mismo mozo! Tal vez será porque él conoce nuestras "calaveradas" noctámbulas de pasarnos allí horas enteras, en tanto que en nuestra casa nos creen entregados quién sabe a qué clase de emociones...

El café... ¡Basta! El amigo que esperábamos acaba de sentarse frente a nosotros. Hemos llegado, pues, al final (por hoy) de estos apuntes sin importancia... El mozo se acerca y no pregunta nada. Nuestro amigo, por decir algo, con fatiga en el hablar, dice una sola palabra:

—¡Café!

Julio FRANZOSO.

Al que no baile, cuatro tiros

Por Leopoldo VELASCO

Corrían los primeros años de la anarquía, allá por 1825, y ya los pueblos convulsionados, veían levantarse como negras tormentas las rivalidades y ambiciones, los odios y la ignorancia que amenazaban terminar con una catástrofe horrenda los fantásticos templos de la libertad, que soñara el patriotismo ardiente de Moreno.

Aquellos hombres rudos, de temperamento vigoroso, crecidos a la intemperie, imbuídos en principios que no entendían, encarnaban sus ideales en sus caudillos y sucumbían con heroísmo estoico en los campos de batalla, confiados en el triunfo y convencidos de la justicia de su causa.

Rotos los lazos con la monarquía española, quedaba por hacer todavía la parte principal de la obra, nada menos que la organización nacional por la que tanta sangre había de verterse hasta los postreros y sombríos estertores de la anarquía, mortalmente herida en las llanuras de Caseros.

Forzosamente, pues, debía nacer el caudillaje, representado por los más audaces y los más fuertes, como una resultante de las necesidades y de los sentimientos de entonces. Así surgió la figura dominadora y sanguinaria de Facundo Quiroga, en quien el genio clarovidente de Sarmiento ha personificado aquella época de barbarie, madre de tantos crímenes y tantos heroísmos.

Las genialidades de este hombre extraordinario han pasado a la historia con ese tinte extraño de las leyendas fúnebres que seducen a la vez que horrorizan.

La siguiente anécdota de su vida es uno de los tantos eslabones de aquella larga cadena de crueldades, trágicamente rota en la audaz emboscada de Barranca Yaco.

La sociedad mendocina hallábase congregada en uno de sus más aristocráticos salones, donde se danzaba en medio de la más franca alegría, cuando de improviso penetró en el recinto un hombre tosco, rústicamente vestido con botas de montar, poncho que le llegaba a las rodillas y ancho sombrero caído sobre la frente con desdeñosa insolencia.

El desconocido no era otro que el general Quiroga que acababa de establecer su campamento en las inmediaciones de Mendoza.

Sentóse silenciosamente en un apartado rincón, esperando que los dueños de casa se dignasen atenderle con la consideración debida a su alta investidura y a su siniestra fama.

Pero ni éstos ni los invitados repararon mayormente en su persona, a no ser para lanzarle escudriñadoras y desdeñosas miradas, como queriendo reprochar su atrevimiento por haberse presentado con semejante indumentaria en reunión de tanto fuste.

El baile seguía con creciente animación, mientras Quiroga permanecía sentado, meditando alguna venganza terrible.

En esto se sintió ruido de armas en la calle como si llegara una patrulla, y al momento se presentó un oficial en el salón, el que cuadrándose delante de Quiroga, le dijo: general, a sus órdenes.

En el acto un frío glacial circuló por la concurrencia, comprendiendo que el espontáneo invitado no podía ser sino el sombrío *tigre de los llanos*.

Por cierto que desde aquel instante, todos quisieron rivalizar en obsequiosidad para con el general, pero éste, con su característica terquedad, rechazó las atenciones, permaneciendo silencioso y taciturno.

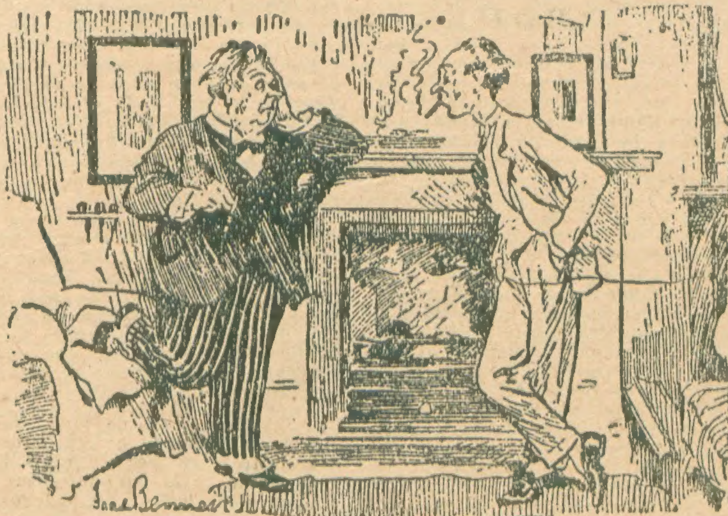
Nadie dejó de comprender lo peligroso de la situación y poco a poco la alegría trocóse en un visible malestar. Muchos de los invitados pretextando diversos motivos se disponían a retirarse, cuando Quiroga, cuyo enfado iba creciendo, dirigiéndose al oficial, le gritó con voz ronca:

—¡Nadie sale de aquí, y al que no baile, cuatro tiros!

Ante aquella orden terminante y brutal, el instinto de conservación primó sobre los sentimientos de dignidad, y el entusiasmo se despertó nuevamente como si el vértigo del placer se hubiera apoderado de la concurrencia.

Así transcurrió la noche, y cuando los primeros resplandores del sol naciente cubrían a la ciudad con un beso esplendoroso de luz rojiza, Quiroga se retiró silenciosamente fatigado por la larga velada, pero satisfecho de haber ejercitado su venganza.

ELOGIO DEL FINADO



—¿Falleció de muerte natural?
—Sí. Lo atropelló un automóvil.



Tipos y paisajes

LA LAGUNA

Por Godofredo DAIREAUX

Las fatídicas palabras: "con aguada permanente" eran, hace pocos años todavía, la mayor alabanza que se pudiese hacer de un campo. Era el estribillo de toda conversación entre estancieros sobre campos, lo mismo que de todo aviso de remate. Bien podía ser el campo de diez leguas cuadradas de puro pasto puna y no tener más, en algún costado que alguna pequeña laguna de algunas hectáreas, ya era campo "con aguada permanente; y con esa aguada permanente" se le llenaba la boca al dueño o al rematador, gente siempre ponderativa, aunque más de una vez sucediera que sólo fuera permanente la aguada por ser tan amarga que ni los zorrinos se animaban a mojar en ella la lengua después de un atracón de hormigas; cuando no era "permanente"... por ocho días, por haber llovido mucho y estar el campo sin hacienda.

La aguada permanente de veras, arroyo, manantial o laguna con tal que fuera de agua dulce, más que todo ofrecía al estanciero el inapreciable alivio de no tener que pensar en tirar agua, esa pesadilla constante del hacendado primitivo, alejado de todo centro de población, desprovisto casi por completo de todo recurso en materiales y brazos y para quien la cava de un jagüel y la confección de sus accesorios eran todo un asunto, sin contar el mismo trabajo cuotidiano de la traída de agua. La agúada permanente era la legitimación de la natural indolencia del criador pampeano, la salvación segura, en tiempo de sequía, pues donde hay agua no piensa la hacienda en desparramarse, más aún era el inocente cebo por medio del cual se venían a aquerenciar ahí mismo, en esos casos, haciendas ajenas; y como lo sabe cualquiera tienen las vacas ajenas lo mismo que las propias, terneros orejanos.

Muy diferentes son las lagunas unas de otras, y lo mismo que en la gente, sucede que no son siempre las mejores las más bonitas. Hay algunas claras, limpias, relucientes al sol, apetitosas entre sus barrancas, y cuando uno se les acerca, extraña ver, entre las espléndidas cortaderas que con sus penachos plateados coronan sus orillas, que ni un solo pájaro las está festejando. Es que son saladas, y sus aguas inservibles. Hacen espuma al lamer las toscas que las rodean, depositando en ellas salitre y musgos verdes y resbaladizos; engañan a veces sus aparentes atractivos a algunos pájaros viajeros, garzas o flamencos, de los que sin echarse a nadar, descansan en la orilla mojándose apenas las patas largas, o a algún animal vacuno o yeguarizo recién traído: pero no dura el error y pronto se alejan desilusionados, en busca de agua dulce.

Tampoco siempre es muy dulce que digamos la que como tal designan los hacendados; pero basta que sin enfermarse, la puedan tomar los animales y no la desprecien del todo los pájaros para merecer ese nombre. Lo que sí, cuando por una sequía algo prolongada viene mermando el agua, empieza a despedir la laguna dulce un olor tan peculiarmente feo que no hay animal ya por sediento que esté, que se anime a probarla.

En general, no son muy hondas las lagunas que interrumpen con el espejo de sus aguas azules si resplandece el sol, verdes o amarillentas en los días nublados, la monotonía de la llanura; son mucho menos hondas de lo que ponderan los paisanos. Las miran con recelo; no se atreven a penetrar en ellas hasta muy lejos, porque apenas entra el caballo, se enturbian las aguas, y renuncian, vuelven a la orilla, diciendo: "Esta laguna es muy honda"; cuando, casi siempre, con la mano, lo mismo que en tantas cosas que no son lagunas, se le puede tocar el fondo, que es de barro.

Salvo raras y por lo demás bellísimas excepciones, las lagunas de agua verdaderamente dulce están atestadas de juncos y espartos, entre los cuales se anidan y abrigan por millares, todas las aves de que consta la fauna acuática pampeana: los patos asustadizos, en inmensas y bulliciosas bandadas o por silenciosas parejas apartadas en amoroso flirt, los cisnes de cuello negro, hermosos y majestuosos, las gallaretas verdaderas dueñas de la casa, modestamente vestidas de negro, hacendosas y comedidas y en las orillas, en posturas hieráticas, los flamencos rosados y las garzas moras, una que otra cigüeña rodeada de mil gaviotas voraces, y solitario, inmóvil, adorando el astro del día, el mirasol, brillante puñado de nieve, de tan codiciado copete. Y todo alrededor, giran en incesante revoloteo, los chorlos y chorlitos de todo tamaño y de toda laya, gritones y sabrosos.

Menos hondas aún estas lagunas dulces que las saladas, poco a poco se secan y desaparecen. La "aguada permanente" de antaño se va haciendo cada día más escasa; con la división de los campos, con los progresos agrícolas que obligan a no entregar a los caprichos atmosféricos la provisión de agua, y con los progresos mecánicos que permiten regularizarla, ha perdido casi por completo su importancia.

El arado, al surcar la tierra virgen, hace de ella una esponja que detiene el agua llovida e impide que corra como antes hasta la laguna: los trigales egoístas se apoderan del agua del cielo y los alfalfares ávidos hacen bajar cada día más las vertientes subterráneas: la laguna paulatinamente se seca; el viento acarrea y tira en sus aguas la tierra del desplayado que la rodea, el arado la carcome más y más en las orillas; pronto llega a ser pastizal el mismo fondo de ella y pacen ovejas donde, algunos años antes, nadaban las yeguas.

Bien pronto no habrá más en la pampa arada, esas lagunitas hermosas que tan alegremente reflejan el azul del cielo y los grandes ojos soñadores del buey sediento; y desesperada, suplicará la nutria al cisne de llevarla consigo; pero el cisne no puede, y la nutria morirá.

Los dramas de la postguerra

Le dicen que su esposo ha muerto y se casa con su cuñado, y luego resulta que su marido vivía

Un suceso extraño, y que reviste caracteres misteriosos en su desenlace, si el desenlace es el que se ha supuesto, está siendo, en Turín, objeto de todas las conversaciones.

En 1917 partió para la guera cierto Luigi Bartolomeo Catamio, el cual cayó prisionero en el Carso cuando la retirada de Caporetto, e internado en un campo de concentración de Alemania, en compañía de un amigo llamado Scala.

Cuando era posible la comunicación con la familia por conducto pontificio, Scala solía escribir a la mujer de Catamio dándole cuenta de la situación de éste, a la sazón enfermo por las privaciones y la depresión que le causara la triste derrota del Carso. De día en día se agravaba el mal estado de salud del militar prisionero, según las noticias que Scala enviaba a la familia.

Cuando éste regresó a su patria, manifestó que Catamio quedaba en Alemania en muy grave situación, y por esta causa los médicos no le permitían reintegrarse a Italia, pues las fatigas del viaje podían serle mortales. Las noticias que Scala traía acerca del prisionero auguraban un fin inminente.

A los veinte días de la vuelta de Scala a Italia se recibió, por conducto de la secretaría pontificia, la noticia del fallecimiento de Luigi Bartolomeo Catamio.

Nadie podía dudar de la certeza del hecho al conocerse por medio tan autorizado. El dolor de la viuda fué profundo. Al quedarse sola con tres hijos, el menor de los cuales tiene un año, se trasladó desde Aglie, donde vivía, a Turín. Aquí habitan la madre y un hermana, que poseen un pequeño negocio comercial. Con los productos de éste y de los modestos bienes agrícolas de la viuda de Catamio, se proponían llevar juntos una existencia más desahogada. Pero pronto se dieron cuenta las mujeres de la dificultad de atender ellas por sí mismas a la casa de comercio y al cuidado de las fincas rústicas que poseía la viuda, y rogaron al hermano de Luigi Bartolomeo que les prestara su concurso.

Éste, que se llama Doménico Catamio, se prestó de buen grado a acceder a los deseos de su cuñada y a encargarse también del cuidado de sus hijos.

Entonces, la madre y la hermana de la viuda concibieron el proyecto de que ésta se casara con Doménico, a fin de que los negocios prosperasen con el interés que éste se tomase por ellos y garantizar mejor la tutela de los niños. Aunque Doménico cuenta ahora cerca de cincuenta años, a la viuda le pareció ventajosa la proposición, y recientemente contrajo matrimonio con el hermano de su anterior marido.

Inmediatamente, Doménico mostró gran actividad en el manejo de los negocios y gastó veinte mil liras suyas en reparar la casa que los menores poseían en Favria Canavese. Luego adoptó otras disposiciones para mejorar las propiedades de su mujer y de los niños, a fin de que aportaran mayores rendimientos.

Todo marchaba felizmente para consolidar la fortuna de la familia, cuando he aquí que hace pocos días llegó a Turín un amigo participando que en Aglie se había presentado Luigi Bartolomeo Catamio, y que éste, al saber que su esposa se había casado con su hermano, se había apresurado a desaparecer del pueblo.

La noticia ha producido en la viuda-casada y en las demás personas de la familia profunda emoción, y se ha divulgado por todo Turín, donde Doménico Catamio tiene muchas simpatías y es muy conocido por sus negocios.

El conductor de un autobús que presta servicio entre Aglie y Turín afirma que hace poco condujo en su carruaje al soldado redivivo y habló con él. En la conversación Luigi le dijo que regresaba a Aglie después de ocho años de ausencia, durante la cual todo el mundo le había creído muerto. Una mujer que conocía a Luigi ha manifestado que habló también con él en la estación de Porta Nova, cuando retornaba a Italia.

En vista de tales informes se practican investigaciones para comprobar la verdad del caso; pero hasta ahora todas han dado resultados negativos. La más ansiosa incertidumbre reina en el hogar de la familia, y nadie puede explicarse la causa de que no se presente Luigi si, como se dice, ha regresado a su patria.

Unos suponen que las personas que aseguran haberlo visto han sido víctimas de una sugestión, y otros creen que al saber Luigi Bartolomeo el casamiento de la mujer con el hermano ha desaparecido para no perturbar con su presencia la dicha de ambos.

El embellecimiento por el hielo

¿Han oído nuestras bellas lectoras hablar del tratamiento de la belleza por el hielo? ¿Han probado a helarse las incipientes arrugas del cutis o a interrumpir con el frío del agua congelada una prematura e indiscreta obesidad?

Esta es la última novedad que han inventado los profesores de belleza; mejor dicho, no la han inventado, sino que la han copiado de las japonesas. Es un tratamiento que fortalece los músculos, rejuvenece la fisonomía, quita las arrugas, comunica a las mejillas el sonrosado color propio de la salud y da al cutis una blancura infantil. Es un tratamiento con dos grandes ventajas: baratura y sencilla práctica. No requiere otra cosa que un pedazo de hielo bastante grande, liso y suave, porque un témpano resquebrajado o rugoso no serviría para nada. Es absolutamente preciso que el trozo de hielo tenga por lo menos una cara tan lisa como una plancha, pues precisamente lo que hay que hacer con él es plancharse la piel y los músculos.

De un modo indirecto, la plancha de hielo impide ese contratiempo para la belleza femenina que llamamos gordura. Su aplicación evita ese primer ablandamiento de la cara que precede a la formación de papada, a la hinchazón de las mejillas y a otros síntomas de la obesidad.

Todavía sirve para algo más el hielo empleado al exterior: para estimular la circulación de la sangre en la piel de la cara. En ésta, la piel está más expuesta al aire y peor nutrida que en cualquier otra parte del cuerpo. Todo lo que estimula la circulación de la sangre da buen color al rostro.

El modo de emplear el trozo de hielo se reduce a cogerlo con la mano y frotarse con su parte más lisa aquellas regiones de la cara y del cuerpo donde más pronto forman arrugas, es decir, las sienes, los ángulos de los ojos, el entrecejo, la barbilla, el cuello y el pecho.

INMUNICESE
CONTRA LA TOS
TOME
PASTILLAS RIN - RIN
NO ADMITA SUSTITUTOS
Precio de la caja grande, $ 1.- La caja chica, a 0.45

UN CASAMIENTO POR TARJETA POSTAL

Cuento de H. de GORSSE

—¡Es la vigésimaséptima que rehusas!—exclamó la señorita de Champdieu, dejando caer con desconsuelo el bordado en que trabajaba. Al lado de ella, su sobrino Roberto de Couzan, un joven que podía tener 25 años, hojeaba un libro.

—Una niña deliciosa.

—Deliciosa, mi querida tía, de antemano estoy seguro que lo será.

—Buena.

—No lo dudo.

—Y linda.

—Naturalmente.

—Espiritual, rica.

—Sobreentendido.

—Al menos, déjame que te diga su nombre.

—¡Es inútil! No quiero a su vigésimaséptima protegida más de lo que he querido a las otras veintiséis.

—Entonces di claramente que no quieres casarte.

—Al contrario, quiero casarme.

—Pero entonces, ¿qué clase de casamiento pretendes? no quieres casarte por conveniencia...

—Ni por el dinero...

—Ni por inclinación...

—Ni un matrimonio forzado.

—Ni un casamiento insignificante...

—No, mi tía, el casamiento que yo haré, será un casamiento... ¿Me oye usted bien?

—Oigo.

—Un casamiento científico.

La señorita de Champdieu abrió sus enormes ojos, y miró a su sobrino con un asombro, en el que se leía el temor.

—Tranquilícese, mi tía, no estoy loco. Estoy en toda mi razón, y precisamente por esto no quiero hacer sino una cosa razonable. Para mi modo de ver, el casamiento es cuestión muy seria, y nunca serán bastantes todas las precauciones que al respecto se tomen. El casamiento es una lotería, se dice comúnmente. Viene cuando menos se espera... Eso era en otros tiempos. Pero la ciencia ha adelantado, y gracias a esto, puede uno casarse con la certeza de ser feliz, una certeza matemática. Basta quererlo.

—¿Ve este libro?

—¿Qué libro es ese?

Roberto de Couzan levantó un dedo con aire profético:

—¡Un manual de grafología! mi tía. Lo que contiene son las reglas de una ciencia infalible, que enseña a conocer los menores rasgos característicos de las personas. Deme dos líneas... no pido más; y por los palotes de las letras, su grosor y su perfil, por el ancho de las a, de las e, de las i, de las o, de las u, los barrotes de las te, las vueltas de las d, las f, las l, estoy al corriente del carácter, de los gustos, del temperamento, de las manías de la persona que ha trazado estas letras. Deme dos líneas de una persona de quien no sé nada, a quien jamás he visto, ¡con quien no he cambiado una palabra! y le diré si es buena o mala, franca o fingida, si le gustan las lecturas serias o si no se complace más que en hojear novelas, si le gusta el sport, si anda a caballo o en bicicleta y si baila.

—¡Es admirable!—opinó la señorita de Champdieu, con un tono que quería decir: ¡es imposible!

—A la que ha de ser mi mujer, será su escritura la que me lo revelará. Si descubro esa escritura que, según los datos indiscutibles de la ciencia grafológica, no puede ser sino la de la mujer ideal, pertenezca a una niña pobre o rica, noble o plebeya, me casaré con ella. Es así, mi tía, cómo me casaré.

—Y esto es lo que yo llamo explicarse—contestó con dulzura la señorita de Champdieu.—Esas son razones. ¿Por qué no me las has dado antes? Pero hay algo que me confunde. ¿Cómo harás para reunir las escrituras entre las que vas a elegir?

—Del modo más sencillo—dijo Roberto, satisfecho de haber podido convencer tan fácilmente a su tía.—He hecho poner en el último número de *Lecture pour tous*, el aviso siguiente:

"R. de C., 15 avenue de Villiers, desire échanger cartes postales illustrées. Priere de n'envoyer que de cartes timbrées du pays d'origine". A primera vista, conozco las tarjetas escritas por un hombre, por una mujer casada, por una viuda o por una persona destinada al solterismo. Las aparto. Examino las otras. ¿Quiere ver cómo procedo? Su última duda desaparecerá. Hoy es lunes, volveré dentro de ocho días y le traeré todas las tarjetas que haya recibido. Las examinaremos juntos.

Cuando volvió, el día convenido, Roberto traía una valija desbordante de tarjetas postales. El se sentó delante de una mesa, y mientras su tía estaba parada, detrás de él, desparramaba sobre la carpeta centenares de cartulinas ilustradas. Las había de todos los países y de mil escrituras distintas.

—Ve estos palotes desordenados, decía: imaginación desarreglada, fantasía exuberante. Inútil seguir. Estas letras angulosas: espíritu estrecho y caprichoso. Estas, pequeñas y muy juntas unas a otras: falta de corazón, falta de voluntad. Esta m mayúscula formada por los palotes adornados con curvas al principio y al fin, indica una alma vulgar. ¡Oh! ¡qué nerviosidad demuestra la escritura de esta tarjeta! ¡Mire estas mayúsculas, estos rasgos menudos!

Por docenas caían las tarjetas en una canasta de mimbre, llena ya.

Bruscamente, Roberto cesó de hablar. Tenía en la mano una tarjeta fechada en Ginebra y firmada: Fanny Zeller, 30, avenue du Mont-Blanc. Los labios apretados, la respiración oprimida, seguía con un dedo las líneas y las letras. La señorita de Champdieu lo miraba con curiosidad. De pronto lanzó esta sola exclamación:

—¡Es ella!

—¿Quién ella?

Sin oír la pregunta de su tía, como hipnotizado por la tarjeta postal que tenía entre sus dedos, en una especie de arrobamiento, Roberto se puso a hablar en alta voz:

—No falta un acento: ¡qué espíritu de orden! Esta curva en la parte baja de las letras: ¡qué dulzura! La mayúscula unida a la letra que la sigue: ¡qué bondad! Las o son abiertas arriba: ¡qué franqueza! Todas las letras son de igual tamaño: ¡qué sinceridad! Esta curva de la a: ¡la curva del idealismo!

Y así siguió en un crescendo de éxtasis.

—Es demasiado bello — exclamó. — ¡Si se hubiera hecho a propósito para reunir todos los principios de la grafología, no resultaría mejor.

Si hubiera podido ver en los ojos de la señorita de Champdieu brillar una pequeña llama, si hubiera observado el aire picaresco que tenía el semblante de la solterona, tal vez Roberto de Couzan habría concebido alguna duda. Pero Roberto no vió nada. Concluyó con estas palabras:

—Mi querida tía, me caso con Fanny Zeller o no me caso con ninguna.

—Te apruebo de todo corazón—respondió vivamente la señorita de Champdieu.—No te queda más que ir a pedir la mano de Miss Zeller.

—Allá voy, mi tía.

—Vamos los dos, querido sobrino.

—Llegamos a Ginebra; aprovecho mi corta permanencia para agradecer a Miss Zeller por haberme contestado. Entre coleccionistas son libertades muy admitidas. La veo, le hago la corte, y usted se encarga de pedirla oficialmente.

—Con el mayor placer, mi querido Roberto—dijo la señorita de Champdieu, que estaba en el colmo de la satisfacción.

Hacía apenas unas horas que Roberto estaba en Ginebra. Con el pensamiento ocupado en lo que venía a buscar, empezó por hacer preguntas a todo el que se le acercaba. Les hizo hablar: Y estos fueron los datos que recogió:

Miss Zeller, americana, de 23 años, tiene por sobrenombre "el terror de Ginebra", escala a caballo los precipicios, anda por la calle en bicicleta a todo escape, tira los chicos que encuentra a su paso, destripa los perros, desaparece inmediatamente, se pasea de noche por los campos, prefiriendo hacerlo cuando hay tormenta, hace poco hizo reventar las calderas de su yate, tal fué la presión que quiso darle para aumentar su velocidad, niega un céntimo a un pobre, y al otro día a ese mismo le da diez dólares o una bofetada...

Roberto quedó sorprendido de los resultados de la rápida información. Pero su fe no se quebrantó por esto.

—¡Vaya uno a dejarse llevar de esta chismografía!—se dijo.—El que se deja llevar de estos cuentos, quedaría pésimamente informada. El mundo es muy malo.

Esta fué también la opinión de la señorita de Champdieu. — No te fíes más que en ti mismo, decía ella. Ver para creer.

Al día siguiente Roberto llamaba a la puerta de la casa de Miss Zeller.

Una sirvienta vieja le abrió y le hizo entrar en una sala grande y fría, adornada con muebles de terciopelo de Utrecht, nada elegantes. Algunos cuadros ridículos, cromos o grabados, colgaban de las paredes. Ni un ramo de flores, ni un libro, ni una labor indicaba la presencia allí de una mujer.

La impresión fué desastrosa: para tranquilizarse, Roberto sacó del bol



Dulce Crema de Leche
"GRANJA BLANCA"
SANO - DELICIOSO Y NUTRITIVO



sillo la tarjeta postal y la examinó. Las letras son iguales en tamaño, decía, las e son bien formadas, la firma es sencilla: el nombre, después un trazo...

Una puerta se abrió con suavidad. Roberto se volvió. Una niña encantadora estaba delante de él. Tenía un vestido negro completamente liso: magníficos cabellos rubios encuadraban su rostro dulce y pensativo. Tenía un libro en la mano y sonreía. El corazón de Roberto latió aceleradamente. ¡Oh! no, la grafología no se equivoca. Era Miss Zeller tal cual él se la había imaginado. Se adelantó hasta ella, y conmovido:

—Miss Zeller...—dijo inclinándose.

La señorita devolvió el saludo y se apresuró a contestar con voz clara:

—Nó, no, soy su amiga. Me llamo Germana Paget.

—¡Ah!—dijo Roberto aturdido.

—Fanny me ha pedido que la excuse con usted, — replicó la joven. — Está acabando de vestirse, no tardará en venir—y con un ademán indicó una silla a Roberto.

Se sentaron y por algunos instantes permanecieron silenciosos. No podía dejar de contemplarla; una turbación rara se había apoderado de él y no sabía qué decir. Hubiera deseado hablar, pero las palabras se detenían en sus labios.

—Soy algo indiscreto—dijo al fin.— No conozco a Miss Zeller, soy un simple coleccionista de tarjetas postales. Miss Zeller me ha mandado una, y al pasar...

Balbuceó y no acabó la frase. La puerta se abrió de nuevo, pero violentamente esta vez.

Botas con espuelas, látigo en la mano, un sombrero de fieltro echado sobre la oreja, apareció Miss Zeller. Era alta y hubiera parecido bella a unos ojos menos prevenidos que los de Roberto.

—¿El señor de Couzan?—preguntó ella.

Roberto se inclinó respetuosamente.

—Mucho gusto de conocer a usted, señor—y le sacudió la mano con un apretón completamente varonil.

Roberto volvió a inclinarse.

—Sí, señorita, yo soy un simple coleccionista de tarjetas postales...

Roberto se encontraba confundido, algo ridículo... Miss Zeller no le dió tiempo para reflexionar. Tocó la campanilla: una camarera se presentó.

—Traiga un látigo y un par de polainas,—dijo,—y haga ensillar otro caballo.

Se volvió a Roberto:—Yo salgo a caballo y usted me acompañará, conversaremos en el camino.

—¿Y usted señorita?...—dijo Roberto, dirigiéndose a Germana Paget.

—¡Oh! yo—contestó la joven—voy a sentarme junto a la ventana. No me gusta nada montar.

Roberto hubiera deseado quedarse en el salón conversando con las señoritas de Zeller y Paget, tranquilamente como amigos. Pero había venido a estudiar a su "futura". Esta cabalgata era una gran cosa para un observador.

Los dos jóvenes se pusieron en camino. ¡Qué calaverada!

Pronto Roberto y Fanny pasaron el puente del Rhône. Delante tenían las pendientes escarpadas del Selève.

—Subamos allá—dijo Miss Zeller.

—¿A caballo? — preguntó Roberto estupefacto.

Era buen jinete y todo lo menos miedoso posible; pero si no por él, temía por su compañera.

—¿Por qué no a caballo?—preguntó la joven burlonamente.—¿Tendrá miedo? ¡Entonces, all right!

El obedeció, aunque disgustado.

Llegaron al pie de la montaña que se elevaba imponentemente sobre sus cabezas. De trecho en trecho se notaban como escalones explanadas cubiertas de musgo que formaban una especie de escalera de gigantes. Una vía de trén de ruedas dentadas cruzaba la roca, cortando la montaña diagonalmente, y subía hasta muy alto en línea recta, casi a pico. Por debajo, más rápido todavía, a pesar de los numerosos ziszás se elevaban el sendero de peatones que llega a Monnetier, la garganta y la cima.

—¿Y bien?—preguntó Roberto, con la esperanza de que Miss Zeller cambiara de idea.

—¡Subamos!—dijo la joven internándose atrevidamente en el camino.

No había que discutir, Roberto colocó su caballo detrás del de la niña, y empezó la ascensión.

El camino estaba erizado de enormes piedras desprendidas de la montaña y subía de una manera tan abrupta, que los caballos, jadeantes, a duras penas podían seguir adelante.

El caballo de Miss Fanny, asustado, empezó a retroceder; el terreno amenazaba faltar debajo sus patas. Algunos segundos más y Miss Zeller caería en el vacío junto con su cabalgadura. Roberto se precipitó sobre ella, y tomándola del talle con esfuerzo vigoroso, la arrancó de la montura y la puso en el suelo. Fué muy a tiempo; enloquecido, el animal se había despeñado y la violencia del choque hubiera seguramente derribado a la jinete más acabada.

—¿Se siente mal, señorita? — preguntó Roberto.

—Absolutamente—contestó la joven con una sequedad que sorprendió a Roberto y con un tono en que más se veía el despecho que la gratitud. Y agregó con impertinencia: — Pero de todos modos le estoy muy agradeci-

Pidan

QUILMES

DE

INVIERNO

la mejor cerveza
para la estación.

—¡Esto es muy divertido! — dijo Fanny sin darse vuelta.

Roberto no contestó.

Cuanto más subían, más crecía el precipicio. De lo alto se divisaba Peyrier y un poco más lejos Ginebra, sepultados en el verde, delineando sus contornos como un inmenso mapa.

Así llegaron hasta la parte del camino que lleva el nombre de Pas de l'Echelle.

En ese momento el caballo de Miss Zeller pisó mal y tropezó, pero ella, sin turbarse, dió un fuerte latigazo al animal, que en dos trancos avanzó algunos metros. Roberto siguió a la niña.

De pronto, en el momento que ellos llegaban a una vuelta del camino, un tren desembocaba sobre sus cabezas y empezaba a descender a lo largo de la pendiente con ruido ensordecedor.

—¡Bájese!... ¡bájese! — gritó Roberto, previendo el peligro y bajándose de su caballo.

da.—Mientras tanto, el vagón había llegado hasta ellos; los viajeros, que presenciaron el accidente, hicieron detener el convoy. Tomaron a Miss Zeller y a Roberto y los llevaron hasta Peyrier.

Llegaron a casa de Miss Zeller donde los esperaba la señorita Germana Paget.

—Germana — dijo Fanny, — te presento a mi salvador.

Roberto se inclinó modestamente.

—¡Lástima que no lo hayas visto en ejercicio de sus funciones! En tierra firme o en un salón, el señor tiene todo el aire de un perfecto gentleman, muy correcto y algo tímido. Pero, querida, ¡en el momento del peligro! Es así como hay que verlo. ¡Un león bajo la apariencia de un terranova! Astucia y prudencia, impetuosidad y sangre fría...

Roberto quiso interrumpirla.

—¡No! ¡no! ¡Usted no me impedirá de rendir homenaje a cualidades tan fuera de lo común! ¡Usted ha estado admirable! Merecería una medalla. Y la tendrá: Por haber librado de una muerte segura a una americana, el señor Roberto Couzan, medalla de primera clase... Por mucho rato siguió con esas sátiras. Era de no creerse. Por una niña que el día antes no conocía, Roberto acababa de exponerse a un gran peligro; y a manera de agradecimiento le hacía soportar un diluvio de chuscadas descorteses.

Fué entonces, y por primera vez, cuando se le ocurrió pensar que la grafología podía ser una ciencia equivocada.

El manifestó sus dudas a la señorita de Champdieu. Pero no fué chica su sorpresa al ver que la solterona estaba más firme que él en su fe en la grafología.

—No hay que llevarse de la primera impresión, sobrino—dijo sentenciosamente.—¡Y qué! ¡por algunas excentricidades!...

—¡Algunas excentricidades!... ¡Y si su sobrino hubiese vuelto con el cuello roto!

—Mi sobrino está perfectamente sano. Si no es un tonto, volverá a casa de Miss Zeller, puesto que esa encantadora niña no lo ha puesto en la puerta la primera vez, malaventura a que estaba expuesta la indiscreción del proceder. Se debe tratar de entablar más amplio conocimiento.

Roberto no era tonto. Volvió a casa de Miss Zeller. Volvió a ver a Germana Paget.

Una simpatía secreta lo llevaba hacia la que tan dulcemente lo recibió en casa de Miss Zeller. Una voz que murmuraba en su corazón le hablaba de ella: y cuando dejaba errar su pensamiento, la imagen que en su mente se dibujaba, era la de la dulce y alegre Germana. Entonces, enérgico, volvía a la realidad. Y él mismo se decía: es preciso no olvidar que de quien estoy enamorado es de Miss Zeller.

Muchos días se pasaron así y Roberto veía con frecuencia a las jóvenes de quienes se había hecho asiduo acompañante. Con los más meritorios esfuerzos procuró querer a Miss Zeller. Pero a cada instante, alguna locura, algún nuevo despropósito, venían a desconcertarlo. Era un movimiento continuo y causador de invenciones extravagantes: un día, una salida en bote por el lago; al día siguiente, una excursión, de la que Roberto volvía con las manos ensangrentadas y las ropas desgarradas; luego, un furor de coquetería, un flirt encarnizado; luego, una desdeñosa frialdad, un despreciativo orgullo; más tarde, un acceso de seriedad, de dignidad ofendida; unas veces era un desborde de sátira y de bromas; otras una crisis de llanto que concluía en una explosión de júbilo, cuando no era una crisis de alegría que terminaba en un diluvio de lágrimas...

Quebrantado, cansado, absorto, atontado, Roberto no encontraba más atractivo que el de ver a Germana Paget.

¿Era por el contraste que formaba con Fanny? Todo en Germana encantaba al infortunado Roberto. Cada día hubiera podido comprobar los progresos de un sentimiento que él mismo no quería reconocer. El salón le parecía desierto cuando Germana no estaba allí, las horas le parecía que volaban cuando estaba a su lado. Tenían los mismos gustos. Ella como él, admiraba el arte y la naturaleza, los hermosos paisajes, los cuadros, todo lo que habla al corazón, lo que eleva el espíritu. Ella hablaba de todo con sencillez y desenvoltura, y su voz lo conmovía.

Hacía más de un mes que las cosas marchaban de este modo, y so pretexto "de estudiar" a Miss Zeller, Roberto de Couzan se quedaba en compañía de Germana.

Esto era un sueño del que lo des-

portaba algo bruscamente, la señorita de Champdieu.

—¡Ah! sobrino, creo que no habrás olvidado que estás acá para casarte con Miss Zeller...

—Naturalmente, mi tía.

—Y que no conviene comprometer a esta niña con tus asiduidades... Es preciso tomar una determinación.

—Sí, mi tía.

—Esta misma noche.

Roberto pensó hasta la noche. No habría nada que objetar. El examen de una tarjeta postal le había revelado en Miss Zeller la joven con quien debía casarse. No le quedaba más que proponerlo. Y así lo haría.

Se preparaba a salir, cuando un sirviente le dió una carta con una letra completamente desconocida para él. Contenía estas pocas palabras:

"No dejes de venir esta tarde a tomar el te con nosotros. Mañana parto.—Fanny."

Roberto lanzó un grito. ¡Qué escritura! sin puntuación; las mayúsculas olvidadas; ¡las letras todas enredadas! Los barrotes de la t, largos y gruesos, formando cruz: ¡voluntad tiránica, agresiva y colérica! algunas forman un ángulo agudo, ¡capricho! Las m, las n, las i, las u, son angulosas: ¡egoísmo inflexible! Los palos de las p, de las d, de las f, son fantásticos, la firma es complicada y acaba con un gran rasgo agudo: disimulo y maldad.

¡Qué revelación!

Roberto se precipitó a la calle. En tres zancadas estuvo en la puerta y casi arranca la campanilla.—Miss Zeller, ¿dónde está Miss Zeller?—gritó a la sirvienta. Algunos minutos después estaba en el salón delante de la joven.

—Miss Zeller, ¿ha sido usted la que ha escrito esta carta?

—Sí, yo.

—Pero, ¿y la otra? ¿la tarjeta postal, no la escribió usted también?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Germana Paget me hizo el favor de escribirla por mí...

No tuvo necesidad de decir nada más. Roberto se arrodilló delante del sillón en que estaba sentada Germana y le tomó una mano que ella no retiró...

Cuando Roberto contó a la señorita de Champdieu con los menores detalles los episodios de esta memorable tarde...

—Me parece curioso, mi tía—dijo él,—que todo esto no la sorprenda.

—¡Oh!—contestó la solterona,—¡a mi edad se ha visto tanto! Ya una no se asombra de nada...

—¡Qué sobrina va a tener usted, mi querida tía! ¡Y gracias a esta ciencia en la que usted se resistía a creer! Confiese que el examen da resultados maravillosos.

—Lo confieso, lo confieso... Y a propósito, ¿me permites ahora que te diga el nombre de la joven que yo te proponía?

—¡Ah! ¡sí! Recuerdo, la joven espiritual, buena, graciosa, la perla de las novias, la vigésimaséptima maravilla...

—Precisamente.

—Y bien, mi tía, si se empeña, nómbrela. Eso no tiene importancia. Soy tan feliz, que puedo concederle ese placer...

La señorita de Champdieu se tomó el tiempo que le pareció oportuno, sujetó sus anteojos, y pausadamente:

—La vigésimaséptima candidata al honor de ser la señora de Roberto de Couzan se llamaba Germana Paget.

Y aprovechando el asombro del joven:

—Permíteme además rectificar un error. Es verdad que Miss Zeller es americana, pero no es exacto que sea tan peleadora y excéntrica como te ha parecido. Ella ha puesto toda su buena voluntad. Tiene buena voluntad, Miss Zeller y muchas otras buenas cualidades. Es una excelente niña, que se ha puesto gentilmente a representar su papel. Merece muy bien ser recompensada. De eso se encargará el primo Jaime con quien se casa la semana que viene y a quien creo muy digno de ella...

Y agregó:

—¡Viva la grafología, sobrino! Es una gran ciencia.

—Seguramente — replicó Roberto conmovido,—si a ella agregamos, como acaba de hacerlo usted, la experiencia de la vida y la perspicacia de la bondad.

Como todas las Cosas Buenas

la ASPIRINA "BAYER" tiene sus imitadores. - Al adquirirla pida

BAYASPIRINA

(NUEVO NOMBRE REGISTRADO)

y fíjese bien que sobre el cierre de la cajita que contiene el tubo con las 20 tabletas del incomparable producto se halle adherida la ESTAMPILLA FISCAL con la "CRUZ BAYER" y nuestra Razón Social "LA QUÍMICA INDUSTRIAL BAYER"



¡SÓLO ASI ES LEGÍTIMO!

¡NO ACEPTE JAMÁS TABLETAS SUELTAS!

Si sólo necesita una dosis de 2 tabletas, pida un "SOBRE BAYER" cerrado por la misma ESTAMPILLA FISCAL. Rechace toda tableta suelta que pretendan venderle aunque vea que la sacan de un tubo auténtico. De este modo impedirá que lo sorprendan en su buena fe.



Perfume de belleza

Tarde ya, casi al filo de la noche,
lo aguardo en el jardín con luna nueva:
pero las horas pasan,
y él no llega...

El otro amor fué igual, y cuando vino
no había más rosas en la rosaleda,
y tuvo que marcharse silencioso,
y al fin llorar una esperanza muerta...

Acaso este también haya extraviado
de la felicidad la hermosa senda:
el corazón parece adivinarlo,
y sin embargo, en éxtasis, lo espera!

Santos Aguilera

Propaganda ingeniosa

Hace tiempo, el dueño de cierto restaurant de Nueva York ideó un ingenioso medio de atraer clientela.

Todos los sábados por la noche escogía una de las sillas, todas las cuales estaban numeradas, y ponía su número en un sobre cerrado que entregaba al encargado del mostrador. A medida que iba llegando gente a cenar, se ocupaban las sillas, y el que tenía la suerte de tomar el asiento designado por el dueño, recibía un regalo consistente en un reloj de oro.

LADRONES

Por Gustavo GOCHOY

La muchedumbre perseguía a un hombre, gritando desaforadamente:

—¡A ese! ¡A ese! ¡Detenedle!

Al fin el ladrón cayó en manos de un agente de orden público que le cortó el paso.

La gente rodeaba al malhechor y lo amenazaba con los puños.

De entre los grupos salió una mujer y dijo con voz airada:

—¡Señor agente: ese hombre acaba de robarme mi bolsa de oro!

—Sígame usted a la comisaría, para prestar declaración,—contestó el representante de la autoridad.

El agente, el ladrón y la señora robada se pusieron en marcha hacia la comisaría, situada en la calle inmediata, seguidos de gran número de personas.

La señora no cesaba de quejarse, y en sus lamentaciones decía:

—Deberían de prender a todos esos bandidos y enviarlos a una isla desierta sin que quedara uno solo en París. Paseábame con mi saco de oro en la mano cuando noté que me empujaban. Afortunadamente, vi al ladrón.

El acusado no decía una palabra. Tenía el aspecto de un mendigo muerto de hambre. Había visto brillar el saco y se lo había arrebatado de las manos a la querellante.

El agente contemplaba la bolsa de oro que había encontrado debajo de la blusa del ladrón.

Al fin se presentó el comisario en el umbral de la puerta de su despacho, acompañando a una señora decentemente vestida, que al parecer estaba sumamente contristada.

—¡Qué quiere usted, señora!—decía el comisario.—¡Esto ocurre diariamente! Los ladrones no traen a la comisaría los objetos robados.

—¡Qué desgracia la mía!—exclamó la señora.—¡He perdido en un instante un saco de oro, un reloj, un brazalete y una sortija!

—¡Qué vamos a hacer!—exclamó el funcionario de policía.

—¡Mi ladrona!—exclamó de pronto la elegante dama.—¡Ahí la tiene usted, señor comisario! Estaba yo sentada en una guantería probándome unos guantes, con mi saco en la falda. Esa mujer me lo arrebató y echó a correr precipitadamente. La reconozco también y reconozco también mi saco.

La sorpresa fué general, y el ladrón no pudo dejar de sonreírse.

La mujer acusada trató de defenderse contra la afirmación de la recién acusada.

—Este saco me pertenece, señor comisario.

—Esa señora no sabe lo que dice. ¿No puede haber dos sacos iguales?

—Ahora veremos,—dijo el comisario apoderándose de la bolsa.

—¿Qué hay en este saco?—preguntó a la acusada.

—Un reloj.

—Eso es muy fácil de adivinar,—observó la segunda señora:—yo misma acabo de decirlo.

—¿Cómo es ese reloj?—insistió el comisario.

—De oro,—contestó la interrogada.

—Guarnecido de diamantes,—rectificó la dama elegante.

El comisario sacó el reloj. La segunda señora tenía razón.

—¿Y el brazalete?

—Con brillantes,—dijo la una.

—No,—dijo la otra,—de oro, completamente liso.

También estaba en lo firme.

—¿Y la sortija?

—No lo sé,—contestó la interpelada, dándose por vencida.

—Hay más cosas en el saco,—añadió el comisario.

—Sí, señor, — dijo la elegante dama,—un pañuelo con mi nombre bordado "Mercedes", y además mi portamonedas con 40 francos dentro.

—Exactamente. Ahí tiene usted su saco con todo lo que contiene. Déjeme usted la dirección de su casa para cuando se necesite su declaración.

La señora dió las señas de su domicilio y se retiró en extremo alegre y satisfecha.

El comisario hizo entrar en su despacho al ladrón y a la ladrona.

Iba a comenzar el interrogatorio cuando entregaron una tarjeta al comisario.

—¡Que pase ese caballero!

Pasó el recién llegado, a quien dijo el funcionario:

—No puedo conceder a usted más que un minuto de audiencia, porque estoy sumamente ocupado.

—Terminaré muy pronto, señor comisario. Hace dos horas entró en mi tienda, soy joyero, como usted habrá visto en mi tarjeta, entró, digo, una mujer joven, bonita y elegante, con propósito de comprar varios objetos. Como iba muy bien vestida, le enseñé lo mejor que tenía en mis escaparates. Lo miró todo y me indicó que volvería. Retiróse y no tardé en notar la desaparición de una bolsa de oro, de un reloj guarnecido de diamantes, de un brazalete de oro y de una sortija con una esmeralda. Considero perdido todo eso, a menos que una casualidad...

—La casualidad ha existido, pero ha venido usted tarde. Ha sido usted robado tres veces y si se hubiera presentado minutos antes habría recobrado usted sus alhajas.

Acto continuo el comisario refirió al joyero la sorprendente historia de la bolsa y de su contenido.

El ladrón se echó a reír a carcajadas.

—¡Silencio! — exclamó el comisario.—¡No está usted aquí para divertirse!

El jefe de policía llamó y dió a su empleado la dirección de la señora del saco de oro.

El subalterno regresó a los pocos instantes y dijo:

—La dirección es falsa.

—Era de suponer,—murmuró el comisario.

—¡Pero calla! ¿En dónde está la otra?

La ladrona se había fugado, aprovechando el barullo general. No quedaba allí más que el ladrón.

Al cabo de pocos días fué éste condenado a tres años de cárcel.

Al escuchar la sentencia, — exclamó con inconcebible cinismo.

—¡En lo sucesivo robaré a las personas honradas, si es que las encuentro, cosa que me parece sumamente difícil!

No hay categorías

cuando se trata de saborear una copa del exquisito e insuperable vino quinado

KALISAY

pues todas las clases sociales quieren obtener los saludables beneficios que este tónico reconstituyente brinda al organismo, y, al mismo tiempo, gustar las delicias que ofrece al paladar, un aperitivo tan delicado como agradable.

23 años de éxito

LAGORIO & Cía.

VINAGRE "OMEGA" DE PURO VINO DE PRODUCCION ARGENTINA. Es el más puro, aromático y mejor destilado que se conoce. Los manjares adquieren con él un sabor incomparable. Exija que sus ensaladas, escabeches y adobados sean condimentados con Vinagre "OMEGA". Por su pureza obtuvo el Primer Premio de la Municipalidad La botella de 1 litro vale $ 1.20 en la Capital y $ 1.30 en el Interior. LAGORIO y Cía.

SECCION VERMOUTH

PARA DESPISTAR

—¿Por qué llaman los hombres a la mujer su cara mitad?

—Para que no se den cuenta de que son el todo.

AYUDÁNDOLO A BIEN MORIR

—Ayer me encontré en la calle a Vicente. Tiene un aspecto que inspira lástima... Me dijo que hay momentos en que hasta piensa en el suicidio...

—¡Tan desesperado está?... ¿Por qué no lo has traído a comer con nosotros?...

BUENAS CUALIDADES

—Mi esposa tiene un excelente oído para la música...

—Pues la mía lo tiene admirable para oír lo que hablan los vecinos.

UN CONSEJO

—¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo?

—Sí. Me zumba los oídos como cuando uno se arroja al mar de cabeza.

—Vea en seguida a un médico. Eso es que los sesos se le han vuelto agua.

SIN NAFTA Y CON EXIGENCIAS

—Vamos a tener que detenernos aquí y buscar nafta para poder seguir...

—¡Oh! ¡De ninguna manera! Este sitio es muy triste. Lleva el auto aunque sea empujándolo, hasta lo alto de aquella loma. El panorama será mejor desde allí.

A PUNTO DE CASARSE

—Justo dice que su novia le está ayudando a ahorrar para poner la casa.

—Es cierto. Ella le da los cupones de los cigarrillos que fuma.

MODOS DE VER

—¡Qué diferencia! —exclama la recién casada—. Ahora me pareces un hombre inteligente y la noche en que me propusiste casarnos me diste la impresión de ser un idiota.

—En realidad, aquella noche lo fuí.

CONDICIONAL

—¿Qué piensa usted de mi último poema?

—Que me ha causado una excelente impresión, si de veras es el último.

NO SE FIABA DE LAS APARIENCIAS

—El nuevo tenedor de libros debe ser un hombre muy trabajador.

—En efecto. Debe ser muy trabajador... La cuestión es que lo sea.

REMEDIO HEROICO

—¿Por qué metes los platos en agua caliente, mamá?

—Porque los ha usado tu padre y deben haber quedado en ellos gérmenes de la gripe que padece.

—¿Y no sería de mejor resultado meter a papá en agua caliente?

LA ELOCUENCIA DEL DINERO

—Anoche fuimos a cenar con Idiótez y al terminar tuvo una frase elocuente.

—¿Qué dijo?

—Llamó al mozo para pedirle la adición.

VENTAJAS DE LOS ACERTIJOS

—No me negará usted que los juegos de ingenio educan a la gente.

—En efecto, gracias a ellos han aprendido las mujeres a utilizar un lápiz.

LO TENÍA ENGAÑADO

—¿Y usted afirma que podrá dar a mi hija todo lo que ella desea?

—Sí, señor. Ella está cansada de decirme que no quiere a nadie más que a mí.

HOMBRE OBEDIENTE

—¿Qué dijiste cuando Santiago te amenazó con besarte en los labios?

—Le dije muy enojada que me gustaría ver si era capaz de ello...

—¿Y qué?

—Que Santiago obedece todos mis caprichos.

Kaolín finlandés

Acaban de ser descubiertos en Finlandia grandes depósitos de kaolín, y la capa explotable, de un espesor superior a diez metros, se halla tan sólo a una profundidad de cuatro a seis metros.

Se trata de un hecho interesantísimo que podría originar una competencia considerable al comercio de la porcelana.

YAGUARETE

Por Germán GARCIA HAMILTON

Una de aquellas formidables turbonadas revolucionarias que arrasaron en otro tiempo las provincias de Entre Ríos y Corrientes, le arrojó a las playas orientales, como a un errante camalote la impetuosidad de las aguas.

De qué modo cruzó el ancho Uruguay, nunca llegó a saberse. Acaso a nado, acaso dentro de un cuero, a la usanza indígena. ¿No era él, por ventura, un viejo centauro? ¿No se había arrojado millares de veces, asido a la crin de su potro de pelea, a las ondas de "ríos como mares", entre aquellas legendarias caballerías entrerrianas y correntinas, que pasaron como un alud por sobre las *cuchillas* y los llanos?...

Urquiza, Mitre, López Jordán... Cien nombres y recuerdos confusos, era cuanto guardaba en su memoria, de aquella Ilíada sin Homero, el guerrero anónimo cuya extraña Odisea bosquejo en estos párrafos.

Pero allí estaba su foja de servicios, escrita por el hierro y el plomo, sobre la tabla rasa de su pecho. Ni nombres, ni fechas, ni galones: la media luna de una lanza gaucha y el triángulo de una vieja bayoneta, blanqueando sobre la piel bronceada, y una bala esférica de fusil antiguo, entre la curtida epidermis y la carne enjuta... La única cicatriz que se veía sobre su espalda, la dejó el mismo lanzazo que fué a grabar sobre su pecho el símbolo de Mahoma.

¿Por qué bebía? Por americanismo puro: por proteger la industria paraguaya. Rosas le habría hecho su edecán favorito. San Martín le habría legado su espada.

Eso sí: ¡jamás profanó el santuario de su estómago una bebida europea! ¡Caña! ¡sólo caña!... ¡Y con qué soberano desprecio arrojaba siempre sus dos *vintenes* sobre el mostrador del pulpero *gringo*, para que éste se cobrase por adelantado el importe del codiciado néctar!

¡Cómo lamentaba en ese momento no ser él el general Urquiza, para impedir que aquellas manos sacrílegas, aquellas manos de *nación*, osasen abrir el sacrosanto *espiche* que tantas veces acariciara en sueños con sus gruesos y cárdenos labios!

¿Whisky? ¿Cognac? ¡Ni verlos!... siempre que alguien no le obsequiase con una copita de uno u otro líquido; en cuyo caso él les daba carta de ciudadanía en sus entrañas, no sin ciertos patrióticos escrúpulos, y rociándolos inmediatamente con caña, a manera de agua bendita, sin duda con el fin de purificarlos...

¡Oh ironía de la suerte! El viejo centauro de las selvas americanas, el guerrero de las patriadas heroicas, había llegado a ser, en el otoño de su existencia, el juguete predilecto de los muchachos!

Sintiendo acaso la nostalgia del combate, él mismo provocaba aquellas guerrillas de insultos y pedradas, en que los proyectiles materiales iban a herir los vidrios de las casas vecinas, y los verbales la reputación de todas las madres vivas y difuntas.

¡Cuántas veces su inseparable porrón de caña, arrojado con toda la fuerza de su brazo de viejo Aquiles, todavía ágil y temible, pasó silbando junto a mi oído, en aquellos diarios combates!

¡Aquiles dirigiendo sus armas contra Homero!... ¿Quién habría *cantado* las glorias del valeroso correntino, si alguno de sus formidables botellazos hubiese acertado con mi cabeza?

Cuando el héroe estaba de buen humor, solía celebrar pequeños armisticios con sus encarnizados enemigos, y hasta les aceptaba uno que otro convite.

Un día, un mozo del pueblo, encontrándole en estado anormal, es decir, fresco, junto a uno de los postes que le servían de barricada durante las guerrillas y de sostén cuando la caña engrillaba sus piernas, le ofreció dos reales de gratificación si ponía de oro y azul al primer "manate" que alcanzasen a distinguir sus ojos. El correntino (esta era su nacionalidad) aceptó en el acto la proposición, y guardando en uno de sus insondables bolsillos el importe de su *trabajo*, con una voz que le hubiese envidiado el Niágara, descargó la más gigantesca lluvia de denuestos hispano-guaraníticos que de labios humanos haya salido jamás, sobre el mismo que acababa de solicitar de él tan original arenga.

¡Qué alaridos aquellos! No era un hombre el que vociferaba, era el Iguazú desplomándose atronador sobre su lecho de peñascos.

Y cuando aquel Cicerón del escándalo puso fin a su alocución formidable, encarándose con su víctima, díjole cortésmente, sin envanecerse un ápice con los aplausos entusiastas de su auditorio:

—Ya está servido, cuñao. Dispense que el responso aiga sido corto, así no más como pa pobre; pero si gusta que largue todo el lazo, sírvase mandar formar con un ojo e güey, que volveré a templar la prima, y lo que es su parentela no se va a quedar descontenta!... ¡Hasta de los chicos me vi'acordar en la repartija!

Indignado ante la indiferencia con que la policía presenciaba los continuos ataques de que era víctima, se presentó una vez en queja ante el Jefe Político de Río Negro, que lo era el entonces coronel don Santos Arribio.

—¿Qué le pasa, Romero?—preguntóle con aire zumbón aquel funcionario.

—Que me insultan, señor, y el día menos pensao vi'acer tientos de las tripas de alguno, si usía no los llama a sosiego!

—¿Y qué le dicen, amigo?—interrogó sonriendo el comisario, con ánimo de *titearlo*.

—Me gritan, *yaguareté*, señor; y esto no me ofiende porque quiere decir tigre; y *corá*, que también les tolero, porque es el nombre de mi pueblo; pero lo que no le aguantaría ni al mesmo general Urquiza, es que me digan *añang mbuig*... ¡Eso sí que no!

—Pero ¿qué quiere decir eso que tanto lo ofende?

—Quiere decir que se vaya usía... Con perdón de su señora madre, mi coronel.

—¿Y si ahora yo le hiciese pegar cuatro tiros por insolente?—respondió Arribio, conteniendo a duras penas la risa, complacido en el fondo ante las valientes explosiones de aquella indomable sangre americana, que también corría por sus venas impetuosa y abundante.

—¡Bah, señor! No tengo el cuero pa negocio; y con tal que en el infierno aiga un almacén y en él despachen caña paraguaya, ya pueden dir cargando sus remintones esos sotretas que me están bichando!

Y con un gesto despreciativo señaló hacia un grupo de soldados que le observaban desde el patio.

¡Pobre correntino! Menos desamparado que Edgard Pöe, murió de *delirium tremens*, en un hospital de Montevideo, contemplando desde su lecho de dolor el anchuroso Plata, que en sus alucinaciones báquicas debió antojársele una copa de *suisé* gigantesca.

Ya me parece verlo con su alforja al hombro, gritando imperiosamente a San Pedro, junto al umbral de la puerta celestial:—¡Mozo, un vintén de caña!

LOS NIÑOS DE HOY



—¡Ay, abuelita! ¡Si yo tuviese veinte años más y supiese lo que ahora sé!...



Son los que gozan de las preferencias del público, por los méritos que en sí encierran. Sus notas, melodiosas y suaves, constituyen el secreto de los entendidos.

Se obtienen pagando una modesta suma al contado y el resto por mensualidades.

Rollos de 88 notas, tenemos siempre existencia con las últimas novedades.

OBIGLIO & HIJOS
Bme MITRE 1215
BUENOS AIRES

PULPERIA, por Santiago MACIEL

Había sido una lucha de intereses; por una parte, sórdida y paciente, y por la otra, mantenida con cierta habilidad de diplomacia criolla. Los beligerantes eran: don José Flandiño y don Ciriaco Núñez. El primero, español de nacionalidad, de profesión comerciante, en la costa del arroyo de Averías, un gallego adiposo, con rara fisonomía de marsupial, pero bien aplomado en su base, como un plantígrado. Así parecía en lo físico, que en lo moral, las cualidades se contradecían; era avaro y generoso al mismo tiempo, pero con limitaciones, en el primer caso, tratándose de lo propio, y en el segundo, de lo ajeno; alegre y expansivo... cuando redoblaba las ganancias, y triste, hasta dar compasión, si ellas no resultaban copiosas. De modo que, cuando los paisanos le veían meditativo, con aspecto de estar haciendo cuentas mentales, le decían con sorna:

—¿Le duele algo, compadre?

Pero si le observaban predispuesto a la chacota, se miraban entre ellos, temerosos, como si presintieran un desastre, preguntándose:

—¿Quién será el difunto?

La casa de comercio, como la denominaba pomposamente su dueño, era una modesta "pulpería", con un surtido abundante de alcoholes... aguados y una variedad original de comestibles y artículos de tienda, hacinados en barricas y estantes, o colgados del techo, entre tazas de loza, jarros de hojalata y máquinas de hacer café, que producían una cencerrada insoportable, cuando el viento se colaba por la ventana de cárcel del despacho de bebidas, o el dependiente picaneaba los trastos con su caña de gancho, para desprender alguno, de los tirantes. Lentamente... lentamente... como la gota llena de hueco, y el hueco, convertido en fuente, se derrama, forma el arroyo y después el río, así el señor Flandiño había empezado a hacer fortuna. La libreta, de tapas de negro hule, a la que sólo faltaba la cruz en el medio y las cuatro líneas doradas para ser tarjeta de entierro, era el instrumento poderoso, incontrastable de que se valía para llenar el granero de su peculio. Así desfilaban, de los alrededores hacia su escondite, lentamente... lentamente... primero la vaca de un vecino, más tarde dos, luego toda la hacienda, y de igual modo, la cosecha del otro, la chacra del de más allá, hasta extender sus dominios, transformándose de humilde "pulpero" en el más rico propietario de la comarca.

El segundo, es decir, don Ciriaco, lindero del comerciante, era un paisano socarrón, que todos creían incapaz de hacer una diablura, pero que alguna habilidad tendría, cuando aun no había penetrado en las fauces de su rival, manteniéndose, al parecer, en toda su integridad, sin haber realizado hasta entonces, con él, ninguna operación de crédito prendario, que venía a ser como el borde del precipicio por el cual habían rodado hasta el estómago del pulpero la dicha y el bienestar de sus amigos. Este, empezó a vacilar, buscando un medio expeditivo para vencer la resistencia de su vecino, porque le parecía mentira que don Ciriaco pudiera "aguantarse" tanto tiempo sin caer en sus garras, sobre todo cuando el fruto de su trabajo no era tan abundante, como para permitirse el "lujo" de no pedirle un "servicio"... No había paisano, en veinte leguas a la redonda, que no estuviera al cabo de aquel pleito silencioso, y esperaban, con ansiedad, el desenlace sin poder decidirse por ninguna de las partes, porque, aunque sabían que don Ciriaco era "difícil de carnear", según su frase pintoresca, el "pulpero" era terrible, de una tenacidad asombrosa, para salirse con la *suya*, cuando se trataba de negocios. Así, cada vez que oían al comerciante decir a don Ciriaco, en tono de la más perfecta sinceridad:

—Oiga mi amigo: si necesita dinero, ya sabe que yo estoy a sus órdenes; no pase necesidades.

Y contestar al aludido:

—Muchas gracias, don José; ya sé que usté es hombre de hacer un servicio, sin esperar recompensa; pero aura, no necesito. Será otra güelta.

Los paisanos, si estaban en ese instante sentados, bebiendo, apuraban las copas, haciendo gorgoritas en la ginebra con la risa que se les escapaba, y si jugaban al truco, sonaba bajo las mesas un rumor de botas que chocaban con ímpetu, y levantaban la voz, para gritar: *contra flor el resto*, aunque no tuvieran *cartas*.

Transcurrieron algunos años, y la cuestión seguía en el mismo estado, cuando un incidente vino a modificar la situación de los pleitistas. Don José tenía un hijo, y don Ciriaco una hija, ambos muy niños, al empezar estos sucesos, pero ya mozos, en el momento en que finaliza la historia. El, era un muchacho fuerte y simpático, alegre y decidor, divertido y generoso, como un ángulo opuesto por el vértice al carácter de su progenitor; y ella, una criolla, aunque no linda, agradable y muy atrayente. Fijarse en la chica, don José, y dar por resuelto el problema de la absorción de su vecino, fué casi un pensamiento simultáneo. Ya que no podía arrebatar por la violencia, lo conseguiría por la astucia. Habló y entusiasmó a su vástago, sugestionándolo de tal modo, que a los pocos días quedó concertado el matrimonio. Don Ciriaco no opuso resistencia ninguna, y al contrario, aunque muy poco dejó traducir en su cara, de lejos, se adivinaba que estaba muy satisfecho. Don José, cuando se convenció de que su *operación* no fracasaría, hizo gala de buen humor, y hasta de generosidad, porque destapó, con gran asombro de los circunstantes, algunas botellas de licor de rosa y de guindado añejo, convidando a toda su clientela. Los paisanos, asiduos concurrentes, estaban desorientados, porque consideraban que el casorio venía a neutralizar la lucha, pero no a darle fin, cuando una semana después de verificada la ceremonia nupcial, vieron llegar a don Ciriaco, quien sentándose como fatigado y presa de la mayor emoción, dirigió la vista en torno suyo, hasta dar con don José, que detrás del mostrador le observaba, regocijado ante aquella evidente muestra de disgusto que sancionaba su victoria. Se hizo el silencio, como si se tratase de cosa fúnebre, más solemne todavía cuando el visitante dijo con grave entonación:

—Amigo don José: ya m'hija está casada y muy a mi gusto. Sé que aura nada le faltará, porque tiene un marido de ley y un suegro rico y desinteresao. Yo me voy a correr mundo, a ver si encuentro en qué trabajar, pa que no me agarre la miseria.

Don José empalideció y preguntó con voz desfallecida:

—Y su campo, ¿lo deja sin arrendar?

—Mi campo...—respondió don Ciriaco,—ya no es mío.

—¡Cómo que no es suyo!

—¡No, señor: hace cinco años lo vendí!

ALPINISMO



El guía.—¡Qué poca vergüenza! ¡Se cae sin haberme dado la propina!

Planta de ROSAS JAPONESAS
LA MARAVILLA DEL MUNDO
10 por 25 centavos
Mata de Rosas con rosas en ella a las 8 semanas después que se sembró la semilla. No le parecerá verdad, pero garantizamos que es así. FLORECEZAN CADA 10 SEMANAS ya en invierno o en verano, e a los 3 años cada mata tendrá 500 o 600 rosas florecidas. Crecerán dentrode la casa eninvierno. Da Rosas todo el año. Paquete de semillas con nuestra garantía y nuestro último Catálogo de Novedades, por 25 centavos oro am. en papel moneda o sellos de su país
EASTERN NOVELTY CO. D. 221 E. 78 St. Nueva York

MAQUINA FOTOGRARFICA
Y SU EQUIPO COMPLETO
50c. oro Amer.
Se toman los retratos y se completan en dos minutos. No es necesario elquarto oscuro. Tampoco se necesita impresiones. Suministramos la máquina completa con PLACAS REVELADOR, y con instrucciones, de manera que hasta un niño de seis años puede tomar fotografías de paisajes, edificios, etc. Positivamente no se necesitan conocimientos de fotografía. Lacámera y su equipo, listo para su uso, la enviamos por paquete postal franqueado al recibo de 50 ctvs. americano. EASTERN NOVELTY CO., Dep. 221 E. 78 St., Nueva York, E.U.A.



Libro gitano dice la Fortuna
Y LOS SUEÑOS
Conozca su futuro. Será Ud. afortunado en el Amor, Matrimonio, Salud, Riquezas y Negocios! Dice la fortuna por todos los medios, barajas, palmista, taza de té, zodiacologia, etc. Dice los dias afortunados y malos. Interpreta los sueños Gane mucho dinero. Diciendo la Fortuna. Libro grande por correo 25 centavo oro am. En vie papel moneda o sellos.

POLVOS DE ESTORNUDAR
Ponga muy poco de este polvo en la palma de la mano y sóplelo en el aire, y todo el mundo en la habitación o en los trenes empezarán a estornudar sin saber por qué. Es interesante oir las observaciones que hacen, creyendo que lo han cogido de los demás, y entre la risa y el estornudo el que lo causó se está dando gusto. Bueno para reuniones, meetings políticos, carros eléctricos o en cualquier sitio donde haya muchas personas; es la gran novedad. Precio por frasco 15c: 6 por 75c; franco de porte a del mundo.

MARAVILLA DEL SIGLO 20
RAYO-X
25 CENTAVOS ORO AMERICANO
Ensena los huesos de sus dedos, el plomo de un lapiz, etc. Puede Ud. ver a traves del vestido, aun la piel se vuelve transparente y se ven los huesos. El instrumento mas interesanta que se ha inventado. PIENSE EN EL PLACER QUE TENDRA TENIENDOLO. Completos Rayos X enviados franco de porte 25c.; 3 por 50c. (monedo o sellos).

TELESCOPIO ACROMATICO
JUST WHAT YOU WANT ON SEA FARM OR RANCH
Nunca podrá tener Ud. una buena ocasión de tener un hermoso y gran Telescopio por menos de un dollar. Un Telescopio más de treinta pulgadas de largo por el cual puede Ud. ver lo que pasa por millas alrededor o por menos de un dollar. Estos Telescopios tienen anillos de latón y tienen lentes fuertes molidos científicamente y ajustados. Cientos de usos pueden obtenerse con un Telescopio como este. Las cosas lejanas que no pueden verse con la vista se ven claramente. ¡Ha gozado Ud. de las maravillas del poder de un Telescopio! Justamente una cosa para los estancieros, cazadores, viajeros, todo el mundo. Se consigue mucho placer y evita muchos viajes. Ordene uno de estos Telescopios y deso una sorpresa a Ud. y a sus emigos. Precio solamente 99 centavos oro americano: enviado por correo, franco de porte.

Todas las ultimas Novedades y Chistes Sorprendentes
Huevos de Serpientes de Faraon, caja.. .... 16c
Pistola de Agua en Miniatura 10c
Flauta Mágica (cualquiera puede tocarla) 15c
Puñal de goma (sensational)............................ 25c
Rompe vidrieras, gran chiste............................ 25c
Detective de Bolsillo (mira atrás de Ud.)............ 25c
Suerte de tapar la mancha (una novedad cientifica) 10c
Dientes de imitación de oro, 8 por...................... 10c
Levantador de Plato mágico............................. 20c
Acertijos de Alambre, 10c 22 diferentes por $1.95
Gran Acertijo del ladrón 10c Barajas de la Fortuna 10c
Trompo Magnético ...... 10c Polvos Picantes 15c
Juego completo de Lotería 10c Fonoflauta 10c
Eastern Novelty Co., Dep. 221 E. 78 St., Nueva York, E.U.A.

Relojes de coco

El reloj más original del mundo es indudablemente el que se usa entre los habitantes de ciertas islas del Archipiélago Malayo. Consiste en una nuez de coco hueca y con un agujerito. Se mete en una vasija llena de agua, y el líquido va penetrando lentamente por el pequeño orificio, cuyo tamaño está calculado de manera que el agua tarde precisamente una hora en llenar la nuez. Todo el secreto del aparato reside en este detalle.

Tan pronto como el coco se ha llenado por completo, pierde el equilibrio y da una vuelta sobre sí mismo, chocando contra el fondo de la vasija y produciendo un ruido sonoro, que avisa a los habitantes de la casa que han transcurrido sesenta minutos. Inmediatamente se pone en el agua otra nuez vacía, y mientras se saca la que está llena, se vierte su contenido y se deja secar para volver a usarla.

DE LA LLANURA

Por Alfredo C. LOPEZ

El gallo alerteó en la sombra. Torva la media noche—colosal antro dantesco. Sobre el oculto caserío gravita esa indescifrable paz de la altura. En aquella calma sin origen se escucha, entre silencios, el ¡guá! salvaje de los zorros, y en el profundo terciopelo, cada estrella—clavo simbólico,—extiende sus finas puntas de plata...

Alma sin afectos, la noche intensifica su crueldad: el oleaje de tiniebla está grávido de hielos, como si el hálito polar flotara sobre la pampa. Preséntanse, aquí y allá y de modo informe los objetos. Sólo puede perfilarse una rama, el pescuezo del caballo, el extremo de un poste, las astas de aquel buey en el corral.

Duerme el viento y la voz catarral del gallo, rompe otra vez. El rumor parte de un costado del caserío: es un paso blando. Gruñen los canes el segundo de sorpresa. En el fogón familiar, cabe el ramojo, brillan algunas chispas, y al tiempo que el sopleteo provoca llamas, emerge en claro obscuro la silueta del gaucho.

Y después, los ruidos característicos: en el oquedal, un morronguear de gallinas, sus notas aflautadas; el sordo rebote de una coz; los suspiros profundos del perro de confianza, echado de bruces y que apunta al fuego el frío muñón de la nariz... Por encima de todo adivínase la doliente melodía del desierto.

En el fuego la pava hace sus gárgaras matinales, en tanto cachetea un mate el silencioso madrugador. Vuelto a la luz, tiene fosforescencias el ojo del caballo vecino y los dos muy obscuros del paisano inquieren la sombra. Cada pausa de la noche se hace solemne.

De la lejanía llega el vagido de un toro, y el hombre, al oírlo, da señales de curiosidad. Ha levantado la cabeza el perro y gruñe, receloso. Después y durante unos minutos, sordos golpes estremecen el suelo... Los golpes se aproximan más y más... El hombre está de pie y aguaita: es el paso de un animal montado. Los golpes concluyen en la tranquera.

Una voz:

—¡Ave María purísima!

—Sin pecado...

Por entre el escándalo de la perrada surge el grito del amo, al que los perros se someten al fin. La semiluz del fogón destaca de lo negro un jinete. Está de perfil. Los estribos y las espuelas dan reflejos muertos. Y el otro examina rápidamente, hace sus resúmenes: "caballo zaino-malacara... Aquella fisonomía de gracia y firmeza no la ha visto antes... Rico, sin duda, porque el apero, el poncho que le abriga, el caballo y el aspecto lo dicen. Viene de lejos. El sudor ha dejado sin brillo el pelo del caballo..."

—Bajesé, si gusta...

Y en seguida las manos que se tienden con la simplicidad nativa, sin olvidar el toque de cortesía al ala del sombrero. Unos troncos que sirven de asiento en torno del hogar. La recomposición del mate y la exhibición de bordadas tabaqueras, en el silencio preliminar.

En el diálogo que sigue, no puede advertirse la curiosidad del dueño de la casa:—"¿Lo había tomado lejos la noche?—Sí, lo había tomado lejos, derechera al Cardal Grande, por el camino del Azul...—Está retirado el Cardal...—Sí, señor; retiradito: era casi la mitad de su camino;... pero el montao demasiado había hecho... Desvisó el fuego y había enderezado a las casas... Y ahora estaba contento de haber topado con un paisano...

—Bien hecho... La noche estaba erudita... ¿Iba lejos, tal vez?—No, señor; no iba lejos... seis leguas, según sus cálculos, a lo del médico... ¿Sabía por casualidad si estaba el médico en su rancho?—¿Don Patricio?—El mesmo, sí, señor...—El no sabría decirlo, pero hasta la oración de ayer estaba, porque rejuntando unas yeguas pasó por lo de don Patricio, a quien vió espantando una gusanera a tres novillos...

—Velay... Le agradecía la noticia... Resulta que él tenía un muchacho enfermo de virgüela...—St... ¡Vean eso!—Sí, señor. Y le habían asegurao que don Patricio era como mano santa pal caso...—Sí, señor; es verdá...—...que dos hijos de un puestero los había curao en un refucilo, con solo una botella de agua fría...—Sí, señor...

—El estaba dispuesto a dar lo que pidiera el viejo, con tal que lo sanara al muchacho... Su casa era un cementerio, desde la enfermedá del chico, y la pobre su mujer se iba desmejorando día a día, tanto llorar... El era hombre y sabía sufrir... al menos tenía el consuelo de agarrar el campo, desocando los macarrones... ¡Pero ella!

—Dios no ha e querer... Don Patricio, verdaderamente, era un santo... Enfermo que él tanteaba con sus manos, podía contar con la salú... y conocía el caso de una señora que se había curado con una copa de agua...

¿Trae cansado el caballo?—Un poco, sí, señor.—Bueno: él tenía, por suerte, la tropilla en el corral, que estaba por completo a su disposición...—Muchas gracias, señor...—Podía elegir dos animales y llevárselos... uno pa don Patricio; que era muy pobre... Cuando se los quisiera devolver, no tenía más que dejarlos en el Cardal, haciéndolos puntear al sur... Eran todos animales nacidos en su campo...

—¡Gracias, muchas gracias, paisano! Voy a quedarle debiendo mucho, señor; pero del otro lao del Paso e la Rana estaba su campo y su querencia... Y desde ahora le ofrecía todo su haber y la amistá bien derecha de Martín Morales, que era el nombre de su servidor...

Los dos hombres simpatizan y la plática amistosa continúa. A tenor que el día se acerca va cerrando la noche. Acelera el gallo su ronco clarineo. Languidece el fogón y los dos cuerpos apenas se destacan. En la altura—espinas de oro, alargan sus aristas las estrellas y en el vasto silencio, solloza la pampa sus armonías...

Mi desayuno favorito...

chocolate GODET

GODET EXTRA (papel bronce)

NO ADMITA OTRO, SIEMPRE GODET EN CUALQUIER MOMENTO Y A TODAS HORAS SIEMPRE ES BUENO

DANIEL BASSI & Cía.

B. MITRE 2538-54 B. As.

UNA OBRA REBELDE



El autor (desesperado al ver que no puede dormir a su hijo).—¡Y pensar que en el teatro no hay quien se me resista!

Pensamientos

El fundamento de toda prosperidad doméstica y el eje de todas las comodidades del hogar es la mujer.—*Smiles.*

No es el cargo el que honra al hombre, sino el hombre quien honra el cargo.—*Epaminondas.*

La amistad del hombre es a menudo un apoyo; la de la mujer es siempre un consuelo.—*Rochpedre.*

LA OBRA

Por Raúl Montero BUSTAMANTE

Juan apoyó la frente en los cristales y miró con profunda fatiga el cuadro familiar que mil veces había contemplado desde las vidrieras del estudio. Sentía esa impresión de angustia y abandono que deja el sol de invierno al marcharse. Era un crepúsculo triste lleno de niebla y frío. La ciudad aterida se envolvía en la noche; las luces brillaban como lágrimas sobre la agonía de la tarde; las largas hileras de árboles, vistas desde arriba, eran dos infinitas líneas de sombra tendidas sobre las aceras.

El taller lleno de misterio y silencio, con lo vidrieras descubiertas por donde entraba la noche, parecía una gran urna de cristal llena de objetos raros, cuyos contornos se fundían en la bruma. Los muebles suntuosos, los bronces y los mármoles, los bastidores y los tapices, diseminados al azar, daban a aquella habitación un aspecto raro y turbador.

En el testero, detrás del caballete, una estatua femenina de mármol, inmóvil y hierática presidía el desaliño del estudio.

Juan se acercó al caballete frente al cual había pintado todo el día, y se cruzó de brazos ante la tela. Hacía un mes que trabajaba sin cesar en su obra, espoleado por un impulso que desde por la mañana ponía en actividad sus nervios...

Sostenido por una loca esperanza de hallar la fórmula que en vano buscaba, la expresión con que había soñado y que inútilmente trataba de infundir en aquel rostro de mujer en que trabajaba hacía tanto tiempo, batallaba contra la impotencia, se excitaba en una lucha sin cuartel con el color y la línea, e invariablemente caía en un sopor doloroso, en un desmayo de la voluntad que le llenaba de enervamiento y tristeza.

Aquella tarde sentía una áspera sensación de rabia. Miraba tosco y sombrío la tela que en un impulso de desesperación acababa de desgarrar, y experimentaba un vago alivio al ver el desgarrón del lienzo, abierto como una ancha herida.

La noche concluía de caer y el taller estaba en sombras. De pie ante la tela levemente iluminada por el resplandor de las vidrieras, sus ojos clavados en el bastidor, miraban sin ver. Sentía que la cólera ardía sordamente en sus entrañas.

De pronto se estremeció. Sobre el lienzo lleno de masas de color que en la obscuridad se fundían en un tono uniforme, creyó percibir una vaga forma de mujer, apenas esfumada, cuyas líneas desaparecían en un nimbo fosforescente.

Era una forma femenina, blanca, luminosa, casi transparente, que parecía estar muy lejos, perderse en una infinita lejanía de ensueño.

La alucinación hacíase por momentos más precisa. Un segundo tomó la intensidad de la realidad. El artista creyó ver en aquella figura fosforescente y diáfana una revelación del infinito, la revelación soñada, la encarnación real de su quimera, y una corriente de angustiosa alegría y de vago terror le invadió el alma. Absorto y aterrado, clavado ante el caballete, miraba con asombro y angustia aquella aparición inmóvil que parecía sonreírle. Una fuerza misteriosa le sostenía de pie ante la tela con las manos crispadas y el cabello erizado.

La visión blanca y luminosa estaba allí ante sus ojos; era una sombra impalpable, un ser de ensueño y quimera, una silueta de niebla y luz, una aparición melancólica con la expresión callada y misteriosa que él sentía hacía años palpitar en su creación interna, y que al querer transportar al lienzo se desvanecía como el humo.

Enloquecido, lleno de fiebre, avanzó con los brazos tendidos hacia la visión.

Un torrente de luz bajó de lo alto: los globos eléctricos se encendieron de pronto. La luz fría y cruda descendió desde el techo, y envolvió las formas blancas y tranquilas de la estatua, que proyectada en el hueco formado por el desgarrón del lienzo, permanecía inmóvil, con la serenidad del mármol, erguida sobre un zócalo.

PUCHITOS

De Inglaterra se envían actualmente a Alemania enormes cantidades de pepinos.

* * *

El transatlántico mayor del mundo es el "Majestic".

* * *

Los pequeños poseedores de bonos de renta del gobierno inglés, ascendían en 1924 a 15.082.109, con un capital total de 777.834.000 libras esterlinas.

* * *

Los arenques abundan tanto en las costas del Schleswig (Alemania), que hay ocasiones en que se venden a la equivalencia de un centavo de nuestra moneda, la libra.

* * *

Se han construído unos buques para la travesía del Canal de la Mancha, en los cuales todas las cubiertas quedan cerradas por paredes y techo de vidrio a fin de que los pasajeros puedan observar sin que estén molestos por el fuerte viento.

* * *

Betty Blythe, la famosa estrella del film, ha gastado recientemente 30.000 libras esterlinas en vestidos y adornos. La citada artista considera que su guardarropa constituye una parte importante de sus éxitos.

* * *

El Ulster ha sido la mejor región para reclutas del ejército británico, en 1924. Por cada 100.000 habitantes se ha obtenido 241 reclutas. Sigue en proporción Londres con 223, por cada 100.000.

* * *

Un reloj raro que marca la hora, el día, el mes y las fases de la luna ha sido vendido recientemente en Londres, por poco más de 12 libras esterlinas. Fué hecho para Jorge III por un cuáquero llamado Daniel Quare.

* * *

Muchos sastres de Londres y de París venden ropa semiconfeccionada, que se termina de acuerdo con los gustos del cliente, tarda menos tiempo en estar lista y se obtiene una considerable economía en su precio.

* * *

Setecientos oficiales de alta graduación, pertenecientes al antiguo ejército austriaco, están en la actualidad en la miseria. Un mariscal de campo falleció últimamente después de haber vendido hasta sus numerosas condecoraciones.



Pequeña causa... grandes efectos.

Es lo único que cuadra decir en este caso, pues una persona que come una pastilla de

Santeína

que es muy pequeña, obtiene un efecto notable sobre su estado general.

No hemos de olvidar que la mayoria de los malestares y enfermedades que a diario nos aquejan son debidos, casi siempre, a

mal funcionamiento del intestino

habiendo o no constipación o estreñimiento, es decir, sequedad de vientre.

Entre estos malestares o enfermedades figuran: mal aliento, lengua cargada, jaquecas, granos, barros, malas digestiones, colitis, reumatismos, etc., etc.

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

es presentada bajo la forma de deliciosas pastillitas de chocolate, gratas al paladar, que no dan regüeldos ni asco. A la dosis de una pastilla a cualquier hora del día, en cualquier estado, es laxante; a la dosis de dos, es purgante; pero purgante que no exije cuidado alguno y que puede ser dado a los niños o a las personas delicadas.

Es el purgante soñado para toda persona de gusto algo delicado.

SE HALLA EN LAS FARMACIAS Y EN

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires



NOTAS DEPORTIVAS

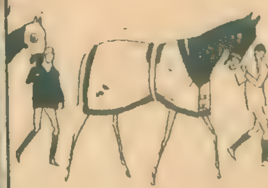


















1. — Jinete y caballo, de cabeza. ''Already'' y su piloto Poole, caen en una reunión hípica realizada en Sandown (Inglaterra).

2. — El caballo ''Atherstone'', ganador del Coffroth Handicap, bebiendo en la Tiffani Silver Cup, de 10.000 dólares, que va agregada a la bolsa de $ 78.000. Wakeoff, el jockey, recibió una casa que vale 15.000 dólares, situada en San Diego, donativo del Tía Juana Jockey Club.

3. — Mac Donald Smith, del Lakeville Club, retratado mientras hacía el último hoyo en el campeonato de golf que ganó con un total de 281, para 72 hoyos, contra 289, que anotó Walter Hagen, campeón del año anterior.

4. — Skold, campeón sueco, disponiéndose a levantar una pesa de 56 libras.

5. — ''Tapín'', caballo francés que ganó el famoso clásico del turf inglés ''Lincolnshire'', regresando al pesaje, con Steve Donoghe encima.

6. — Astros americanos en Hawaii. Charlie Paddock y Loven Murchison, famosos nadadores, con su padre, jefe del equipo de natación norteamericano en los juegos olímpicos de 1920.

7. — Rete Moeskops, campeón mundial de bicicleta, que recientemente ha batido, en Holanda, al joven Bobby Walthour, uno de los ganadores de la carrera de seis días.

8. — Miss Marion Hollius, de Garden City, y Pebble Beach, (California), ex campeona de tennis, y que actualmente forma parte de un equipo de polo.





Mom Chow Swati Pradish, un protegido de la casa real de Siam, se prepara para ingresar en la academia militar de West Point.—Ha sido designado para formar parte del equipo de rifle en la Culver University, en la que se graduará el mes entrante.



La carrera ciclista de los seis días en Nueva York. Uno de los competidores de la prueba, Sammy Gastman, descansando después de un turno.



La aviadora Gladys Roy, durante uno de sus peligrosos ejercicios, efectuado sobre un rascacielo de Los Angeles.



El campeón europeo de peso pluma, Eduardo Mascart, entrenándose para sus peleas en Estados Unidos.



Harry Horan, otro de los ciclistas que tomaron parte en la carrera de los seis días, realizada en Madison Square, afeitándose con la ayuda de Mc Namara.



Pete Moeskops, campeón mundial de ciclismo, que intervino en la mencionada carrera, es sometido a un masaje después de realizar uno de sus turnos en dicha prueba.



Oscar Egg, un competidor de la carrera terminando su toilette momentos antes de iniciar uno de sus turnos, después de su compañero "Brocco".

El cable telegráfico italiano fué amarrado en tierra argentina



Algunas de las personas que concurrieron al acto de amarre del cable submarino italiano, operación que se efectuó en Punta Atalaya.



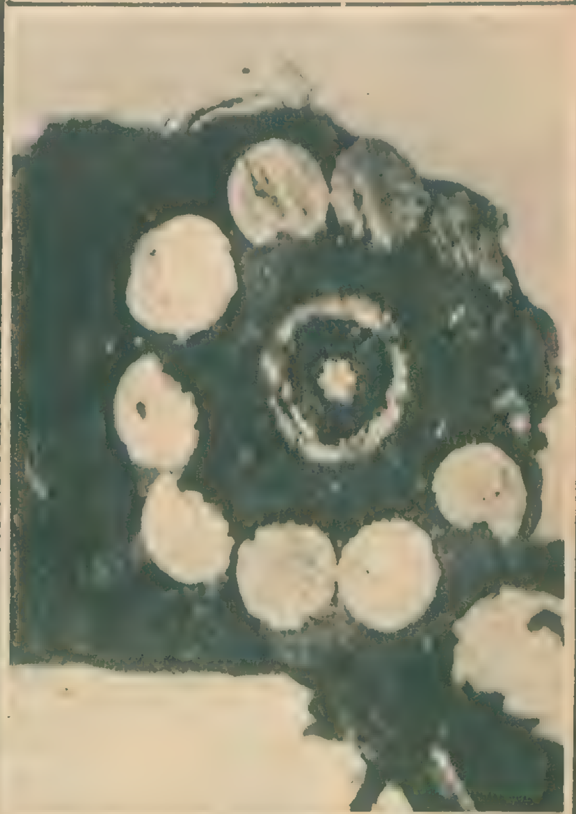
El ingeniero Agustín Zamboni, presidente del comité local del cable, rodeado de los colegas que desde Italia condujeron al mismo a tierra argentina.



Haciendo señales con banderas, desde la costa, a los que, a bordo de un remolcador, conducían el extremo del cable, que hará directas nuestras comunicaciones con Italia y España.



Parte de la inmensa concurrencia que asistió al amarre del cable, dirigiéndose al sitio de la costa en que fué fijado el extremo de la línea.



Sección del cable grueso, denominado costanero, que se utiliza en los litorales.



Redactando el cablegrama que fué enviado al señor Mussolini, en Italia, y que constituyó el primer despacho transmitido por el cable.



Edificio de la estación del cable, situado en Punta Atalaya, o sea el lugar de amarre en tierra argentina.

Por las sierras puntanas



SAN LUIS.—Un ejemplar completo de la palma "Trithrinax campestris", en San Francisco del Monte de Oro, que forma bosques, poniendo una nota pintoresca en el paisaje del valle.



Una mata de "Cereus lamprochlorus", en la Quebrada de los Molles, cerca de Nogolí, que es infaltable en la flora puntana, llegando a ser, a veces, las únicas plantas de los lugares pedregosos.





El "Calden de la Florida", próximo a Trapiche. De los bosques que en otro tiempo había por dichos lugares, ahora sólo quedan poquísimos ejemplares aislados que han escapado a la explotación de sus maderas.



El Dique del Potrero de Funes.





"Cereus lamprochlorus et Deuterocohnia", en la Quebrada de los Molles, cerca de Nogolí, o de las faldas de las rocas, como se ve en esta fotografía, en la que está acompañada por la molestísima "chaguar", que es una "Bromeliácea" del género "Deuterocohnia".



Arroyo del Zapallar, en Quines, a cuyas aguas se atribuyen propiedades medicinales.



La iglesia y la casa del correo de la aldea de Nogolí. En el fondo está el cordón de las sierras de San Luis, ocultado por las nubes.



Otra pintoresca vista del dique del Potrero de Funes.



Quebrada de los Molles.—Dos elementos de la flora puntana: la cactácea "Cereus sp.", vulgarmente llamada "hachón", y las matas de la acantácea de flores lilas "Justicia campestris", o sea el "quiebra arado", de la nomenclatura local.

Fots. Castellanos y Serié.



Quebrada de las Higueras, cerca de San Francisco. — Un molle ("Lithraca molloides") atacado por los parásitos conocidos con los nombres de "liga", que son Corantáceas del género "Psittacanthus". Algunos de los tumores que presenta en sus ramas secas, son mayores que una esfera de veinte centímetros de diámetro.



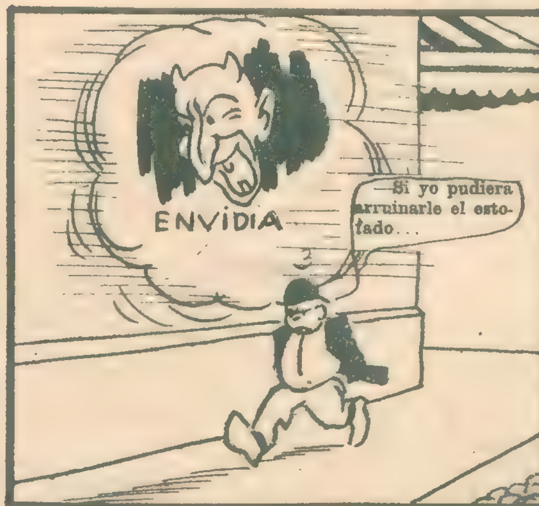


PAGINA INFANTIL

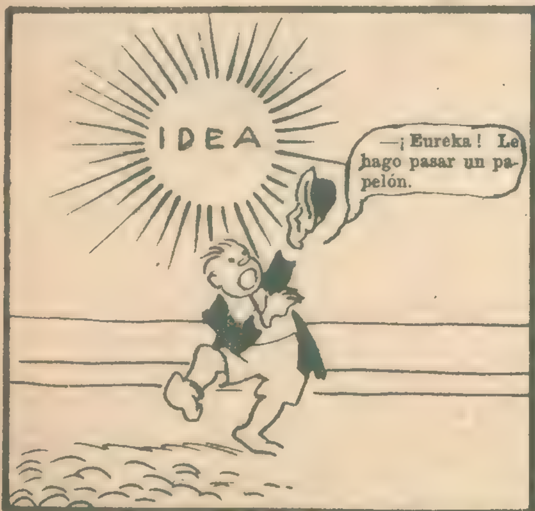
Aventuras de Pipirí, por Blay

























Mister Harold Torre, un ferroviario de nota, fué objeto de una significativa demostración



Mister Harold Torre (×), jefe del departamento de propaganda del Ferrocarril Central Argentino y director de la revista que publica dicha empresa, rodeado de las personas que concurrieron al te que le fué ofrecido en el Hotel Mayo, con motivo de su viaje a Europa, para donde partió el martes de la semana anterior a bordo del vapor Andes.

EL PROHIBICIONISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

A pesar de la ley seca.—He aquí a dos muchachas examinando, en un establecimiento de Nueva York, una partida de botellas abandonadas, en lás que se suele encontrar restos de licor.



EL TRAGICO ACCIDENTE AUTOMOVILISTICO DE LA SECCION 44ª.







Como ya se ha publicado, un chauffeur, en cuyo vehículo viajaban seis personas, realizó una violenta virada a fin de no atropellar a un niño que cruzó por delante del auto, y esta maniobra provocó una terrible catástrofe por cuanto el coche fué a estrellarse contra la pared de una casa de la calle Lope de Vega, causando varios heridos en la familia Lapietra, tres de los cuales han fallecido. — A la izquierda: el automóvil destrozado, después del accidente. En el centro: el cadáver de Francisco Lapietra, una de las víctimas. A la derecha: la casa habitada por la familia Lapietra.

FRAY MOCHO EN MENDOZA



Vista parcial de la asamblea realizada ante el anuncio de que se intentaría quitar la personería jurídica al Tiro Federal de Mendoza.



Los arriesgados automovilistas señores Carlos María Moret, Raúl L. Moret y coronel Carlos J. Moret, a su paso por Mendoza, en su raid Buenos Aires-La Rioja-B. Aires.

CORREOS Y TELEGRAFOS



El jefe de transportes del correo, señor J. Arturo Dufaur, y el oficial primero de la dirección del correo, señor R. R. Tula, en una escuela situada en la cordillera de Durazno.



Los mencionados señores llegando a Chos Malal, con el primer auto-correo.

NECROLOGIA



Señora Emma Winalck de Barsanti.



Señor Ramón E. Bruna.



Joven Emilio E. Bruschi.



JOYAS FINAS DE REGALO

Como un merecido obsequio en favor de las señoras consumidoras del exquisito

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

hemos establecido valiosos regalos consistentes en espléndidas alhajas de oro y brillantes y bonitos artículos de arte y fantasía, de evidente buen gusto, que entregaremos a cambio de los cupones que contienen todas las cajas del acreditado **Polvo Graseoso Leichner,** producto de belleza facial insuperable para hermosear el cutis femenino y mantenerlo constantemente fresco, delicado y suave.

Su distinción y buen gusto han de exigirle que complete usted los elementos de su tocador, con estos exquisitos productos de la **Perfumería Mendel.**

POLVO CIELITO MÍO
AGUA DE COLONIA ANTINEA
LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su alta clase y original y delicado perfume.

MENDEL y Cía.

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439 — En ROSARIO, SANTA FE: calle Entre Ríos, 864

NOTA. — Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el Polvo Graseoso Mendel

¡ADIOS, "CORDERA"!

Por Leopoldo ALAS (Clarín)

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la "Cordera".

El "prao" Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde, tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus "jícaras" blancas y sus alambres paralelos a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las "jícaras" que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado le acometía un pánico de respeto y se dejaba resbalar de prisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los "papeles" que pasaban, las "cartas" que se escribían por los "hilos", el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La "Cordera", mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación podría decirse que lo pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de "lindarla", como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la "Cordera", no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás, aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuando le había picado la mosca.

"El "xatu" (el toro), los saltos locos por las praderas adelante... ¡Todo eso estaba tan lejos!"

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la "Cordera" vió pasar el tren se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte; corrió por prados ajenos; el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fué acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarlo, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el "prao" Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la "Cordera", que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la "Cordera", la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La "Cordera" recordaría a un poeta la "zavala" de Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La "Cordera", hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles Pinín y Rosa habían hecho por la "Cordera" los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la "Cordera" tenía que salir "a la gramática", esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba y el narvaso para "estrar" el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la "Cordera" mil industrias que le hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la "nación", y el interés de los Chintas, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la "Cordera", y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que lo albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la "Cordera" tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un "corral" propio con dos yuntas por lo menos.

E L E N A

(Del libro "Por gracia de Helicón", próximo a aparecer)

Ya brotaron las flores en los jardines
que felices cuidaron tus manos bellas,
bajo el encanto alegre de los violines
y las dulces miradas de las estrellas.

¡Oh, noches del enero: paz y armonías,
música, amor y risas sobre las cosas!
el ambiente se puebla de melodías
y de un rico perfume de frescas rosas!

¡Oh, noches de verano! Todos reunidos:
hablan tus nobles padres, glorias pasadas
que en vano escuchar quieren nuestros oídos,
¡se besan nuestras almas enamoradas!

La abuela que bendice nuestros amores,
en el sillón dormita. Dentro la sala
hay un triste coloquio de ruiseñores:
¡el violín de tu hermano llora en la escala!

Una música extraña preludia el piano
de la hermosa vecina, que siempre deja
de tocar, si abandona tu buen hermano
la sala, y sensitivo mira a su reja!...

Por sobre los senderos enflorecidos,
después que se retiran tus padres buenos,
te voy diciendo versos, interrumpidos
por tus besos virtuosos de dichas plenos.

Como un fresco saludo nos dan las flores
que felices cuidaron tus manos bellas;
y en la sombra reciben nuestros amores
las sublimes caricias de las estrellas!

¡Oh, noches del enero! ¡Oh, despedida
del beso en la fragante, nocturna calma!
¡Cómo olvidamos todo sobre la vida,
y despertamos todo dentro del alma!

Ricardo M. Blanes

Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la "Cordera", y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vió obligado, para pagar atrasos al "amo", el dueño de la "casería" que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la "Cordera", el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la "Cordera" en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

—Cuidadla; es vuestro sustento— parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la "Cordera"; el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los "neños". Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la "Cordera" por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la "Cordera".

—Sin duda, "mío pá" la había llevado al "xatu".

No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuando.

Al obscurecer, Antón y la "Cordera" entraban por la "cornada" mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal dando plazo a la fatalidad.

—No se dirá—pensaba—que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la "Cordera" en lo que vale.

Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la "Cordera"; un vecino de Carrió, que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madreselvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, lo condujo hasta su casa.

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se "personó" el mayordomo en el "corral" de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los "caseros" atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas del desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle..

El sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La "Cordera" fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo



de Puao, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la "Cordera", que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

—¡Se iba la vieja!—pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

Ella ser, era una bestia; pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela.

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La "Cordera", que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre su "specie aeternitatis", como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su "Cordera".

El viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la "quintana" la "Cordera". Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Qué daba la res tanto y tantos "xarros" de leche? ¿Qué era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidaba de él y de sus hijos, pero viva, feliz. Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de "cucho" recuerdo para ellos sentimental de la "Cordera" y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos y entró en el "corral" obscuro.

Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la "Cordera", que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—¡Bah, bah, "neños", acá vos digo; basta de "pamemes"!

Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacía casi negros los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la "Cordera", que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el "tintán" pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, "Cordera"! —gritaba Rosa deshecha en llanto.— ¡Adiós, "Cordera" de "mío" alma!

—Adiós, "Cordera"! — repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós—contestó, por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al "prao" Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos triste; aquel día, el Somonte sin la "Cordera" parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, "Cordera"!—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, "Cordera"! —vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indianos.

—¡Adiós, "Cordera"!

—¡Adiós, "Cordera"!

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones...

—¡Adiós, "Cordera"!...

—¡Adiós, "Cordera"!...

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el "prao" Somonte, sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores: su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida en las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera, multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana: casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!... ¡Adiós, "Cordera"!

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de "mío" alma!...

"Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas."

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el "prao" Somonte.

¡Adiós, Pinín! ¡Adiós "Cordera"!

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh!, bien hacía la "Cordera" en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, "Cordera"!

UNA NEVADA EN EL DESIERTO DE GOBI

Por Sven HEDIN

(El célebre explorador del Tibet durante una expedición hecha a través de toda el Asia cruzó en automóvil la Mongolia. De su nueva obra *Von Peking nach Moskau* (De Pekín a Moscú; Edit. Brockhaus en Leipzig), entresacamos la pintoresca relación que hace de este viaje efectuado en invierno por el gran desierto central del Asia.)

En los Estados Unidos me dieron ya la noticia de la factibilidad de un viaje en automóvil por Mongolia. Expertos me añadieron que la empresa tenía sus peligros: cuadrillas de forajidos chinos o mongoles asaltaban a los viajeros para robarles lo que llevasen consigo. Pero, en todo caso eran supervacáneas las exposiciones cuando estaba clara la voz que me indicaba el camino a seguir.

Si obtenía el permiso para viajar por las repúblicas del Soviet, no había tampoco inconveniente en entrenar los nervios en los poblados y desiertos de Mongolia. En Pekín me contaron que en Kalgan varias compañías y también particulares, comerciantes, competían en el transporte de viajeros y efectos hasta Urga. Si se hacía solo el viaje, venía a costar 400 hasta 500 dólares mejicanos, pero hecho entre varios se repartían muy equitativamente. Yo me había decidido a viajar solo, costase lo que quisiese, para poder escoger el camino y hacer alto cuándo y donde cuadrase a mis intenciones. Pero, en Pekín vino a verme mi amigo F. A. Larson, de Kalgan. La primera vez que nos conocimos estaba de misionero; desde hacía algunos años era comerciante. Entre otras cosas vendía caballos mongoles a los chinos y estaba en Pekín de paso para ver los animales en las carreras de otoño. Cuando oyó mis planes, exclamó:

"¡Vente conmigo entonces! Marcho el 15 de noviembre de Kalgan para Urga en automóvil de mi propiedad y no necesitas reembolsar más que la parte que te toque de la bencina, aceite lubrificante y desgaste, total unos cien dólares, a lo más".

El camino que de Kalgan a Urga seguí en abril de 1897—hace 27 años—queda algo a la derecha del que tomamos esta vez. Este está al Oeste; pasa por Pangtschangut y Tischoerr y no por Sair-ussu como aquél. Tampoco viajaba yo entonces con las comodidades que ahora; me servía en aquella ocasión de un pequeño carricoche chino de dos ruedas tirado por cuatro caballos llevados al galope por sendos jinetes.

El férreo hipógrifo devora kilómetros en la monótona y silenciosa campiña, donde lo único en que se fija nuestra pupila son los camellos, esas majestuosas naves del desierto. Una inmensa caravana ha pasado la noche en el desierto de Gobi. Los camellos se encuentran entre las cargas (fardos que contienen lanas) y comienzan a levantarse. Es un espectáculo curioso ver levantarse casi al mismo tiempo a cientos de camellos. Se los amarra luego de seis en seis o de siete en siete a una cuerda y son puestos en formación de caravana.

En punto de las 7.30 de la mañana del 17 de noviembre atravesamos la raya fronteriza que separa China de Mongolia. A lo largo del camino vemos una gran cantidad de reses muertas. ¿Habrá pasado por aquí una epidemia o es ponzoñoso el pasto en esta región? Los lobos se sacan ahora la tripa de mal año y ya se sabe adónde se dirigen en sus solitarias marchas los negros y lanudos mastines que vigilan los rebaños.

A las 9 de la mañana comienza el cielo a tomar un color plomizo, temeroso y seguro barrunto de una nevada que despierta en mi ánimo gran zozobra. ¿Vendrá la nieve a cubrirnos con su inmaculado manto? No era esto imposible, como sabía Larson por experiencia propia; pues muy bien recordaba él que invierno hubo en que los camellos se hundían hasta la panza en la nieve del camino. A las 11.30 comenzó a nevar y media hora más tarde caían gruesos copos cual espesa lluvia de jazmines. Su blanco sudario se extendía por todo el país y no permitía distinguir sino los objetos situados en inmediata proximidad; todo lo demás quedaba oculto detrás de la grisácea barrera que empujaba ante sí el viento como una muralla impenetrable a nuestra vista. Aparece una nueva caravana que también trae, como la anterior, un gran cargamento de lana. Sus camellos toman en la niebla proporciones gigantescas y la pesuña de los animales no hace ruido alguno al pisar el blando suelo: parecen fantasmas. Este cuadro no es para descrito, y la lente de la máquina fotográfica mal podría retener su tétrica belleza que apenas cabría en la paleta del pintor. Guardan las recuas cinco mongoles a caballo y armados de lanzas muy largas que llevan en las manos.

A eso de las 12.30 se levantó un fuerte vendaval, empezó a escampar, y un cielo azul, sereno y radiante se dejó ver entre las nubes, como una sonrisa entre el llanto de un niño, como si se complaciese el sol en dorar con sus rayos aquel paisaje blanco como las alas de un ángel. Pero, este nuevo cambio de escena era una engañosa pausa solamente; hacia el Norte sigue el cielo de color azul negrusco, lo mismo que antes, y transcurrida una hora se desencadenó una verdadera tormenta, una nevada espantosa sobre el desierto de Gobi. Cayeron espesas sombras sobre la tierra, el viento que venía de Noroeste en frías rachas semejaba en sus aullidos la obertura de una sinfonía infernal. En pocos momentos quedamos envueltos en la nieve que nos azotaba furiosamente y no nos dejaba mirar ni por la más pequeña rendija entre la gorra de pieles y el cuello del abrigo. Teníamos que permanecer casi inmóviles en nuestros asientos y arrostrar de frente las furias del huracán.

Cede la nieve poco a poco, pero el viento arrecia aún. El cielo se aclara de nuevo, se desgarra el espeso velo que tejían los nubarrones y el sol aparece. Es difícil presagiar lo que nos deparará este temporal: las capas de aire se revuelven intranquilas, las moles de las nubes cambian sobre nuestra cabeza sus posiciones, se juntan en siempre nuevos grupos y una vez más nos envuelve la obscuridad de la neblina. En el Norte en la culminación del horizonte, toman las nubes matices obscuros, otras el color amarillo de las llamas de incendio; todo oprime el corazón y ofusca el alma con medrosos sentimientos. Nos encontramos en medio de una nube preñada de nieve; pero el parto parece laborioso: no cae un copo. Pasamos después junto a una larga caravana de te. Los camellos estaban echados entre las cargas y asustados se levantaron de un salto al oír el automóvil. Pero, también este cuadro desaparece como por arte de sortilegio y el vehículo prosigue su marcha interminable hasta Urga.

Vuelve a nevar; el viento alza los copos del suelo, forma con ellos gélidos velos y colas de cometas y los dispersa por la árida estepa.

Viene lentamente la rigidez que producen las bajas temperaturas en el cuerpo humano. Un tiempo de lobos es este, decía Larson que tantas tormentas había ya sufrido en la Mongolia. El 18 de noviembre midió nuestra caminata 170 khs.; durante ella bajó el termómetro constantemente y a pesar de que el terreno era llano, la abundancia de nieve no nos dejaba acelerar la marcha.

El 19 de noviembre, a las 7 de la mañana hacía 19 ½ grados bajo cero. La aurora de aquel día era del rojo color de la sangre. Poco antes de las once llegamos a la estación de automóviles Schillinchuduk. De aquí salieron el día anterior—como se nos refirió—algunos coches en dirección hacia Urga, lo que significaba que también nosotros podríamos pasar. En una tienda donde ardía un fuego calentamos nuestros ateridos miembros y después de descansar una hora nos volvimos a poner en camino. El automóvil marcha y sus ruedas giran sin fin. Esta comarca cambia su aspecto en cada vuelta que da el camino: salen a nuestro paso colinas y vemos brotar, y casi al mismo tiempo helarse, el agua de las fuentes. Los últimos 30 kms. —los demás no—nevó, sin ser ahora para nosotros un gran obstáculo. El suelo del camino está endurecido por las pisadas de incontables bueyes y camellos. El sol estaba en su ocaso, y la hermosura de este espectáculo era tan imponente que borraba en germen todas las demás impresiones que ofrecía la naturaleza. Caído ya el astro del día, empezó a arder el cielo en matices sanguinolentos y amarillos entre los que se destacaban las estrechas y rectilíneas nubes como gigantescos puentes que abrazasen a la tierra entre sus inmensos arcos. Todo el paisaje se vistió de una capa de luz rojiza, heraldo — no de nuevas tempestades — sino de la noche que entraba por el Poniente y dejaba caer sus alas negras, frías, entumecedoras sobre todos los seres vivientes en las estepas y los montes de la Mongolia.

MUSICA VIEJA

Por Tomás CARRETERO

"Mi dulce Juan, amada Laura, me dijo unos días antes de la fiesta de los alcaldes en la corte: "Señora alcaldesa, como yo he de hacer un viaje a Madrid en comisión del servicio, he decidido que para mayor lustre y pompa de mi persona y de la representación popular que ostento me acompañe su merced en mi visita a la coronada villa. Vaya, pues, preparando el equipaje, un equipaje de soldado, unas cuantas mudas de ropa interior, la bolsa de aseo y las zapatillas.". Las zapatillas sobre todo, ya sabes tú que mi señor boticario no comprende la vida sin zapatillas. Al recibir la noticia quedé anonadada; un viaje a estas alturas de la vida es algo desconcertante, por lo inusitado, para una persona que, como yo, hace veinticinco años no se ha alejado de sus lares más allá de un cuarto de legua. Pero, hija mía, dicho y hecho; ya sabes que mi marido es más activo que la purga de Benito. En un vuelo nos plantamos en Madrid, y con una velocidad de sesenta por hora, sin aplastar a nadie bajo las ruedas del "taxi", salvamos la distancia que media entre la estación del Norte y la calle de Serrano, donde viven mis primas, las de Godoy, a quienes tú ya conoces por haber veraneado en ésa varios años en mi compañía. Las chicas de Godoy, una casada, que hace rancho aparte, en el principal, y las otras dos, que se han quedado para que las entierren con palma por apuntar demasiado alto —no se contentaban con menos que un príncipe cada una,—me han querido siempre por habernos criado juntos y además por mutua simpatía; así es que al verme llegar sin previo aviso se volvieron locas de alegría, y desde el primer momento comenzaron a solicitar de mi marido una licencia de un par de meses para que me quedara en su compañía. Mi dulce Juan—ya sabes que es un puro jarabe—accedió en seguida a la demanda, y yo, alegre y satisfecha, me dejé querer, porque soy gata y me tira mi tierra, esta tierra mía, donde tuve un novio, cadete de Estado Mayor; otro, poeta, a quien, por cierto, le han silbado repetidas veces en el teatro, y otro, boticario, hija mía, mi boticario, hombre tan audaz, que me prendió en sus redes y me unió a él con el sagrado vínculo del matrimonio. Después se fué pasando la vida, tú bien lo sabes, sin grandes penas ni grandes alegrías; leyendo novelas tiernas, haciendo castillos en el aire y vegetando, como dice el doctor, ese doctor que soñó con ser Galeno y se ha quedado en médico de partido.

Los primeros días de mi estancia en los Madriles salí poco, porque era preciso renovar mi indumentaria; pero una vez puesta a tono, mi vida fué un torbellino, que va a terminar rápido depositándome blandamente en el hogar doméstico, donde me aguardan los brazos abiertos de mi amante boticario. Fuimos en estos días medio locos—no locos del todo—a todas partes donde la gente "bien" se divierte, y te lo confesaré ingenua, como soy contigo: todavía he tenido algunos "sucesos de estima" gracias a mi frescura campestre. Todavía me encontraron bien algunos hombres de esos decentes que no gustan de las tobilleras, porque en amor les gusta ponerse a tono con su edad y nos hacer la corte a las mujeres de sus años, a las que al hablarles de sus tiempos—y los nuestros—nos dicen galantes: "Usted no se puede acordar de esto, porque aún no había nacido."

Mas de todas las diversiones que mis primas me proporcionaron fué la mejor la asistencia a esos teatros que han tenido el acierto de resucitar a la zarzuela.

Mis dos primas y yo, las tres alegres comadres, hemos oído con espiritual delicia todo el antiguo repertorio, esto es, hemos recordado con su propia música muchos de nuestros ensueños juveniles, y nuestros corazones, algo mustios, han palpitado al compás de muchas arias y de muchas romanzas, que nos transportaban rápidas a "los tiempos que alegres pasaron para no volver más".

Muchas noches, en casa, de vuelta del teatro, sentimentales como inocentes palomas, hemos hecho quedos gorgoritos poniendo los ojos melancólicos, aplicándolos cada una por su intención; mas en un punto la intención era acorde, verás.

Una noche, después de suspirar Eloísa con uno de esos suspiros que parecen el dulcísimo hálito de un alma, dijo:

—¿Os acordáis del divino Leonor?

—¡Qué voz y qué presencia!—exclamó Lola.

—Era un ruiseñor con figura de Apolo—añadí yo, burlona para disimular lo gárrulo de la frase.

Ambas celebraron mi dicho entre veras y burlas, y una de ellas continuó el diálogo diciendo:

—Pobre Leonor; por cierto que está enterrado en San Lorenzo cerca de mamá; ya verás su tumba cuando vayamos al cementerio para llevarla flores, como tienes ofrecido.

. . . .

Hace dos días, Laura, fuimos al cementerio, llevamos una brazada de flores a la pobre tía (q. e. p. d.); luego, al paso, nos detuvimos al pie de la sepultura de Leonor, y las tres depositamos, piadosas, unas violetas tempranas sobre el mármol, en el que ha agarrado el musgo, prenda de olvido en los camposantos.

Una inocentada; pero que no lo sepa, ¡por Dios!, mi boticario.

DESLINDE DE JURISDICCION

Por Nemesio TREJO

—¿Dígame, señor, está el juez correcional?

—Está en audiencia con el fiscal y el defensor de pobres.

—¿Entonces no se le puede ver?

—Si lo quiere ver, mírelo por esta hendija.

—No; yo quisiera hablar con él, porque, amigo, me ha pasao una desgrasia con m'hija, que es esta muchacha que traigo aquí, una desgrasia que le puede suseder a usté tamién si tiene hijas mujeres.

—Tengo una, pero es muy chica tuavía.

—Esta tiene dies y ocho años, ya la ve. ¿No es fea, no es sierto? Bueno, yo no he sido mal paresido tampoco. Pues con esa carita é sonsa, empesó a dejarse querer con un guarda el Metropolitano. Ella sale a su madre, sabe.

—¿A la de ella?

—Sí, señor, a mi mujer, que tiene un modito engañador como monja pedigüeña y una manera e mirar que no le digo nada. Yo no anduve más que tres meses de novio, porque me empesé a poner flaco y me entró tirisia en un ojo; entonses los padres de ella, antes que se me pusiera el otro ojo amarillo, me enderesaron pa la iglesia, porque en ese tiempo no había sevil. Vea, y era mejor la seremonia. En la iglesia hay más respeto, porque los santos parese que lo aconsejan a uno a ser güeno; el cura, vestido con el chapiao dorao... créame amigo que aunque usté dentre muy entero, sale de allí abatatao. Bueno, pues, como le iba disiendo, m'hija ha sacao todo lo de la madre: el modito, la mirada y hasta el modo de andar, y con ese bagaje e cualidades me lo enganchó al guarda en una pasada el eléctrico.

—¿Y lo echó abajo?

—No, señor, él se bajó solo. Empesó primero a ronsiar la mansana como mula e noria; después se paró en la esquina como poste e correo y empesó a escurrirse como en palo jabonao y ahura en cuanto me descuide, me va a demandar por desalojo.

—¿Y usté viene a demandarlo por violasión de domisilio?

—Yo no sé si será ese el término que hay que usar pa lo que yo vengo, pero en cuanto lo secretee al jues, él me dirá como hago la sitasión.

—Vea, amigo, con la reforma que hemos hecho al Código Criminal, que es lo mismo que cantar con acordeón, por lo desafinao, hasta los abogaos se vuelven locos, pa deslindar la jurisdisión. Antes a usté le pegaban un sopapo y le voltiaban una muela y el comisario le arreglaba.

—¿La muela?

—No, hombre, la causa.

—¡Ah!

—Hoy lo araña a usté uno en un entrevero con la uña el dedo chico por ejemplo. Lo llama el jues y le pregunta al ofendido:—¿Con qué lo han herido a usté?—A mí con la uña, le contesta. ¿Ya ve que parese un refrán? Pues lo condenan a seis meses de prisión al de la uña larga. Habiendo fatura, amigo, le aplican el másimo; no hay que haserle; por eso le pregunto pa que no pierda el tiempo, qué causa viene a entablar, pa ver si es de mi jurisdisión.

—Pues a mí me ha pasado una desgrasia con m'hija, como le puede pasar a usté si tiene hijas mujeres.

—Ya le he dicho que tengo una, pero es muy chica.

—Cuidelá. Pues m'hija se empesó a dejar querer...

—Ya me lo ha dicho, con un guarda el Metropolitano, que lo enganchó en una pasada.

—Sí, señor.

—¿Bueno, y qué le ha pasao con el novio?

—Vea amigo, siento que su hija no sea más grande pa que usté se diera cuenta e mi desgrasia.

—¿Pero, qué tiene que ver m'hija con su asunto?

—Es pa hacerlo sentir.

—Nosotros los que estamos en la magistratura, no sabemos sentir y dejamos que obre la lay y la consensia. Y dígame, el malhechor diremos así o causante de la desgrasia e su hija, ¿tiene algún atenuante?

—Yo no sé si tendrá, pero debe tener.

—Entonces la pena no es tan dura. Confiéseme ¿cuál es la desgracia?

—Vea señor, yo quisiera que su hija fuera grande pa que usté se diera cuenta...

—Hombre, deje a m'hija que no tiene nada que hacer en estos asuntos.

—¿De manera que tengo que contarle cual es la desgracia, pa saber lo que debo hacer?

—Es claro, y pa deslindar la jurisdisión.

—No só lo que es eso.

—La jurisdisión es la que determina a los jueses la intervensión en las causas. Cuando el delito es chico y no pasa la pena de un año, entendemos nosotros, ya sea por una lesión, una violasión de domisilio sin fatura, un hurto y otra caterva e causas; pasando de ahí, le corresponde el asunto al jues del crimen que está en el otro patio.

—Entonses, con permiso, amigo, y disculpe, me voy pal otro patio. A m'hija le han lastimao el corasón y el asesino anda suelto. Yo vengo a que los jueses me dén justisia, sino va quedar una familia e luto. Vamos, m'hija.

—Vamos, tata.

—¡Pobre hombre, con la muchacha enferma! Pa esas heridas no hay más jues que la consensia y Dios que es el que faya sin apelasión. Y no es fea la criollita. Voy a ver si necesita abogao.

CUENTOS DEL TERRUÑO

Por M. CAROL LUGONES

Hace algunos años, no habiéndose inaugurado aún el ramal del ferrocarril Central Norte, que une las estaciones Clodomira y La Banda, varios coches en lamentable estado, a modo de mensajerías, conducían los pasajeros, siendo acaparado este servicio por los "Cheros", los que a pesar de ser entre sí, hermanos, primos, etc., sostenían una constante lucha de tarifas, la más de las veces redundando la competencia en beneficio de los mártires que forzosamente tenían que hacer ese trayecto.

Jamás llegaron a un acuerdo.

Descartábase entre los "empresarios" el popular Ricardo (Chero también), a quien sus colegas y parientes sindicaban de loco, pues con sus variantes en los precios destrozaba las tarifas cada día.

Generalmente cobraban dos pesos, dos pesos y medio y aún tres, siempre por adelantado; pero en cambio (histórico) hubo pasajero que fué conducido gratis gracias a la ruda competencia.

Si los caminos eran malos en grado superlativo los coches no les iban en zaga y en cuanto a los caballos hubiera sentido al verlos más lástima que superioridad el Rocinante del caballero Cervantino.

En uno de mis frecuentes viajes en aquella época, al descender del tren en Clodomira, Ricardo quitóme de un tirón el valijín, de tal manera que me hizo exclamar:

—Suaviter in modo...

—Va ir conmigo por un peso y medio.

Como me pareciera módico el precio, me ubiqué en el vehículo lo mejor que pude, regresando Ricardo al andén en procura de más pasajeros.

Al cabo de diez minutos se presenta con dos mujeres, varios chicos, consecuencias que de ellos se desprenden, y algunos atados de dudoso contenido, sosteniendo con ellos al pie del estribo una verdadera lucha por el precio, teniendo que acceder el Chero a que viajaran por un peso. (No siendo en el amor, las mujeres son invencibles).

Ya las "damas" en el coche, vuelve Ricardo a la estación para regresar luego trayendo casi a remolque tres paisanos, repitiéndose en el estribo la escena anterior, felizmente más breve, pues al "no tenemos más" rindióse Ricardo, consintiendo en llevarlos a razón de cincuenta centavos por cabeza.

Una vez que estuvimos en marcha, más por entretenimiento que por otra cosa, díjele a Ricardo:

—¿Por qué cobra usted un precio a mí, otro a las mujeres y otro a los paisanos?

Sin dignarse siquiera mirarme, el aludido, dióme la siguiente lacónica respuesta:

—Deje, amigo; no le "hai" pesar.

Habíamos recorrido escasamente la mitad del camino cuando plantóse el carruaje en medio de un fangal perdiéndose de vista en él las ruedas delanteras.

Ricardo, sin siquiera animar los caballos al arranque, pues sabía que era inútil, arremangóse al pantalón y descendió. Con el barro encima de las rodillas, abrió la portezuela y con cara patibularia que infundía miedo y en tono sentencioso dijo:

—Caballeros: los de primera "quédensen", los de segunda "bájensen", y los de tercera ¡a "hombriar" las ruedas!

Calcule el lector mi satisfacción y si hallaría razón el célebre Ricardo en sus proféticas palabras: "No le hai pesar".

OPEN DOOR CONYUGAL



—¿Por qué no me dijiste antes de casarnos que había habido dementes en tu familia?

—Hija, porque hasta entonces nadie había hecho ninguna locura en casa.

COMPAÑIA ITALO - ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los anticuados sistemas a leña, carbón o gas.

La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELÉFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790 al 94 y 5780, Avenida.

C. T. 1254 y 1387, Central.

La velocidad de los fenómenos oníricos

"Ya de niño",—dice el sabio holandés Tendelor,—"me llamó la atención la extraordinaria brevedad del tiempo en que durante el sueño se desarrolla en nuestra fantasía una larga serie de acontecimientos complicadísimos. Yo era un muchacho de once años y en nuestra casa era costumbre tocar la diana con el repique de una campana repetido tres veces a cortos intervalos, no pasando de 4 ó 5 segundos la duración de cada campanada. Una vez soñé con un largo viaje de mar y no cabe duda que este sueño fué originado por el sonido de la campana, pues en el momento en que creía oír la señal de partida del vapor me desperté y justamente en aquel instante sonó la campana de la casa por primera vez y el ruido perduraba por algunos segundos. Una observación casi idéntica nos refiere el doctor Wetzel, Munich, en su revista quincenal "Natur und Kultur".

"Hace algún tiempo tuve un sueño tan vivo que los detalles han permanecido muy claros en mi memoria. Creía estar en el andén de la estación de mi pueblo natal esperando el tren con que quería partir. La estación dista de la aldea como un kilómetro y medio y desde ella abarca la vista toda la campiña circundante. Estaba pues, con otros viajeros en el andén y esperaba con impaciencia la llegada del tren. El reloj de la estación indicaba que ya había pasado la hora reglamentaria de la partida, y aun no venía el tren ansiado. Empecé a dar idas y vueltas por la línea de los ferrocarriles y siempre de nuevo se fijaron mis ojos en el reloj, cuyos índices avanzaban constantemente. Una hora ya había durado aquella espera—muy fresca está todavía en mi memoria la imagen de aquel reloj—cuando al fin la campana de la estación anunció con sus golpes característicos la llegada del tren. Vi todavía cómo éste se acercaba a todo vapor—y me desperté. En el mismo momento comenzó a sonar mi reloj despertador.

Todo el ensueño, que me parecía haber durado más de una hora, fué evidentemente causado por el primer campanillazo del despertador".

PAPEL Y TINTA

EL ROMANTICISMO Y LOS ROMANTICOS, por Enrique Contarelli.

Comúnmente, los jóvenes que comienzan a escribir, no lo hacen como críticos. El caso de Enrique Contarelli pues, es una excepción ya que se trata del primer libro de un joven que acaba de dejar las aulas del Colegio Nacional. De esto, es claro, se resiente su libro. Tiene la admiración demasiado fácil. Así nos explicamos porque teje loas a Belisario Roldán, escritor mediocre, a quien titula el último de nuestros románticos; y más aún a Manuel Carlés, que está por completo fuera de la literatura. Si tal hace con los argentinos, ¿qué no hará con los extranjeros? ¿Cómo podrá juzgar con nuevo criterio a un Lamartine o a un Byron? El los mira como a dioses, y reedita juicios, en verdad, ya bien discutibles.

Esta es la parte mala del libro; pero tiene la buena: se alumbra en él un espíritu generoso y una mente bien nutrida, ansiosa de abarcar ideas generales. Y estas son condiciones que más adelante darán sus frutos opimos. Al través de este primer libro, aún no maduro del joven Enrique Contarelli, y con el que ha intentado realizar un tema tan difícil, puede asegurarse que se trata de un hombre que nació con temperamento de escritor. Su estilo aun es un poco oratorio, aun pretende realizar elocuencia de frase, no de pensamiento; mas este es un pecado juvenil del que logrará emanciparse si frecuenta a los escritores modernos, los que se apartan de la forma romántica por su tono, precisamente. Nos dijo uno que es maestro en eso de hablar en voz baja: ''A la retórica retuércele el cuello''. Y la retórica es sinónimo de énfasis.

Con ''El romanticismo y los románticos'', el señor Enrique Contarelli se incorpora al movimiento intelectual argentino; y cabe esperar de él mucho. Trae en su acervo esa seriedad que une la inspiración al estudio ahincado y logra al fin dar los libros definitivos. Si se nos permitiera darle un consejo, le daríamos: menos respeto a lo consagrado, joven. Es preciso que la juventud haga crítica según su sentir y no poniendo entre comillas los juicios de los que juzgaron a los grandes autores desde un punto de vista contemporánico al de ellos. No en vano, desde Hugo aquí, sea el caso, han corrido años y han aparecido y desaparecido tantos nombres que, ya aportando un ''estremecimiento nuevo'' o hundiendo el bisturí en la carne de su vasta obra, nos han hecho dudar del genio de Hugo, tan incontestable para sus compañeros.

Ernesto Morales

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL RÉGIMEN DE LA TIERRA PÚBLICA, por el doctor Miguel Angel Cárcano. — Tomo I. Segunda edición.

Agotada la primera edición de esta interesante obra, el Dr. Miguel Angel Cárcano, por intermedio de la Librería y Editorial ''La Facultad'', ha publicado una nueva edición, notablemente revisada, corregida y aumentada, sobre el importante problema de las tierras públicas, que en nuestro país está siempre sobre el tapete, por ser un tema íntimamente relacionado con cuanto a los problemas económicos de la Argentina se refiere.

Es el libro del Dr. Cárcano una historia crítica de la evolución del régimen de la tierra en esta República. El primer tomo, que es el que acaba de editarse, alcanza todo lo concerniente a la materia, comprendiendo las diversas evoluciones desde 1810 a 1916, lo que se completará después con el segundo, que ha de comprender los años 1917 a la fecha.

''Evolución histórica de la tierra pública'', obtuvo la más alta sanción que puede alcanzarse en nuestro país: el Premio Nacional, con el que se laurea las publicaciones verdaderamente valiosas de los escritores nacionales.

VIDA PLENA, por A. Wáshington de la Peña.

De entre la pléyade de escritores jóvenes que van saliendo día a día en nuestro ambiente, Wáshington de la Peña es de los que quedarán, porque su labor literaria es sumamente interesante y acusa un vigoroso esfuerzo intelectual, que hace esperar producciones que se eleven sobre el nivel mediocre en que se desenvuelve una buena parte de la labor literaria de los últimos años.

Reciente aún la brillante acogida que la crítica y el público dispensaron al primer libro de este escritor: ''Mis ocios a bordo'', el señor de la Peña presenta ahora su segundo libro, ''Vida plena'', tres novelitas cortas en un elegante volumen.

Campea en la producción de W. de la Peña un estilo correcto y fácil; la amenidad con que están descriptas las escenas de las novelas corre pareja con los argumentos que sobre ser humanos, parecen trozos de vida recogidos del ambiente en que vivimos, para darles vida en el libro.

''Vida plena'' viene a confirmar el buen juicio que habíamos formado del señor de la Peña cuando conocimos ''Mis ocios a bordo'', prosa flúida, asuntos honestos, argumentación fácil y amena.

MEMORIA DE LA SOLUCIÓN PRECONIZADA PARA EL PROBLEMA DE LOS TRANSPORTES EN COMÚN, EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.

La Administración del Tranvía Anglo-Argentino ha editado en un folleto el interesante estudio recientemente presentado a la intendencia de la capital donde, tras minuciosas observaciones relacionadas con el tráfico de la ciudad, se llega a atinadas conclusiones para resolver satisfactoriamente, en lo posible, un problema edilicio tan importante y trascendental, como el que motiva el folleto de referencia.

HEMOS RECIBIDO: **El comodoro Martín Rivadavia**, por el capellán de la armada Dionisio R. Napal. —Edición L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1925.

Revista Sudamericana de Endocrinología, Inmulogía y Quimioterapia. Año VIII. Número 4.—Buenos Aires.

Boletín de la Unión Panamericana.—Mayo de 1925.—Wáshington.

Anuario del comercio exterior de la República Argentina. — Años 1921, 1922 y 1923. Volúmenes I y II.—Buenos Aires.

EL FOOTBALL EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

(Antiguo cronista de sports de "La Nación")

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cía., Cangallo 684; Librería Peuser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matozzi y Cía., Esmeralda 882; Librería Moen Balder, Florida 481.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

Asociación Patriótica Española. Memoria correspondiente al ejercicio vigésimo noveno. — Buenos Aires.

Hispania. Año I. Número 5. — Madrid (España).

Orientaciones. Año I. Números 2 y 3.— Buenos Aires.

Guía del lector. Editorial Calpe. Año II, Número 13.—Buenos Aires.

Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo-Argentino. Año IV. Número 39. — Buenos Aires.

Las modas de la barba

La moda de la imberbidad que el anglosajonismo ha inventado para prez y gloria de la humanidad, ha traspuesto ya su apogeo y va en lenta pero inéquivoco declive. Hasta las estrellas masculinas del cine vuelven a llevar barbas puntiagudas y doquiera crece ahora la longitud de los bigotes. En Inglaterra, la cuna de la moda señoril, se han desenterrado del olvido las patillas y tampoco es una rareza ver a los hijos de Albion con tupida barba cerrada. Estos cambios parecen fruslerías, y sin embargo hemos de ver en ellos procesos que no carecen de cierta importancia. No es una exageración hablar de una ''historia de las barbas'', y de todo punto incontrovertible es el hecho de que en los albores de la cultura humana la barba fué un símbolo religioso. Los cambios en la moda de este velludo aditamento al semblante varonil emanan casi siempre del capricho de algún soberano. A estas perspectivas históricas llama la atención un artículo de Hugo Moetefindt, publicado en el periódico francfortense ''Die Umschau''. El autor recuerda que los emperadores Guillermo I y Guillermo II influenciaron la moda de las barbas marcadamente, y que en la guerra mundial estaban muy en boga las barbas cerradas, mientras que los prohombres de la Revolución se distinguían por barbas cortas en punta. En la antigüedad predominaban las barbas cerradas hasta que Alejandro Magno introdujo la moda de la cara lampiña. Sólo cuatro siglos después, debido a la iniciativa del emperador Adriano, se rindió de nuevo culto a la barba cerrada. Las relaciones entre la barba y la historia de la cultura se ventilan en un capítulo especial, que se ocupa en primera línea de la llamada barba lobo de mar, que aún hoy se usa mucho entre pescadores y marineros, y que en algunas partes se ve también entre la gente campesina. Esta extraña barba, que a modo de corona circunda toda la cara perdonando, empero, los labios y la parte superior del mentón, se lleva con frecuencia en Oriente, sobre todo entre los sunitas, quienes, siguiendo la costumbre del Profeta, se recortan mucho el bigote y documentan su varonía por el ''lobo de mar''.

PEDRÍN

BROCHAZOS PORTEÑOS

El nuevo libro de FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en las administraciones de FRAY MOCHO, Bolívar, 879, y de ''El Oeste'', Rivadavia, 3949, en las librerías de Belgrano y Flores, en Independencia 3590, en Rosario de Santa Fe y en Montevideo, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio $ 2.50.

OBRAS DE

Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia

(1823-1852)

$ 3.50

Don Baltasar de Arandia

$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII— ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A $ 1.— el ejemplar

En todas las librerias y en la administración de FRAY MOCHO, Bolivar 879. Buenos Aires.

En el antiguo Egipto se llevaba esta barba estrambótica ya bajo los reyes de la primera dinastía. Fué al principio un distintivo de los faraones, que en caso necesario no desdeñaban de ponerse una barba postiza como símbolo de su realeza, moda que se expandió más y más en el país y se extendió hasta a los muertos. A pesar de tan respetable antigüedad se puede afirmar que esta usanza no fué un producto autóctono de Egipto y que allí como en otros países orientales la han introducido los semitas, el primer pueblo donde la barba reviste carácter de dignidad, de soberanía y hasta de divinidad. Lo cierto es que el lobo de mar recorrió en triunfo arrollador todo el mundo antiguo, que sucesivamente lo adoptaron los babilonios, los hetitas, los sirios, y al fin también los helenos y los romanos, y que en todo caso esta moda es indicio seguro de la inmigración de una raza extraña o de la difusión de elementos culturales procedentes del Oriente. Tampoco el cristianismo logró sustraerse a la influencia dominadora de dicha moda, y desde el siglo IV hasta el XVI se ve en muchas imágenes de Cristo esta forma oriental de la barba, atribuible sin duda a tradiciones sirias. En la edad media cayó casi en olvido esta forma, para volver a propagarse en los siglos XIV y XV, cuando la vemos en muchos retratos neerlandeses y alemanes. A mediados del XVIII gana la moda terreno en los Estados Unidos de Norte América, y a fines del mismo siglo, probablemente a secuela del movimiento libertador, se vulgariza ella en Alemania, Francia e Inglaterra.

Profesor Emilio ZUCCARINI.

Las pulgas y la lepra

En una interesante serie de trabajos acerca de la lepra, del doctor Alberto Ashmead, se admite como posible y hasta como muy probable la transmisión de tan terrible enfermedad por las pulgas.

Estos molestos insectos desempeñan un papel importantísimo como vehículos de la peste, y nada tendría de extraño que fuesen también ellos los encargados de llevar de una parte a otra los microbios del mal de San Lázaro.

Una razón más para que no perdonemos la vida a ninguna de las pulgas que caigan en nuestras manos.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

La tuberculosis es una enfermedad contagiosa de un hombre a otro, de los animales al hombre y viceversa. Se caracteriza por la multiplicación en el organismo del microbio de Koch. La tuberculosis puede afectar a todos los tejidos. El microbio provoca en ellos la aparición de pequeñas masas, los tubérculos, (de donde proviene el nombre de esta enfermedad), que son primero grisáceos y duros, luego se vuelven amarillentos, se reblandecen y se transforman en pus, dejando una cavidad después de su evacuación. Esta evolución no puede detenerse y reemplaza entonces una cicatriz fibrosa al tubérculo.

Variedades de tuberculosis.—Cuando las lesiones están limitadas a ciertos tejidos, y los microbios quedan allí encerrados, el contagio es imposible, cuando por el contraria, las lesiones están en relación con el exterior y los microbios pueden ser expulsados en los esputos o en el pus, el contagio se hace frecuente.

Gravedad y curabilidad.—Las lesiones denominadas ante escrofulosas son tuberculosis locales atenuadas, en las que los bacilos de Koch, son menos activos y numerosos. Existen por el contrario, tuberculosis sobreagudas de marcha muy rápida, cuya gravedad y rapidez de evolución son debidas a la unión del bacilo de Koch con otros bacilos muy peligrosos, bacilos de la pulmonía, etc.

La tuberculosis a pesar de ser la enfermedad crónica más grave, (produce por sí sola una de las sextas partes de las defunciones) es la más curable y la más fácilmente evitable.

(Continuará).

Consultorio del hogar

EL MOBILIARIO

En nuestro país existe un sistema de ventas de créditos a plazos, que permite a todo el mundo amueblar con cierto lujo su casa; lo que quiere decir que sea con gusto y solidez.

Hoy día nos consagramos demasiado a la fantasía; el mueble bueno, el mueble cuidadosamente construído con maderas bien secas, que no se encojan,. no existe ya más que en las casas antiguas y aun de ahí tiende a desaparecer, matado por el mueble de pacotilla que se disloca como por encanto.

Antaño, según la posición social se hacían muebles con máderas especiales de caoba, nogal, palosanto y madera, de rosa; tenían un destino particular, sintetizando la casta. Todo esto desapareció, y el mueble ha sufrido la evolución de los vestidos; hoy todo se hace de confección, y basta que agrade a la vista, poco importa que dure o no.

Sin embargo, en la adquisición de un mobiliario es preciso procurar la duración de las cosas. No nos está prohibido manifestar un gusto personal, y pretender la nota artística si ésta se puede obtener con la calidad maestra de la duración.

Y no se debe echar en olvido que la suma consagrada a la adquisición de un mobiliario suele representar un capital que varía según la situación; pero que siempre es apreciable aunque ésta sea modesta y que el dinero destinado a las cosas indispensables no debe aventurarse a la ligera. Es preciso que quede representado por cosas reales y no ficticias, que su valor pueda volver a recobrarse, sino por entero, en caso de venta al menos sin mucha pérdida. En estos casos los buenos muebles conservan siempre cierto curso, mientras que los de la fantasía pierden bastante.

También es muy enojoso ver que después de amueblar con elegancia un hogar, todo amenaza ruina, que la madera estalla, que se despega, que las telas se estropean rápidamente, que las alfombras enseñan la cuerda, y que los asientos llenos de estopa, se desploman ante el peso de las visitas.

Este falso lujo daría una triste opinión de la mentalidad de los esposos o por lo menos indicaría falta de experiencia, o el no dejarse guiar por los que conocen la vida mejor, o que su vanidad ha rechazado los consejos llenos de buen sentido que seguramente se les ha dado.

Consultorio femenino

Alejandra M.—Para cerrar los poros y retardar la aparición de las arrugas:

Tintura de benjuí..........	70	gramos
Agua de Colonia...........	70	"
Esencia de romero..........	20	"
Esencia de tomillo..........	20	"

Se hace una mezcla perfecta en un frasco que se agita.

En bañomaría se hace fundir:

Cera virgen	50	gramos
Aceite de almendras dulces..	50	"
Miel	20	"

Cuando esta segunda mezcla está líquida, se deja entibiar y se agrega a la primera echando suavemente con una mano mientras que con la otra se revuelve con una espátula de madera.

Se guarda en pequeños frascos cubiertos cuidadosamente después de enfriados.

Juana S. Ramos Mejía.—Para hacer abortar los orzuelos desde el momento que amenaza al párpado, es bueno aplicar cataplasmas de miga de pan y lecionar frecuentemente el ojo con agua de rosas calentita.

Los orzuelos frecuentes son indicio de una sangre muy pobre, debiendo tomar depurativos para ella.

Carola A. Adrogué.—Para hacer desaparecer un callo, aplíquele una cataplasma de mostaza que debe dejarse un cuarto de hora después de haberla puesto bien caliente para que ablande al callo y ayude a su desaparición.

María Luisa de W. Avellaneda.—Para perfumar las axilas:

Extracto de jazmín........	5	gramos
" " geranio rosa...	5	"
" " violeta	5	"
Alcohol a 80°.............	100	"
Alcanfor	2	"
Sal fina	10	"

Esta loción perfuma, siendo a la vez astringente y refrescante.

Lilí. Villa del Parque.—Podéis haceros preparar un exquisito saco para perfumar con:

Polvo de iris..............	100	gramos
" " rosas	100	"
" " habas	30	"
" " almizcle	2	"
Vainilla	15	"
Esencia de almendras amargas	20	gotas

NOTA. — Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

La señora luna

Para los niños es causa de gran alegría, cuando, como una excepción la velada se prolonga y ellos pueden antes de dormir, ver brillar en el cielo sombrío a la señora luna.











1. Si Juanito ama mucho a su pijama, un pijama de terciopelo azul con bieses rojos si os agrada, es sin duda porque es su primer pijama de hombre, y también porque su mamita aplicó una luna de tela roja bordada con azul cuya boca se abre en forma de bolsillo.
2. Carmencita también, aunque todavía no sabe ponerse sola los zapatos, tiene un pijama. Pero como se trata de una mujercita en ciernes, no le agrada ir vestida igual que Juanito. El pijama es de franela rosa, el pantaloncito y la blusa llevan como adorno un cordón azul. Para terminar, un pañuelito azul pálido se escapa de la boca de la señora luna que mamá ha aplicado sobre la blusa en tela azul, bordado en rosa vivo.
3. Matildita, que oculta cuidadosamente la canastilla tentadora a la golosa de Amelia, nos enseña un traje encantador. Recto, de sarga, lleva unas manguitas formadas por un tableado y bolsillos semejantes, dos lunas aplicadas con grandes puntos de festón rojo vivo e igualmente bordadas con el mismo tono.
4. La combinación de Amelita es azul, montada sobre un canesú y adornada con un punto de festón, que sirve también para aplicar a la señora luna, cortada en tela rosa y que se convierte en bolsillo encantador a un costado de la combinación.
5. La señora luna, en franela blanca bordada con azul, tiene nuevamente el lugar de los bolsillos en la combinación de Claudina, con volados en las mangas y en los tobillos.
6. La robe de chambre de Margot, es de duvetina azul, de forma clásica, con bieses de franela rosa. La señora luna, en rosa bordada con azul, ríe alegremente formando el bolsillo.

UNA SORPRESA

habría de ser para muchas señoras si investigando la causa de muchos de sus malestares, llegaran a descubrir que obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal íntima.

En efecto, basta el menor abandono en el indicado sentido, para que tal circunstancia sea la causa originaria de numerosas enfermedades propias del sexo femenino.

La desidia en la "toilette" íntima, favorece grandemente la invasión de las bacterias, y una vez infectado el organismo, las hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y hasta el cáncer, pueden constituir la consecuencia natural de la negligencia en la higiene individual de la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform, que puede adquirirse en cualquier farmacia, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1000 gramos, y entre cuyas excelentes cualidades se destacan las de ser inodoro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en gérmen semejantes calamidades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una escrupulosa antisepsia íntima, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habrían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general, y con ella la consiguiente tranquilidad de espíritu.

Use usted el Jabón Lysoform, para tocador, fabricado a base de Lysoform. Precio al público: $ 0.45 cada pastilla. Solicite una muestra gratis y comprobará su excelencia.—Mendel y Cía., Guardia Vieja 4439.—Buenos Aires.

Secretos de tocador

RÉGIMEN PARA ARTRÍTICOS Y GOTOSOS

Las personas artríticas son generalmente las que, sin comer demasiado, en forma normal, comen sin embargo más que lo que necesita su organismo, el que no alcanza a consumir en totalidad los alimentos que comen.

A estos enfermos, se les aconseja generalmente comer poco, poca carne en particular y, de preferencia, sólo carne hervida. Deben excluir las carnes fermentadas tales como las de caza no tomando nunca caldo, extractos de carne o alimentos azucarados.

Como ellas sufren acumulación en su organismo de sales úricas u oxálicas, no comerán espinacas ni acelgas, no bebiendo más que poco vino y jamás licores.

Los quesos fermentados se suprimirán. Nada de alimentos feculentos, poco pan.

Al contrario, las frutas y legumbres verdes que no sean las indicadas más arriba, serán muy favorables a los artríticos que vigilarán atentamente el funcionamiento del intestino.

Régimen para los anémicos.—Los anémicos tienen necesidad de una alimentación reconstituyente compuesta de carnes muy crudas, legumbres en puré, huevos frescos, cerveza de buena calidad, vinos generosos, sopas y pastas. El vino rojo y las legumbres verdes que contienen una gran cantidad de hierro son inmejorables.

Se recomienda especialmente por el hierro asimilable que contienen: espinacas, espárragos, yemas de huevo, carne de vaca, patatas.

Las aves y todas las carnes asadas sin salsa lo mismo que las masitas son favorables para el restablecimiento del enfermo.

Oportunidad

En la linfa de clara transparencia
miraban tus ojazos pensativos,
reflejados, los sátiros lascivos
que ríen con sarcástica violencia.

Las crenchas de magnífica opulencia
sujetaste—recatos intuitivos—
pero algunos rulitos fugitivos
recobraron su alegre independencia.

Una torcaz posóse en el ramaje
arrullando a su tierna enamorada
y la fuente copió el postrer celaje...

Era, tal, la ocasión ambicionada;
tú me miraste; me faltó coraje
y suspiramos sin decirnos nada...

F. L. BUSCH.

Indiferencia

Cada día que pasa es una rosa,
que muere en el jardín de mi esperanza,
y la sombra una línea más avanza,
en mi tarde monótona y tediosa.

No advierto aún, de mi ilusión radiosa,
ni un indicio siquiera en lontananza.
—Es, quizá, mi mirada que no alcanza—
pienso—y vuelvo a mi espera fatigosa.

Así fué ayer, es hoy, será mañana;
ningún nuevo capricho se me ofrece,
ningún deseo mi cerebro afana.

Y hasta miro aburrido, indiferente,
la diaria flor que en el rosal perece,
y la sombra que avanza lentamente.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

Retrato

A la señorita Selvia T.

Bajo la noche de su cabellera
vela el insomnio de sus grandes ojos,
idealizado por los tonos rojos
de su boca pequeña y hechicera.

Su frente pensativa reverbera
fiebres leves y tímidos sonrojos
y cuelgan en armónicos manojos
sus diez dedos pálidos, de cera.

Tanta virgen beldad, tanto derroche
de armonía y de luz, fué de una noche
la compañera de una alegre danza;

danza que fué sobre mi sino ambiguo
piadoso velo de un dolor antiguo
y la resurrección de una esperanza.

Felipe D. CARDÓN.

Drama

Inmenso parque ducal.
Allá en los altos la luna
y aquí abajo así como una
lucha de sombras del mal.

Silencio. El cristalino
lago, una hoja bruñida.
Y en la glorieta dormida
un cuerpo y rostro divino.

Sólo un hombre en la alameda.
Un relincho muy ahogado...
Y al rato otro hombre embozado
que, en acecho, inmóvil queda.

Un puñal que resplandece.
Un grito en la noche quieta.
Otro grito en la glorieta
y un llanto que, a ratos, crece.

Un galope que se aleja.
Y una dama enloquecida
aferrada a un ser sin vida,
en el parque hacen pareja.

Silencio. Límpido el cielo,
plateados los follajes,
y por diversos parajes
manchas de sangre en el suelo.

Leonardo A. COLOMBO.

DE LA VIDA INTENSA



—¡A su edad, joven, yo era un burro!
—¡Pues se conserva usted muy bien!

Díptico

Visión gris

Están las nubes muy bajas y en compactos escua-
[drones
cabalgando van a donde verterán su manantial;
las empuja un viento helado que por todos los rin-
[cones
se introduce y nos penetra como buído puñal.

Se resienten a su impulso nuestros endebles pul-
[mones
y nos recorre la médula un sutil frío glacial.
El cielo es como un guiñapo gris formado en pe-
[lotones
y esqueletos de borrachos semeja el cañaveral...

Aúlla en los alambrados chirriante y estridente
el viento, que un soplo helado nos pone sobre la
[frente
y retumba en nuestro oído con acento gutural.

Se humedecen nuestros ojos mirando por los cris-
[tales.
Pensamos en que en la Estigia soplarán los ven-
[davales
y a los muertos y a Caronte, azotará el temporal...

En la Estigia

Sopla Eolo en sus bocinas un furor de vendavales
y las olas se levantan como el Etna en erupción;
se retuercen como llamas y ascendiendo, en espi-
[rales,
al chocar en los peñascos, llega hasta Dios su cla-
[mor.

Descompuestos elementos que avivan los infernales
hornos del Angel que un día se declaró en rebe-
[lión,
pueblan la laguna Estigia, y esos ciegos temporales
a Caronte, estupefacto, le arrebatan el timón.

Es la costa de pizarra, que hiere los pies desnudos
con sus cascotes filosos, ásperos, recios, agudos;
y arranca al grupo de espectros una intensa im-
[precación,

Los que logran embarcarse, prorrumpen en alari-
[dos,
pero al verse entre las aguas, próximos a ser hun-
[didos,
al hosco cielo inmutable claman conmiseración...

Rafael RUIZ CRUCES.

Del dolor

Hijo mío: Aprende filosofía. Ojalá no deba servirte nunca para las horas de dolor... pero, aprende filosofía, hijo mío.

Soporta tu sufrimiento con tal que impidas tu envilecimiento: no te dejes seducir por las medias tintas. Cuando se ve en la adolescencia por vez primera la vida y las personas, se las cree divididas en buenas y malas, como en las fábulas para niños; pero pronto se descubren, a veces, mezclas de bondad y de perversidad, en unos casos dignos de compasión y en otros, inspirando repugnancia.

Debes, como principio supremo de carácter y para evitar tu envilecimiento, rebelarte contra esos estados híbridos.

Las repugnantes lacras de los otros no deben dañarte: ciérrales toda entrada en tu corazón.

Alimenta con cariño y constancia allí donde hubo afecto y ahora desengaño, el fuego sagrado de la rebeldía, de la protesta, del desprecio u odio, de la inadaptabilidad. Mantenlo siempre encendido, pues el día que llegase a extinguirse, ese día habrás empezado a acostumbrarte al mal y entonces comenzará tu envilecimiento.

Y entonces verás que al hacer tu vida buena y bella, la posibilidad de reír abiertamente, no habrá desaparecido por completo de tu alma después del gran dolor.

Sigue adelante, sea el dolor un estímulo; ríe en la tragedia al ver cómo has burlado al genio del mal, que quería destruir las mejores esperanzas de tu corazón. Todo desengaño es un triunfo, un triunfo sobre el engaño.

Evita el dolor inútil pero soporta el que, evitado, traería menoscabo a tu dignidad.

Cuando sientas el dolor, eleva tu canto a la alegría. Huye de aquél y remontándote en alas (que el ejercicio habrán hecho potentes) de la imaginación, evita el contaminarte.

(Hablo del dolor injusto, de aquel cuya existencia y persistencia, a pesar de nuestra lucha, deberán avergonzarnos al mirar a los demás en sus garras; no del dolor que redime, sino del que deprime y entristece).

Entonces podrás estar alegre y cuando lo estés, no tendrás necesidad de reír; porque tu alegría será elevada, imborrable. Será ella fe en lo justo, en la belleza y en la bondad; será un himno de esperanza y convicción que resonará en tu alma; será alegría aún sobrepasando la tristeza que deberías tener si estuvieses pegado al polvo. En fin, será luz en tu espíritu. Cuando tu alegría llegue a ser eso, no tendrás necesidad de reír.

Antonio SALELLI.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

					En cuero	En tela
Encuadernación	en	formato	grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„	„	„	chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas	„	„	grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „	„	„	chico.	„ „	„ 6.—	1.50

PEDAGOGIA FESTIVA

Por

Juan Manuel COTTA

VIII

Renombre hueco.

Don Nicanor, el viejo maestro de Chimangales, tenía una fama poco común en toda esa zona de la provincia. No había revista ni periódico que no dijera algo de él.

Yo, lector asiduo de noticias, había grabado bien su nombre en mi memoria. Así fué que, trasladado a Chimangales, mi mayor deseo de educador consistió en dar con el viejo maestro para conocer de cerca su obra y aprender algo.

Esa noche de mi llegada, se comentaba en el club el último discurso que don Nicanor había pronunciado con motivo de la creación de un centro de deportes. Mi curiosidad se avivó. Por eso fué que cuando en la calle me ofrecieron el primer diario de la tarde donde se insertaba el discurso del pedagogo, lo compré.

Se trataba de una pieza regularmente escrita, donde más que los rasgos del artista sobresalían las dotes del periodista contundente en sus afirmaciones casi dogmáticas que no admitían réplica.

Don Nicanor tocaba todas las ciencias y todos los temas; tan pronto ponía una cita de Virgilio como de Garibaldi; una relación de Martín Fierro como una estrofa musical de Rubén Darío.

Pero todo estaba bien acomodadito, como en esos mosaicos complicados que adornan los "halls" de las estaciones monumentales.

Después del exordio, en una serie de sentidas o risueñas evocaciones, don Nicanor citaba sus iniciativas de viejo educador.

He aquí parte de lo que recuerdo: casa para ancianos en Resistencia, escuela de sordomudos en Dolores, centro de jugadores de ajedrez en el mismo punto, hospital de mujeres en Ajó, y en Sunchales esto y más: centro de educación estética, revista pedagógica, sala de conferencias higienistas, centro de puericultura, comisión de numismática criolla, sala de primeros auxilios, etc.

En mi bonachona ingenuidad, después de releer todo esto que en parte conocía a través de los periódicos, como he dicho, hice mis protestas al ambiente, a los gobiernos, a la patria, al mundo, más o menos así: Que se hayan concluído los Mecenas y Leones X protectores de los ingenios y hombres creadores de obras que benefician a la sociedad; que no vibre la justicia social; que no se premie como se merece a un varón de esta talla...

¡Oh, esto no sólo es doloroso. Esto avergüenza, esto desalienta, esto es cruel!

No recuerdo cuanto más dije. Pero para librarme la conciencia de la culpa que sobre mí pudiera pesar, quise llegar cuanto antes hasta lo de don Nicanor, deseoso de aplaudirle y rendirle devotamente todo mi homenaje.

Un día lo hice. Don Nicanor me recibió con gran contento, palmeándome. Al expresarle mi sincera admiración por su estupenda laboriosidad, me dijo:

—Gracias, gracias, amiguito. Será usted mi discípulo.

—Con gran honor,—le respondí.

Entrando luego en afable conversación, traté de enterarme de las fundaciones que aquel hombre había hecho y de los frutos que daban.

Don Nicanor, entonces, tomando la palabra se despachó así:

—Vea, amiguito: ya estoy cansado. Aquí ni en ninguna parte me han comprendido. Yo soy un sembrador. Si me permite hacer literatura, corregiré así: Soy un árbol que da y da más frutos que no serán para su goce.

Yo he hecho eso: dar. Pero dar no es todo. Parir, compañero, no es lo mismo que criar o cuidar. Las cabras, pues, paren. Los pastores cuidan. Ennobleciendo la comparación, yo quiero ser como los árboles o como las cabras, si es que o soy como las liebres que dan a luz y abandonan pronto sus hijos a sus propias fuerzas.

Yo he concebido y he dado. Pero desgraciadamente no he tenido paciencia de aya para cuidar mis frutos. Por eso éstos han desaparecido en su gran mayoría.

De todo lo que he hecho—dijo don Nicanor sin percatarse de mi asombro, —siempre existe lo último. Lo demás es recuerdo. Y no es porque mis hijos hayan sido sometidos a jueces como los de los espartanos, para ser luego arrojados a los abismos de un Taigeto. No, mi amigo. La indiferencia los ha dejado sucumbir o la envidia los ha raido hasta convertirlos en polvo.

Mi biografía será una serie de detonaciones que no han dado en el blanco. Tengo la manía de ingeniar. Soy un ovario, no una clueca. Detrás mío, como detrás de la segadora que va lanzando los atados de mies, debía de venir un enjambre de trabajadores. Mi tiempo lo consumo en elaborar proyectos y echarlos a los cuatro vientos. He puesto mil piedras fundamentales que no han sentido el peso de ningún cimiento. Yo podría servir acaso mejor en una especie de bufette de ideas a la puerta de cualquier congreso para dar o vender cientos de proyectos útiles al país...

Como todo esto no me hacía gracia, no pude menos que sonreírme. Don Nicanor halló una oportunidad para cambiar su tono vehemente. Dió vuelta, hurgó los papeles de una biblioteca y me dijo:

—Vea, amiguito.

Aquello era una maravilla del ingenio humano. A un lado se agrupaban pilas de discursos; a otro lado había pilas de periódicos, y en una carpetita encarnada y repleta que don Nicanor no abría, estaban los planes inéditos.

—Es usted un almácigo,—le dije.

—Gracias, gracias.

—O un árbol, o...

—Diga; diga, no más. Sí: o una cabra.

—No,—corregí.—O una gata—pensaba decirle para elogiar su fecundidad.

Don Nicanor asintió sereno. Sin desencantarme me alejé pensando en aquella frase suya de las detonaciones que no dan en el blanco, tan apropiada para aplicarla a las biografías de tantos locos lindos que van por ahí sembrando lo que la indiferencia ambiente mata en flor o lo que según las malas lenguas se hunde en el olvido por su propia inconsistencia.

IX

Los padres y sus hijos.

Nunca he de olvidarme de esta manifestación que me hizo un buen colega envejecido en la enseñanza, y muerto luego en el olvido:

—Lo más grave para el maestro es decir a los padres, sin ambages, cómo son sus hijos...

La experiencia me ha hecho comprobar en más de una ocasión esta ingenua verdad.

Ningún progenitor acepta así no más la manifestación de que su primogénito le roba el pan en el recreo a sus compañeros.

—Ah, no señor; es la reputación; esas son calumnias que usted apoya porque mi hijito es humilde..., pobre..., o lo que raye.

Otra damisela:—Qué esperanza; el Chalito es incapaz de decir malas palabras. Al menos el chauffeur, del cual es muy compañero, ni la criada que se queda con él hasta que vuelvo del teatro, ni el chico de los mandados con quien juega en el parque, nada me han dicho, jamás me han presentado una queja. Mi niño recibe una educación esmerada y si algo de más hubiera inocentemente aprendido sería en la escuela. En todo caso, hágame el bien de no sentarlo con cualquier niño...

Otra más:—No puedo creer en nada de lo que a modo de queja sobre la conducta de Feliciano dice la maestra. Hay mucha envidia, señor. No permito que así se ofenda nuestro aquilatado apellido...

Y así todos. Así responde siempre el hogar. Esa es su cooperación. Y cuando se allega un poco y se tienden ciertos hilos de afectividad no es porque la directora no diga todo lo que los chicos son, sino porque con fina diplomacia los acaricia y hasta les dice a los papás que son lindos.

—Oh, no,—se oye entonces,—son sólo unos pilletes...

Pero, guay, del dómine que, tomando en serio esta manifestación despachara allí su andanada de observaciones cambiando de frente.

Como por encanto vería arrugarse el gesto paterno, crisparse los nervios y escucharía trasegar la saliva del disgusto capaz de una antipatía eterna.

Una vez, tratando con un tipo cara de idiota, romo mentalmente, soez, bebedor bestial aunque disimulado, y amoral aunque encubierto por la adulación ambiente, le dije, respondiendo a su pregunta como para zaherirlo, siquiera, ya que no podía gritarle toda la verdad:

—Sí; su hijo se le parece mucho en todo...

Como un cetáceo abrió las mandíbulas en una profunda sonrisa de satisfacción para hablar luego:

—Gracias, gracias. Comprendo que hay una corriente espiritual afín entre usted y yo. Me ha comprendido usted a través de la singular inteligencia de Pedrito... Sí; en verdad: el muchacho es inteligente. Al cabo me ha proporcionado un placer infinito usted. Gracias, gracias.

Yo no sabía que aquel mastodonte se preciaba en mucho. Pocas veces he dado crédito a aquello de que sólo sabemos medir nuestros éxitos mediocres con excesos de publicidad, y jamás vemos nuestras cualidades desdichadas porque para ellas no hay espejos ni sinceridad ajena que se nos atreva.

Por eso es que en el fondo de toda sociabilidad hay un légamo inmenso de mentiras. Y aunque las relaciones cundan, la amistad es un microrganismo inhallable a veces.

La prédica hacia la confesión de la verdad es una prueba de la enormidad de falsedades que nos rodean.

¡Queréis vivir en paz y hasta gozar de prestigios? Llenad cumplidamente este diálogo:

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216

Dr. A. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO
MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

—¿Cómo es mi hijito, señor?
—¡Ah, un encanto!...

X

Un filósofo cerrado.

He aquí otra figura que evoco: Don Juan Darrago, más vasco que maestro.

Cierta ocasión, como dos gozques con los intestinos de una res, estuvimos en un tire y afloje formidable de "si puede ser" y de "no puede ser", mientras los chiquillos hastiados de recreos, se comían todas las peras verdes del vecindario.

—Usted mira las cyosas por un solo lado, don Juan,—le dije—y no admite excepciones, fuerzas mayores ni convencionalismos tan necesarios a veces en este mundo dondo aún no se ha establecido el reinado de los ángeles.

—Sí, y usted quiere hallarle las dos caras de Jano a todas las cosas—me replicó.

—Esa es casi una ofensa.

—No lo tome por tal.

—¿Y si no?

—Suponga que no hago más que ratificar con un parangón su afán de admitir que no hay que ser tan recto, ni tan radical, ni tan fuera de las necesidades sociales...

—De cualquier modo me plantifica las dos caras del bicharraco mitológico, que en este momento nada mitológico equivale a clasificar como falsas e inconsistentes mis razones.

—Oh, no, colega. No...

—Sí; no... pero no se explica.

—Mire. Cambiemos de tono. Cálmese... cálmese. Mire: somos dos caracteres. Yo persigo lo ideal.

—Yo persigo ¿eh?

—Sí; lo persigo... Oh, tiene razón. Lo persigo porque el hecho de alcanzarlo, ya sabe que significa perderlo. Yo soy así, pues. Y usted, mi colega, ve las cosas y las quiere como las ve.

—Claro, don Juan. Yo vivo la vida social, que con sus errores, formalismos, bondades y miserias, es la vida por excelencia. En vez, usted es una especie de chiquillo que en su sonambulismo persigue una ficticia mariposa de luz.

—Tal vez tenga razón...

—Oh, no que tal vez, sino que la tengo.

—No crea que me doy por vencido.

—Sería soñar...

—Bien: tal vez tenga razón para usted iba a decirle.

—Como usted otorgue.

—Sí, mi colega. Porque yo sigo clavado en mis trece. Para mí esto es o no es: luz o sombra; almíbar o acíbar. De ahí es que proteste contra estas reglas de una moral estúpida que se nos impone enseñar.

—No sea extremista...

—Pero, señor. ¿Qué diferencia hay entre el que roba o asesina durante la guerra y entre el que sólo suprime a uno en medio de la calle para saciar una venganza o hacerse de una cartera con muchos billetes de a mil?

—Pero, don Juan; está razonando como un obrero analfabeto aprendiz de anarquista.

—No; no le permito. Estoy razonando como un hombre de bien. Y para decirle todo, ahí va: los que llevan en el pecho medalla por acciones de guerra, no debían diferenciarse de los que en Sierra Chica llevan un número como único distintivo.

—Colega, por Dios, no confunda la bajeza criminal con lo heroico.

—Lo heroico... Una expresión creada para disimular a los criminales que nos convienen.

—Pero, colega...

—Por los demonios. Cortemos esto. Vayamos a clase, y ya me oirá hasta que me echen o santifiquen...

Y se iba furioso el muy testarudo de don Juan Darrago, y en cada clase de historia o moral cívica que le marcaba el programa, y cada vez que le venía bien, gritaba como energúmeno frente a los muchachos que le miraban estupefactos sin atreverse a chistar.

—Lavalle, Güemes, La Madrid y todos los otros de quienes he hablado, no pasan de ser unos criminales a quienes sólo la hipocresía ambiente les ha consagrado para que la degradación humana les cante himnos... Ellos mataron o mandaron matar, como sabéis. Y el que mata es criminal. Porque, "según mi modo de ver", no puede haber más que un Dios, una verdad y una moral.

Pegando un grito atronador, que era como una imposición tácita, preguntaba:

—¿Estáis de acuerdo con lo que os digo?

Los muchachos, humillados, apenas se atrevían a responder:

—Sí, señor.

Con buen o mal provecho, las ideas de don Juan Darrago se habían metido en el alma de los chicuelos como a golpes de macho.

XI

Visita inesperada.

Era en uno de esos espléndidos días de mayo, más apropiado para el solaz de los pobres dómines fatigados, que para la realización de cualquier ardua tarea.

Se había terminado el recreo, y la directora daba un vibrante campanazo, acompañado de un grito:—"¡A formar!"—cuando se paró a la entrada un forastero alto, tieso, muy bien puesto, muy bien parecido pero rígidamente serio. Con una rapidez aquilina miró el contorno del patio, volviéndose hacia la directora que se había quedado algo turbada, con la piola del badajo en la mano y sin atinar a dar el segundo golpe, pero diciendo sin ton ni son, como para demostrar sus actividades y perspicacia disciplinarias: "Quédense quietos; Juan; bien parados esos niños, como les he enseñado; que no se oiga una voz; que salgan caminando todos despacio; sin empujarse; sin jugar más..."

—Buenas tardes—le dijo el hombre acercándosele.

—Buenas tardes,—contestó la señora cortando bruscamente su retahila.

Las otras maestras observaban con cierta desconfianza.

El caballero dijo quien era. La directora, entonces, corrió hacia la derecha, volvió hacia la izquierda, le invitó a pasar, le trajo un libro, una silla, le ofreció té...

En toda la escuela cundió fácil la noticia. Una seña desde aquí y el papelito lacónico enviado oculto en un libro a la maestra del otro patio, sobraron para poner en guardia extraordinaria a todo el personal de la casa.

De repente, cosa que no se veía desde algunos meses, apareció la vieja vecina que hacía como de casera, dando escobazos en falso aquí y allá, y enastando torpemente por falta de práctica un plumero rabón en una tortuosa caña tacuara. Un tropezón no calculado coloreó la comicidad de la escena, pues le vieja cayó de bruces, rompió el único vidrio de la puerta que daba al patio, y por dos centímetros de tolerancia de la fatalidad, no sacó alguno de los ojos taurinos del señor inspector que en ese instante salía para el cuarto grado.

Todo el establecimiento era un encanto de actividades. Con un poco de talento poético, podíaselo comparar con el verdadero taller ideal del pensamiento futuro...

Aquí se coreaba un himno; allí marchaban rítmicamente; en seguida se resolvía el problemita repetido durante tres meses para que sirviera de alado pegaso de batalla o por lo menos de bien adiestrado pouney de circo; por otras partes, quién con todos los huesos del museo y quién con todas las hierbas del jardín daba sus interesantísimas clases de ciencias naturales.

La nerviosidad, la temperatura natural que reinaba y la energía inusitada del momento, habían dado a los rostros sudorosos, pálidos o arrebatados de las maestras, las pinceladas más características y dignas de la misión, sobre todo en lo que sugerían esfuerzos magnos de un afán tenaz por el ideal divino de enseñar...

Los chiquillos de los primeros grados miraban atontados a sus maestros que los arremetían con preguntas, caricias y sacudidas de hombros para que respondieran. Porque aquello no era ni más ni menos que una carga quijotesca contra un hato de inocentes corderos.

Los de los grados superiores, maliciosos unos y hasta vengativos los otros, sabían que aquel fuerte carmín de doña Elvira,—una de las maestras,—no era tal porque sí, como en el clásico soneto, sino por obra del julepe.

El señor inspector, sirgado o poco menos por la directora que quería hacerle recorrer rápido toda la escuela para recibir luego en amables cuchicheos la inmensa gratitud de sus compañeras, entraba, saludaba, hojeaba los registros y escuchaba, rígido y siempre de pie, o sentado con las manos en los bolsillos. La clase, entonces, se helaba. La maestra bajaba el tono de su voz, pronunciaba las palabras con "ll", con "v" y con "z", sustituyendo los habituales barbarismos "cabayo, baca y corasón"; formulaba un principio a su lección para ir paso a paso endilgándole las otras dos partes; exigía respuestas completas y señalaba en el mapa, correteando las arañas con el puntero. De repente, porque la circunstancia lo exigía, escribía frente al pizarrón, tachaba, corregía y simplificaba con grandes rasgos de tiza de color. Al dar vuelta, después de algunos minutos en que había echado el resto en el medio o nudo del asunto, una especie de desencanto la envolvía al comprobar que los chicuelos miraban hacia el patio, donde desde hacía rato andaba el inspector indicando la conveniencia de cortar los yuyos de las azoteas.

A las cuatro se ponía fin a aquella heroica jornada pedagógica.

Despachados los niños, y mientras las maestras se arremolineaban esperando la palabra de aliento o el sermón siempre tan temido, el inspector llamó aparte a la directora, y mientras asentaba su firma en el registro, le dijo:

—He observado que no da los toques de campana como marca el reglamento.

Púsose inmediatamente de pie y saludó severamente circunspecto al personal:

—Hasta el año próximo, señoritas.

—Adiós, señor...

UN MUSICO PELICULERO

Huyendo de una americana apasionada

El famoso maestro Mascagni, autor de "Cavallería Rusticana", viene desde hace algún tiempo siendo el rigor de las desdichas, hasta el extremo de que sus amigos temen que su situación llegue a lo irreparable y acuda a soluciones extremas.

Mascagni dirigió en Viena varias representaciones de "Aída"; poniendo en escena esta ópera con un lujo como jamás se ha visto en teatro alguno del mundo, y con un cuerpo de coros en que figuraban más de mil mujeres hermosísimas. El éxito más rotundo correspondió a sus esfuerzos, y en Viena fué el gran compositor objeto de grandes demostraciones de simpatía.

En vista de tan resonante triunfo, Mascagni se trasladó con toda la compañía a Berlín, para poner "Aída" en uno de los locales de espectáculo mayores de dicha capital. Pero allí lo persiguió la mala suerte. El primer día se llenó el teatro por el estímulo de la curiosidad, pero en los sucesivos el maestro no recaudó ni para satisfacer la propiedad de la ópera.

Como no pudo pagar los sueldos del personal, éste se presentó a las autoridades, querellándose contra el maestro, y a punto estuvo de ingresar en la cárcel.

Se dice que de este aclaro lo salvó una riquísima americana, que al verlo en tan gran apuro se le presentó diciéndole:

—Querido maestro: hace mucho tiempo que estoy enamorada de usted y he procurado manifestárselo en multitud de ocasiones. Pero usted jamás me ha hecho caso.

—En efecto—contestó el maestro—. Mi desdén sólo obedece a que amo a otra mujer, no a que desconozca las altas cualidades de elegancia y hermosura que usted posee.

—Por algo se empieza—replicó sentenciosamente la atrevida norteamericana—. Creo que, al fin y al cabo, lograré hacerme querer de usted. Por lo pronto, me consta que se halla en situación difícil por las enormes pérdidas que ha sufrido en las representaciones de "Aída". ¿Quiere usted admitir, a título de préstamo, la suma que necesita para saldar sus deudas?

El maestro contestó negativamente. Mas tanto insistió la americana y en tan grave aprieto estaba el compositor, que éste no tuva más remedio que aceptar la generosa oferta. Así se vió libre de las feroces acometidas de los acreedores.

En cambio, ahora no se puede librar de la constante persecución de la bella americana, a quien encuentra en todas partes.

Desde Berlín, el maestro se trasladó de nuevo a Viena, y hasta allí lo siguió la apasionada yanqui. En vista de ello, salió precipitadamente para Praga, y apenas se había instalado en uno de los principales hoteles se halló frente a su perseguidora.

Mascagni abandonó al día siguiente aquel hotel para trasladarse a otro, y al bajar al comedor lo primero que encontró fué a la hermosa acreedora.

Algunas horas después, el maestro huía, de madrugada y disfrazado, del hotel para ir a una pensión modesta. A las diez de la mañana entraba en la pensión la yanqui, sin duda por haber recibido confidencias de los espías que, indudablemente, tiene apostados para que el compositor no pueda substraerse a la presencia de la terrible joven.

Porque es el caso que la americana es una espléndida rubia, de unos veinticinco años, tan hermosa como simpática. Así lo asegura el periódico de Praga "Neue Morgenpost", que dió cuenta de la odisea de Mascagni en aquella capital.

El maestro, después de dirigir algunas representaciones de diversas obras en Praga, salió para otras ciudades de Checoeslovaquia, estuvo en Varsovia y luego recorrió gran número de poblaciones de Alemania, para regresar recientemente a Italia.

Durante todos sus viajes nunca pudo esquivar la presencia de su perseguidora; la americana sigue sus pasos sin cansancio ni desaliento, confiando en ser ella la vencedora en este combate de amor y desdén.



¡NO HAY QUE HACERLE!

Por Carlos LENGUAS

Doña Zenona salió al campo, y poniéndose la escuálida mano sobre la frente, miró con atención hacia un "bajo" de la estancia. El fuerte sol de la mañana destacaba netamente, sobre el pasto raleado, la interminable sombra de álamo de la paisana.

De pronto volvióse y gritó:

—¡Rosaura! Allegate; mirá... Viene visita... ¡Y es Braulio! El mesmo...

Y rió tontamente, porque sí, escupiendo al azar con nervioso y alegre desahogo. Rosaura llegaba.

—¿Quién es, mama?—preguntó.

—Braulio...

—Es... ¿Y tata?

—Se jué p'al monte con Liborio ahorita no más... ¡Vea!

Rosaura carraspeó suavemente y dijo:

—Braulio estaba pa venir... ¿No sabe? Jacinto me lo notificó riyendo, y yo créiba que eran locuras de él... ¡Se réiba más, mama!...

Doña Zenona chasqueó la lengua.

—De sonso qu'es ese ñandú... ¡Vos no sos su prenda!

—¡Ta claro...; pero él se réiba...

—¡Callate! Aura no te riás vos tamién... ¡Y monta bueno!

El jinete, en tanto, se acercaba.

Aun antes de llegar, saludó jovialmente:

—Buen día, doña Zenona... ¿Y el viejo?... Ya veo a Rosaura... ¡siempre linda y cuidada como una flor!

—No sea mangagá... y abajesé—respondió doña Zenona, dirigiéndose hacia el jinete.—¿Monta gordo, sabe?—añadió admirativamente la paisana, acariciando el pescuezo del caballo.

—Ajeno no más.

—¿Prestao?

—Sí; es de Fortunato... de Meneses, el hermano del coronel... ¿Lo conoce?

—Dos ocasiones lo vide... ¿Es tuerto, no?

—Tuerto, pero buen amigo... sin despreciar a naides, doña Zenona...

—¡Abajesé pronto, y no sea prosiador!—contestó riendo la paisana. —Tomará un matecito.

—Con gusto. ¡Cómo no!

De un salto, ágilmente, desmontóse Braulio, y casi chocó con Rosaura, cuya timidez, ante los hombres, hacíala enredarse en su propio andar.

—Dispense...

—No... no jué nada...

Doña Zenona habíase marchado a preparar el mate, en tanto que Rosaura y Braulio, sentados frente a frente, permanecían inquietos y mudos. Rosaura, con las rodillas muy apretadas y puesta de través en el asiento, miraba insistentemente hacia el suelo, tal vez hacia una tortuosa fila de hormigas que arrastraban sobre sus incansables espaldas los últimos brotes de la primavera, tal vez un calcinado hueso de "caracú", resto de algún festín perruno, que señalaba su centro con un eje de sombra...; y mientras miraba, lenta, empeñosamente, frotábase la muchacha el dorso de una mano con la palma de la otra... Braulio la observaba en silencio, retorciéndose afanosamente el rojizo bigotillo; en su risueño mirar, diríase que chispearan recuerdos alegres, picarescos. Respiró con amplitud, y avanzando el busto, repiqueteando el rebenque sobre las botas, preguntó en voz baja:

—¿A qué no se acuerda, Rosaura?

—¿De qué?—respondió la muchacha, semilevantando temerosa la cara.

—De antes... cuando éramos vecinos, cuando éramos muchachos... ¿Se acuerda? Vos me tirabas terrones grandotes, me apedriabas... ¿Eras mala, chúcara!

Rosaura se agitó, rió con inopinada abundancia.

—¡Qué va a ser cierto! Yo fuí siempre buena,—dijo luego con insubstancial reproche.—Usted era el matrero. ¡Más!

Braulio sonrió y guardó silencio, empleando la pausa en contemplar a sus anchas a la muchacha. Esta debía tener ahora veinte años. No era bonita; sí muy robusta. Bajo el delgado percal de la bata, marcábase claramente los senos, pequeños y duros; y las huellas de un roce inveterado,—dos puntitos sombríos—indicaban, sobre la usada prenda, como el reventar oculto de una fruta madura... El cabello, negro y lustroso, caíale pesadamente hacia las sienes, desprendido y laminado. Morena de cutis, un vello finísimo manchábale el labio superior a modo de desvanecido tizne...

—Rosaura... ¿a que no sabe en qué estoy pensando?—preguntó de improviso Braulio, golpeándose activamente las rodillas.

—¡Salga! Locuras serán.

—Estoy pensando... en cuando eras muchacha en lo gorditas que teníás las pier...

—¡Viene mama! — contestó velozmente Rosaura y huyó a escape, tapándose boca y narices con una mano, a fin de sofocar la risa, o de conllevar dignamente su alarmado pudor.

Pero doña Zenona "no venía". Así es que Braulio quedó solo esperando el ofrecido mate. A poco sintió la voz de la paisana, que discutía con su hija. Aguzó el oído para escuchar la conversación, y cuando menos lo aguardaba, presentósele doña Zenona trayendo en la mano... una tina desvencijada.

—¡No abra esos ojos e loco!—dijo riendo la paisana, al notar la sorpresa de Braulio. El mate va a venir aura mesmo... Yo, con su licencia, me voy a poner a lavar una ropa: tengo enferma la piona... ¡Rosaura, movete!

Y mientras Braulio concedió permiso a doña Zenona para hacer "lo que le diese más rabia", la muchacha, luego de ensayar dos o tres falsas "salidas" de ya pegajosa irresolución, apareció definitivamente en escena, muriéndose por las trazas de vergüenza. Afortunadamente el bueno de Braulio no se fijó y adoptó una actitud respetuosa y tranquila. Entonces la muchacha respiró satisfecha llevándose una mano al seno, mano que apartó con presteza de allí, quién sabe qué endemoniada asociación de ideas.

—¿Demorará mucho el viaje?—interrogó Braulio a doña Zenona, disponiéndose a encender el cigarrillo.

—Mire, no... El dijo cuando se fué: áura no más vengo... ¿Es?

—Así fué—repuso la muchacha, inquiriendo el campo empinada de pies con lento balanceo de cuerpo...

—Porque tengo que hablar con él de un asunto importante—prosiguió Braulio.—Creo que me servirá...

—Si puede...—contestó la paisana. —El lo aprecea.

—Gracias...

Hubo una pausa. Doña Zenona inclinó la cabeza y continuó fregoteando la ropa. Rosaura miraba hacia el campo. Y en aquel momento, sin explicarse el motivo, sintió Braulio desfallecer sus esperanzas. Hasta le parecía que doña Zenona empezaba a tratarle con desconfianza, con hipocresía... ¿Y don Secundino, "el viejo", como le llamaba él, qué diría de su "asunto"? Si era tan "mulita" como Jacinto, que se había "réido a cairse" cuando le notificó sus intenciones leales ¡"clavao" que no "hacía atención" a sus palabras" Y doña Zenona, "a la fija", le iba a "pechar pa malas". Ya estaba vieja, y debía ser "angurrienta". Angurrienta "pa" todo... hasta pa la cría... Catorce "borregos" había largado al mundo... ¡catorce! Aunque vivos no tenía más que tres... "¡temeridá!" Y al llegar a este punto de sus divagaciones, Braulio, cual si comprendiese lo injusto y malevolente de sus pensamientos, sacudió la cabeza y compadecióse de la paisana. Mirándola fijamente: "¡Pobre!—díjose.— Así está: negra y seca como algarrobo".

—¡Viene tata!—exclamó de improviso Rosaura, juntando las manos con una sencillez y alegría verdaderamente infantiles.

—¿Sólo?—preguntó doña Zenona incorporándose y secándose el sudor con los brazos.

—Sí, solo...

—Vamo a ver al amigo...—dijo Braulio, abandonando su asiento.

De lejos reconocióle don Secundino y le saludó con la mano.

—¿Qué hacés, muchacho; qué hacés por acá?—exclamó campechanamente, al desmontarse.

—El gusto de verlos, don Secundino—repuso Braulio, abrazando al dueño de casa.—Hacía tiempo que estaba por allegarme... crealó.

—Gracias, amigo, se aprecea... ¿Y qué decís, qué contás, muchacho? Sentate; conversá... ¡Estás hecho un hombre!... ¿Y dónde trabajás?

—Ando por trabajar—contestó Braulio, tras leve indecisión.—Es un asunto muy bueno... sí, muy bueno... y si usted quiere ayudarme, don Secundino, me puedo hacer de una ponchada de pesos. Pa empezar tengo... y si dentra usted de socio... ¡más mejor!

Don Secundino cruzó la pierna trabajosamente, remolcándola y acomodándosela con una mano.

—A ver...—dijo gruñendo.—Explicate, muchacho... ¿Qué negocio es? Si es pa criar ganao fino, ni me hablés. Vos sabés bien que toda mi hacienda es criolla, y si tengo alguna puntita que otra mestizona, es... no sé: de loco no más...

—El negocio no es de ganao... Pero... diga, y dispense: su campo... ¿cuántas cuadras agarra?

—Agarra...—repuso pensativo don Secundino, acariciándose la rústica barba nazarena.—Agarra... Mirá: tocando tres mil cuadras.

—¡Bueno!—contestó resueltamente Braulio.—El servicio que le voy a pedir, don Secundino, es que usté... dispense... me arrienda treinta o cuarenta cuadras... para dedicarlas a la agricultura. ¿Acede?

—A la... ¿qué?—respondió con gesto avinagrado el estanciero.

—A plantar... a hacer plantaciones—continuó Braulio.—Es un negocio muy bueno y que da... ¡uff!... Mire, don Secundino: un campo destinao a la agricultura, rinde diez veces más plata que destinao a criar. ¡Por éstas!

Y juró sobre sus dedos en cruz. Don Secundino, pasado el primer momento de sorpresa y desagrado, echóse a reír burlonamente.

—¡Vos estás loco, muchacho; vos estás mareao! Mareao por las mentiras que cuentan los gringos chacareros y los papeles del pueblo... ¡Mareao! Si plantar trigo y plantar mais... ¡es pa enllenarle no más, el buche a la langosta! Callate; vos estás loco, estás mareao.

—No crea, don Secundino,—replicó Braulio con firmeza,—¡no estoy loco ni mareao por naides! Lo que es cierto hay que declararlo, aunque raboen más de cuatro... y dispense: no es por usté... Criar es bueno, si señor; pero plantar... ¡es más bueno entoavía! Y se pueden hacer las dos cosas parejas: ¡criar y plantar!

—Tenés razón—contestó irritado don Secundino,—algún gringo puede hacerlo; pero un criollo de lay... ¡no! ¡No me vengas vos con esas misturas!

Percatándose Braulio que era inútil empeño intentar que "el viejo" se convenciese, dijo:

—Ta bien, ta bien; no vamos a peliar por eso. Será como usté quiere; pero... respetando... sepa que está equivocado, don Secundino. ¡Ya hay tamién muchos criollos que plantan!

—Callate.

—Bueno... será; no le quito la palabra; pero si usté no desea dentrar en el negocio... ¡yo me acomodo solo! Me arrienda usté treinta o cuarenta cuadras de campo... acá del arroyo... que es tierra linda pa plantaciones... ¿Acede, viejo; me hace ese favor?

Don Secundino le miró cual si estuviese delante de algo terrible o asqueroso.

—¿Qué decí? ¿Qué yo te arriende campo mío pa plantar? Entonces... ¡vos estás loco de cierto!

—Pero, ¿por qué?

—¡Y entonces lo preguntás! Vos querés que me ensucie, que reserte... ¡y cuando viejo! Mirá: mi agüelo, mi padre... todos los de mi laya... fueron hacendados, todos... ¡Y vos querés que me haga chacarero aura, que estoy pa estirar la pata! ¡No sigás, Braulio; callate; eso me ofiende, me ofiende...

Y el estanciero, verdaderamente disgustado, paseóse con aire inquieto y sombrío.

—¡Pero si el que va a plantar soy yo, y no usté, don Secundino!—exclamó sencillamente el mozo.

—¡En mi campo!—respondió con ardorosa mirada el estanciero.—¡Es mi campo!

—¡No es lo mismo! Si yo...

—¡Callate!—interrumpió don Secundino, poniéndole con energía una mano sobre el hombro.—Callate, si no querés regolverme la sangre...

Y viendo que se acercaba a las mujeres, que mudas y estupefactas habían seguido las diversas fases de la conversación, Braulio decidió callar. Tendría que verse con otro hombre menos "cerrao" para tratar su negocio... Respirando fuerte, dijo:

—Bueno, se acabó...; y pa que esto no sea velorio, me voy a dir,—añadió risueñamente, advirtiendo la actitud semi "empacada" de la familia.

—¿Tan pronto? ¿Y por?—exclamó con oficiosa viveza el estanciero.—No pensés que estoy rabiando y enojado con vos; no te creás... ¡Es pa rairse, más mejor, de tu negocio! ¡Yo chacarero! Y vos... (e indicaba a su mujer) ¡vos chacarera! Pa mí que has pisao algún yuyo embrujador... ¿No?

Y don Secundino, acompañando a Braulio reíase de buena gana. Ya en campo abierto, el estanciero se detuvo, y señalando las "haciendas" esparcidas a su alrededor, exclamó gozoso:

—¡Mirá, che, el ganao! Miralo... Por todas partes está... Echao, corriendo, en cualquiera ocasión... ¡Da gusto verlo! Se resuella más pa adrento... ¡Mesmo!

—Así será... cierto—respondió Braulio esquivándose y saludando por última vez al estanciero; y ya solo, mientras el otro regresaba al pasito en dirección a "las casas", un despecho invencible, una cólera desbordante apoderóse de él. Sujetó el caballo y se volvió.

EL TEATRO — CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

"FUEGO EN EL RASTROJO", DE ROBERTO J. PAYRÓ, EN EL LICEO

Ha sido recibida con agrado por el público, la última producción de este conocido escritor, estrenada por la compañía de Angelina Pagano.

Se trata de una bella comedia sentimental, en la que el autor nos presenta el conflicto espiritual de un hombre que pretende la resurrección de viejas emociones de amor, de un amor de juventud, queriendo reencarnarlo en una hija de la que inspiró aquella pasión. Pronto la vida se encarga de traerlo a la realidad, demostrándole que si el amor no es atributo juvenil, por lo menos lo es la felicidad del amor, que sólo puede ser integrada por el armonioso equilibrio de dos vidas en auge primaveral. Ante el amor no logrado, el protagonista, hombre de mundo y de filosofía, se resigna dulce y tristemente, dejando que corra por su cauce propio el agua clara que ya no podrá beber.

El asunto está bien tratado y desenvuelto dentro de los moldes de una comedia plácida, sin emociones violentas, ni situaciones pasionales. Dentro de ese ambiente espiritual está bien tratada la nota amena y la profunda melancolía del hombre que por segunda vez en su triste vida ve fracasado su ensueño amoroso.

La obra está dialogada con esmero y nos presenta en ella el autor una serie de tipos interesantes que no llegan a cobrar un relieve destacado por la misma índole del asunto y de las escenas en que se desarrolla, pero que sirven para amenizar y dar colorido a la acción.

"Fuego en el rastrojo" no da oportunidad para el lucimiento artístico de ninguno de los intérpretes en forma destacada. Angelina Pagano desempeñó un papel secundario, lo que ya es un mérito en la eximia actriz, dada la vanidad del ambiente farandulesco. Todos los artistas del Liceo se desempeñaron muy correctamente. La Serantes, la Barausse, la Bouza, Fregues, Lliri, Bataglia..., en fin, todos.

"UN ESCÁNDALO SOCIAL" FUÉ MUY APLAUDIDO EN EL APOLO

La compañía que dirige don Alberto Vaccarezza, al estrenar la pieza en tres cuadros de don Juan A. Caruso, "Un escándalo social", ha dado posiblemente con uno de los buenos éxitos de la temporada.

La fábula es sencilla, clara y bien desenvuelta. La inauguración de un cabaret en un pueblo de tierra adentro, turba la paz hasta entonces inalterada de la localidad y la atracción en los hombres toma caracteres alarmantes para todos los hogares. Fidelísimos maridos, ingenuos mozalbetes y hasta chicas de rígidas costumbres, sienten cimbrear sus convicciones, ante el mareante espectáculo de las artistas de batacián. El vecindario experimenta el cosquilleo y la inquietud del pecado, lo que da margen a graciosas escenas que fueron reídas largamente por el público.

"Un escándalo social" tiene un primer cuadro inobjetable en su construcción y los dos restantes mantienen el interés, sin llegar nunca a recursos grotescos para provocar la hilaridad. Las situaciones están bien explotadas, los chistes de buena ley abundan y en ningún momento fatiga la pieza, con la que el señor Caruso demuestra sus progresos escénicos y su buena visión del teatro.

La compañía del Apolo interpretó correctamente la amena producción del señor Caruso, destacándose la señora Puértolas en su caracterización de una feminista, los actores Cicarelli y Corsini, éste último muy aplaudido en el tango "Destellos", todos los cuales fueron bien secundados por los demás intérpretes.

El público llamó a escena al autor, saludándole con sostenido aplauso y obligándole a dirigir la palabra.

DE ROSAS

El brillante actor del Argentino, viene obteniendo un buen suceso con la última obra de Defilippis Novoa, "Tu honra y la mía", que arrastra mucha gente y en la que se aplaude la labor de De Rosas, particularmente. El conjunto ensaya una obra alemana, traducida por Ricardo Hicken y que se estrenará con el título de "Culpable".

EL CARTEL DE CARCA

Renovó por completo su cartel, la sala que dirige don Pascual Carcavallo. Después de reprisar el viejo sainete lírico del malogrado Carlos M. Pacheco y el maestro Payá, "La ribera", que gustó mucho, dió a conocer el viernes la pieza de Casariego, "Se va la vida", que comentaremos en otro número.

LOS RATTI

Mucho público acompaña los espectáculos de la compañía que en el Sarmiento capitanean los hermanos Ratti, artistas de bien ganados prestigios.

A tiempo de escribir estas líneas y manteniéndose el éxito de "El comandante Fajardo", la compañía anunciaba como inminente el estreno de "Quién fuera millonario", pieza espectaculosa de Mario Bellini y Pascual Contursi, en la que se cifran esperanzas de un buen éxito. Esperamos informar a nuestros lectores en el número de la semana venidera.

REVISTAS EN EL MARCONI

Los debutos de compañías de revistas, suelen fijarse para una fecha y postergarse, después, tres o cuatro veces. El procedimiento, hasta ahora, tiene la virtud de picar la curiosidad del público. Cuando bordamos estos renglones, por todas partes se anuncia para el viernes 15, la presentación en el Marconi del elenco que cultivará ese género ligero y agradable, hoy en boga, con las producciones tituladas "Avanti la muchachada", de don Alberto de la Torre, y "El que la ve, se divierte", de los señores Manuel de la Rosa y Angel Acevedo, música las dos del maestro Ricardo Devalque. Si el hecho se produjo, haremos en nuestra próxima edición el informe del caso, como diría un empleado nacional...

POLITEAMA

El éxito de los recitales de Berta Singerman, en las tres funciones que dió en esta sala, han sido tales, que ha inspirado a la eximia declamadora a dar dos más, que se llevarán a efecto los días 20 y 22. Es halagador comprobar que en esta hora de malos espectáculos teatrales, haya público capaz de gustar las emociones de la poesía, madre de la belleza verbal.

UN QUINTETO AFORTUNADO

Los señores Dupuy de Lome, Ossorio, Alberti, Botta y maestro Antonio De Bassi, han acaparado la producción del Ideal y no descansan sobre sus laureles. Han refundido en una sola las revistas "Zas trás" y "Ni más ni menos", presentándola con el título de "Viva la revista" y han escrito otra, "Con todas las de la ley", que debe de estrenarse pronto. Comentaremos oportunamente.

En breve
MESALINA
Espectáculo que asombra

ESTRENO EN LA COMEDIA

Una nueva revista nos ha dado la compañía de la Comedia. Se titula "Mujeres, siempre mujeres" y por los ensayos que de ella hemos visto, puede asegurarse que ha de constituir un buen éxito. En cuanto al estreno del sainete de Arniches, "El tío Quico", creemos que también ha de producirse pronto. Alternando en esta forma el buen sainete de los maestros del género y las revistas lujosamente presentadas, el cartel de la Comedia constituye uno de los más interesantes de la temporada actual.

SIGUE VIVIENDO LA MUJER

El grito de "¡Viva la mujer!" con el que estamos completamente de acuerdo y que constituye, como todo el mundo sabe, el título de la revista de gran éxito que se está dando en el Maipo, sigue ocupando el cartel y la atención del público. El nuevo cuadro que le ha sido agregado, "El camarín de la tiple", es una nota interesante y agradable. Las lindas chicas que integran este elenco siguen gozando de generales simpatías.

SIGUE LA MELENA

En tres secciones sigue dando la compañía Muiño-Alippi la revista de gran éxito "Pero hay una melena". No tenemos nada más que decir de esta pieza, que por ocupar diariamente el cartel en esa forma hace por sí sola su propio comentario.

FATIMA MIRIS

Ha debutado con éxito en el Politeama esta conocida transformista italiana Fátima Miris, que ya en actuaciones anteriores obtuvo muchos aplausos. Su presentación tuvo lugar con los cuadros titulados "Una fiesta en Tokio", "El espejo roto" y "El palacio de cristal", donde nos presenta una gran cantidad de imitaciones, todas ellas de buen gusto. Espectáculo ameno y artístico, ha merecido otra vez más el aplauso que siempre acompaña a los buenos.

ZARZUELA GRANDE ESPAÑOLA

La interesante temporada que está ofreciendo este año la compañía Ligero, primeramente en el Mayo y ahora en el Avenida, registra otro gran éxito que cabe agregarlo a la par de "La Bejarana" y "La linda tapada". Se trata de "La granjera de Arlés", zarzuela de Manzano y Sepúlveda, música del maestro Rosilló. Esta obra ha sido muy aplaudida y por hoy nos limitamos a consignarlo así, dejando para el número próximo el examen detallado de la misma.

ESTRENÓ BLANCA

La pieza de Acasuso "La mujer de bronce", no ha resultado de bronce, sino de lata. Así se explica que a pesar del notorio favor que el público dispensa a esa clase de obras, esta no haya podido pasar de las 50 representaciones y eso a favor de la interpretación de Blanca Podestá. A estas fechas debe ocupar el cartel del Smart, la nueva pieza de Enrique García Velloso titulada "Gigoló" de la que nos ocuparemos en el número próximo.

VARIEDADES EN EL FLORIDA

Se ha presentado en el Florida un conjunto de variedades, compuesto de catorce atracciones, algunas de ellas de mucho mérito, que está mereciendo el aplauso del público.

ENSAYA LA QUIROGA

Para suceder en el cartel a "La emigrada", la compañía del Ateneo ensaya cuidadosamente la obra dramática de Arturo Capdevila, "La casa de los fantasmas", próxima novedad a ofrecernos.

LOS PINTORESCOS CONYUGES

"Trifón y Sisebuta", la pareja del Nuevo que exhibe al público sus querellas conyugales, según la imaginación del autor de esta comedia de figurón, parece que llegará a las 100 representaciones, para ser reemplazada por la obra de Quesada y Mertens, que se ensaya bajo la dirección de Carambat y de la que se espera otro éxito de boletería.

LA MANCINI EN EL MAYO

Bastante público viene asistiendo a las funciones de la compañía que encabeza la característica Herminia Mancini, en el Mayo.

Dispuesta a entrar en el número de las compañías que se disputan el favor del público, a estas horas, salvo contingencias inesperadas, ha debido ofrecerse la primera novedad, "Misia Rosa Santillán", que suscribe con el nombre de Tabaré, un conocido autor nacional. Prometemos ocuparnos en otra edición.

CASINO

Un buen número es el Circo Peppino, que recientemente debutó con aplauso. Otro interesante espectáculo, resulta Mlle Morgowa y sus bataclanas, atracciones de fuerza para el cartel y que llevan mucho público.

GRAND SPLENDID

Han gustado mucho los últimos estrenos efectuados en esta regia sala, a la que concurre lo mejor de nuestra "haute". La película "El rey del circo", por el celebrado Max Linder, atrajo gran cantidad de familias. Los martes y viernes, días de moda, las funciones tienen el doble interés artístico y social.

CAPITOL

Familias calificadas asisten a los interesantes espectáculos cinematográficos de esta bella sala, en la que se pasan las mejores cintas.

—¡Gaucho cerrao! ¡Gaucho bruto! —exclamó agitando furioso el rebenque.

A su vez, a sus gritos, volaron asustados unos chingolos que hurgaban vorazmente entre el pasto... Braulio quedóse mirando en silencio hacia "las casas", y poco a poco, a medida que el aire puro de la cuchilla inundábale de oxígeno los pulmones, su ánimo se apaciguaba, su ira se extinguía. Recordó que don Secundino siempre le había apreciado, que le conocía desde muchacho... y que, en suma, era su amigo. Encogióse benévola y filosóficamente de hombros.

—¡No hay qué hacerle!—murmuró. —El hombre "el viejo", está encariñao con las guampas. ¡Son, pa él, como una noria grandota!

Encogióse otra vez de hombros, y dando vuelta al caballo, emprendió Braulio resueltamente la marcha, con rumbo hacia el Levante...

Para vengar a su pobre hija se hizo cazador de lobos

Comunican desde Minneápolis (Estado de Minnesota) detalles interesantes de la vida de un hombre consagrado por entero al exterminio de los lobos de aquella región.

Hace cuarenta años vivía en Bruce en unión de su esposa y de su hija, preciosa criatura de siete años, el abogado Davis. Su hogar era un modelo de felicidad. El matrimonio adoraba a la pequeña Nelly, que constituía el principal encanto de aquel hogar dichoso.

Pero la desgracia acechaba. Un día de invierno la niña salió de casa para dirigirse al colegio y no volvió. Tenía que atravesar un bosque, y al volver de la escuela, a la caída de la tarde, una manada de lobos la sorprendió en el camino. Al día siguiente se encontraron en el bosque restos de sus ropitas y algunos huesos de su cuerpecito, devorado por los lobos.

Desde entonces el abogado Davis juró consagrar el resto de su vida al exterminio de los lobos de su país. Abandonó su profesión, y todos los días, muy de mañana, se internaba en el bosque.

En Minnesota el peligro de los lobos es grande, y las autoridades ofrecen un premio por cada cabeza de lobo muerto. Davis renunció al premio para no bastardear su venganza con cuestiones de dinero.

Al cabo de los cuarenta años, Davis, que cuenta hoy cerca de setenta, ha dado por cumplido su juramento. Asegura que ya no hay lobos en Minnesota, lo cual es muy posible, pues el vengativo padre ha logrado matar cerca de dos mil.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Mary Phylbin, protagonista de ''Manequíes de la Quinta Avenida'', cinecomedia Jewel que la Universal distribuye desde el jueves pasado.



Escena de la superproducción Goldwyn Cosmopolitan, ''Bajo el manto rojo'' o ''El cardenal Richelieu'', representada por grandes actores, que en breve dará a conocer la Corporación Argentino-Americana de Films.



La bella Elaine Hammerstein, protagonista de ''Noches de París'', --donde actúa con los Tellegen, Gaston Glass y Renée Adorée,—cinta que la Corporación estrenará el sábado próximo.



Escena de ''Las hijas de la noche'', cinedrama Fox, que será estrenado pasado mañana.



El pibe Jackie Coogan en la notable escenización para el film de la celebre novela de Dickens, ''Oliver Twist'', cinta que Max Glücksmann dará a conocer en el mes de junio próximo.



Matt Moore y Dorothy Devore en la comedia ''Un beso por favor'', que la Sociedad General exhibe desde el domingo último.



En el centro: María Prevost, protagonista—secundada por Monte Blue, Florence Vidor, Adolphe Menjon, Harry Myers, Creighton Hale—de la cinta ''Pero hay una melena'', que la Corporación estrenará el domingo venidero.

DEMOSTRACIONES



El ingeniero señor Víctor Valdani (×), acompañado de las personas que asistieron al banquete que le fué ofrecido al mencionado señor, en ocasión de su viaje a Europa.

Fot. Kanazawa.



La cabecera de la mesa en el banquete organizado por el gremio de cerealistas en honor de los señores Celino L. Benvenuto, Miguel Bonfanti (hijo), Alberto Damonte, Edelmiro Trabucco y Juan M. Bancalari, con motivo de su actuación en la comisión directiva de la Bolsa de Cereales.



Vista parcial del mencionado banquete ofrecido a los seño res Benvenuto, Bonfanti (hijo), Damonte, Trabucco y Bancalari, servido en la estación Retiro del Ferrocarril Central Argentino.



Los señores Enrique F. Costa, Mariano J. Errotaberea, Adolfo de Cousandier y Francisco P. Lecce, ocupando el sitio de honor en el banquete que les fué ofrecido con motivo de su retiro del Colegio Nacional Bartolomé Mitre, el primero de los nombrados, por renuncia que hizo del puesto, y los tres últimos por haberse acogido a los beneficios de la jubilación.

Concurso literario municipal



Los premiados en poesía. — Señor Arturo Marasso Rocca, autor del libro "Poemas y coloquios", que obtuvo el primer premio.



Señor Enrique Méndez Calzada, destacado miembro de la redacción de nuestro colega "El Hogar", que con su obra titulada "Nuevas derivaciones", alcanzó el segundo premio.



Señor Fermín Estrella Gutiérrez, colaborador de "Fray Mocho", a cuyo libro "El cántaro de plata" se adjudicó el tercer premio.

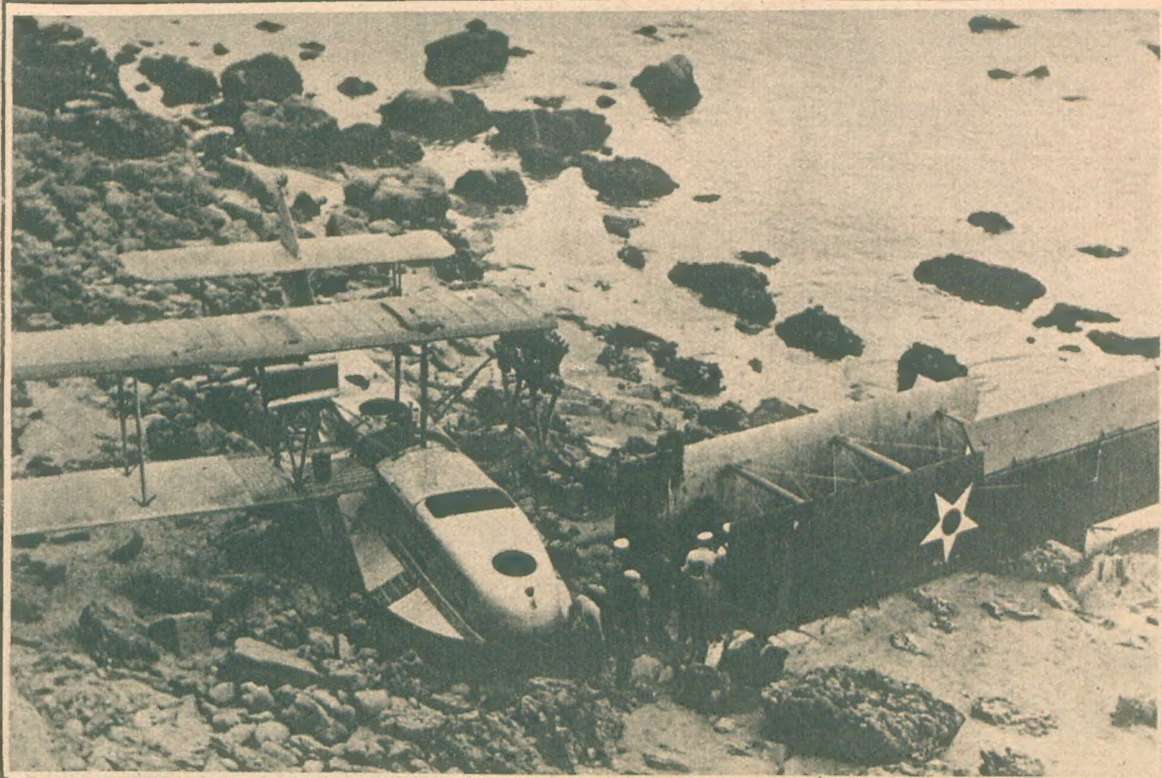
Retrato de actualidad



Señor Jerónimo A. Meorixe, recientemente electo presidente de la Bolsa de Cereales. El señor Meorixe ejerce también la presidencia de la cámara gremial de molineros de la Bolsa de Cereales.



Ecos de las maniobras de la armada estadounidense en las aguas del Pacífico



El aeroplano 2-S-3, un gigantesco aparato de bombardeo, se vió obligado a descender, a veinte millas de la Punta San Juan (California). En el grabado aparece la tripulación tratando de arreglar una de las alas desprendidas.

Bibliografía



Señorita Erlinda B. Vadela, colaboradora de "Fray Mocho" y autora del libro de cuentos "Abriendo corazones", recientemente aparecido.

Exposición Roca y Marsal







En el salón Callao, 350, exhibe el pintor Pedro Roca y Marsal treinta de sus obras pictóricas, sobre diversidad de motivos, y de las cuales reproducimos dos telas: "El orientalista" (a la izquierda) y "Estudio para un retrato de mi madre" (a la derecha). En el centro aparece el retrato del artista.

Fotografía artística





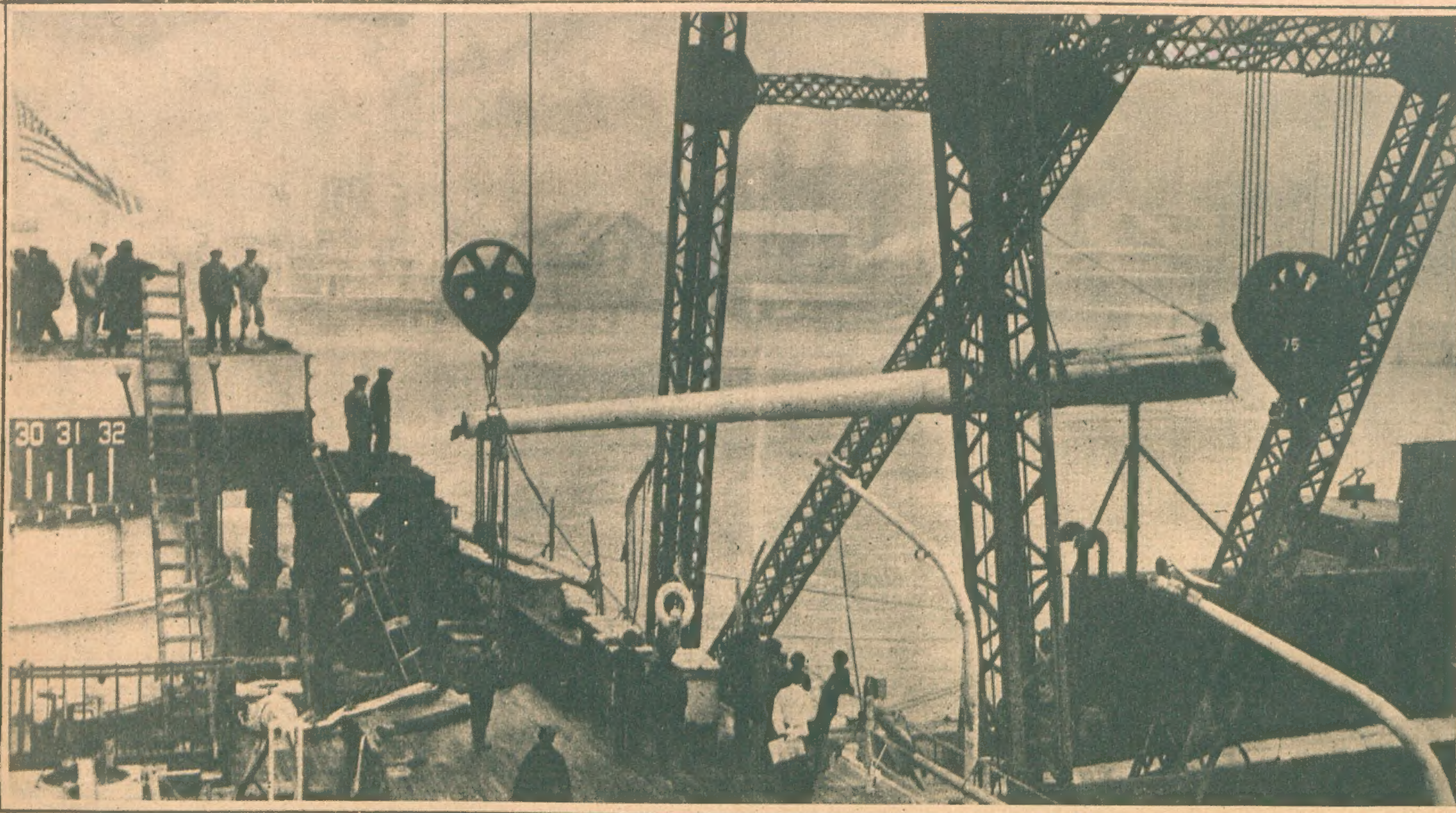


"La hora de la siesta".

Fot. J. C. Dantiacq.

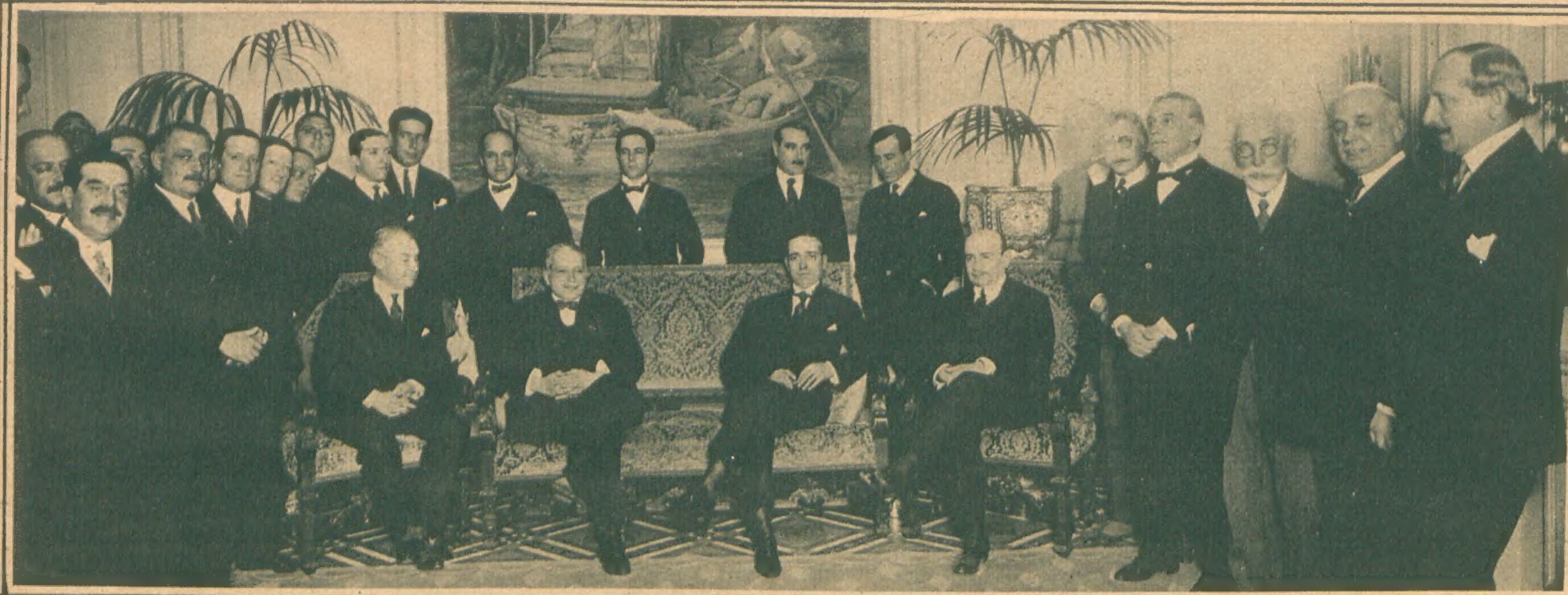


En la armada de los Estados Unidos se cambia de cañones como de camisa



El "Arkansas", en la sección para buques de guerra, del puerto de Nueva York, recibiendo su nuevo equipo de artillería compuesto por cañones de 12 pulgadas.

DEMOSTRACION AL SEÑOR ANTONIO J. FERNANDEZ



El ministro de Agricultura, doctor Tomás Le Breton, el jefe de policía de la capital, señor Jacinto Fernández y un grupo de altos empleados de aquella repartición nacional rodeando al señor Antonio J. Fernández, ex subsecretario de dicho ministerio, durante el acto de homenaje que le fué tributado a este señor con motivo de cumplirse el primer aniversario de su retiro del mencionado cargo. En tal ocasión se hizo entrega al señor Fernández de un álbum y un artístico cofre de madera tallada, estilo calchaquí.

FRAY MOCHO EN TUCUMAN



El intendente municipal y demás autoridades locales durante el acto de la demolición de los paredones del Ferrocarril Central Córdoba y de la apertura de la calle San Juan que estos obstruían.

Fot. V. Saccone.





Modelos de "LA GIRALDA"
539 - CARLOS PELLEGRINI - 539

OTROS MODELOS, VÉANSE EN "EL HOGAR" DEL VIERNES PRÓXIMO.



Lo más exquisito que es posible elaborar en vainillas finas



GALLETITAS MITRE

A través de los años esta riquísima Galletita mantiene su prestigio a base de pura calidad y continúa gozando de la preferencia de las familias.

TE BAGLEY

Preparado sólo con el limbo o ribete de las hojas más frescas. Libre de palitos y tallitos. Muy aromático y lleno de fuerza. No hay desperdicio en el Te Bágley. Es el Te que conviene adquirir por su calidad y economía.

N.° 1 Etiqueta Roja.
N.° 2 Etiqueta Azul y paquetes de 10 centavos.
N.° 3 Etiqueta Verde.

Una vez que Vd. haya probado las riquísimas Galletitas MAITRE D'HOTEL de Bágley, sabrá lo que es un bocado delicioso para cuando desee algo realmente bueno, o demostrar su refinado gusto obsequiando con ellas a sus visitas a la hora del te.

Las Galletitas MAITRE D'HOTEL denuncian su distinción a simple vista. Finamente elaboradas con harina flor, huevos frescos, manteca pura y azúcar refinada; constituyen una vainilla delicada, de sabor exquisito, muy nutritivas y digestibles.

La próxima vez que tenga Vd. visitas reunidas, sírvales MAITRE D'HOTEL con te con leche o chocolate. Adóptelas lo mismo para la hora del te en familia. Dadas sus altas cualidades alimenticias, son muy recomendadas también para los niños.

Galletitas
MAITRE D'HOTEL
VAINILLAS FINAS
de **BÁGLEY**



En venta en todos los buenos almacenes y despensas

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.